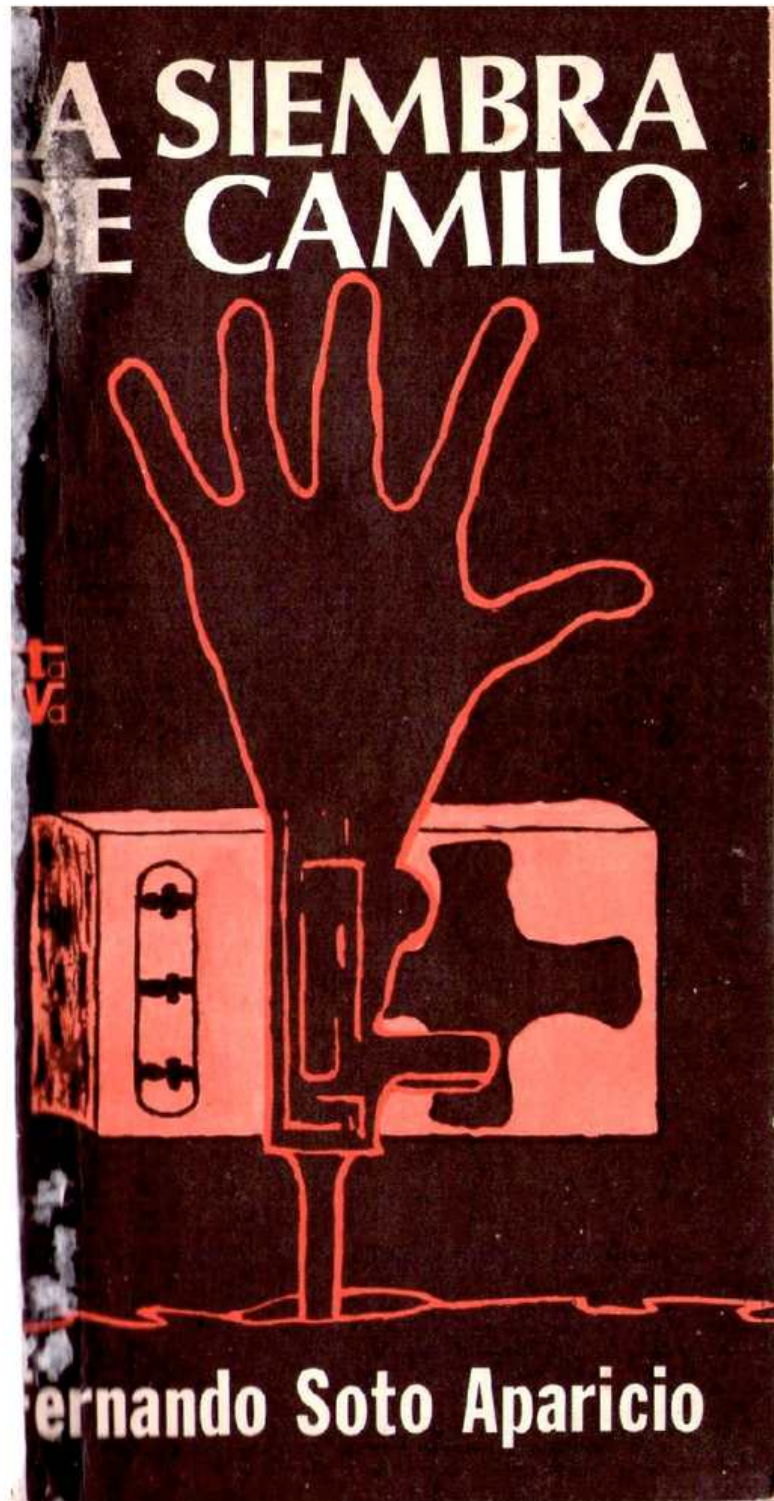


Soto Aparicio Fernando - La siembra de Camilo

Tools



LA
SIEMBRA
DE
CAMILO

NOVELA

Fernando Soto Aparicio

PORTADA DE
CARLOS ROBERTO SOTO M.

Primera edición: Diciembre 1971
Segunda edición: abril 1978

© Fernando Soto Aparicio
© 1978, PLAZA Y JANES, Editores Colombia Ltda.
Calle 23 N° 7-84, Bogotá, Colombia.

Impreso en Editorial Andes, Bogotá, Colombia

ÍNDICE

	Pág.
CAPITULO I	
5 de la mañana	7
En la noche	11
CAPITULO II	
Otra madrugada	16
Filo de mediodía	20
El circo	23
CAPITULO III	
La mañana del lunes	28
Una visión fugaz	32
Los amigos	35
CAPITULO IV	
El proceso	40
La avenida sombría	44
CAPITULO V	
Frente Unido	48
La reunión	52
Hombre de fusil	57

CAPITULO VI	
No es un trabajo	63
¿Cómo callar las voces?	67
CAPÍTULO VII	
A la sombra	70
Teresa	76
Misiá Cuncia	79
CAPITULO VIII	
El peligro	84
El otro extremo	87
La visión nocturna	91
CAPITULO IX	
Por la mañana	96
Por la tarde	100
CAPITULO X	
Los campesinos	105
La tienda	110
El deseo	113
CAPITULO XI	
¿Dónde está?	117
El nido	120
CAPITULO XII	
Un largo viaje	124
En las guerrillas	127
¿Nos vamos?	136
CAPITULO XIII	
Trabajar, trabajar	139
Camilo ha muerto...	142
...Viva Camilo	145
Adelante	147

CAPITULO I

5 de la mañana

Florentino Sierra bajó temprano a la ciudad, desde su casucha de Las Colinas. Cargada a la espalda llevaba la pequeña escalera; en la mano izquierda el tarro con engrudo, del que emergía el palo sucio y pegajoso de la brocha; y bajo el brazo derecho el rollo con los avisos que debían quedar colocados a más tardar a las cinco y media, antes de que las calles empezaran a llenarse con el bullicio cotidiano.

Florentino amaba su oficio. Tal vez en ello influía su edad. No era joven, pero aun no llegaba a los treinta. Sus compañeros, por lo general, eran vejetes gruñones que cumplían su trabajo de una manera casi mecánica. Florentino era, dentro de su ramo, un verdadero artista; no podía dejarse ganar por la prisa y pegar un aviso en un sitio inadecuado; tampoco lo colocaba torcido. Tenía muy desarrollado el sentido del equilibrio y de las proporciones, y los utilizaba a conciencia en su tarea diaria.

Acortando camino por los potreros, pocos y descuidados, llenos de basuras y desperdicios que separaban el recién establecido barrio de Las Colinas

del centro de la capital, empezó a silbar una vieja tonada campesina, aprendida allá en los comienzos de su infancia, que se perdía en una persistente bruma de olvido; una bruma que él no tenía interés alguno en despejar, porque sabía que solo había de revelarle dolores y frustraciones sin cuento.

Pero —ahora— Florentino Sierra estaba contento. Con una devoción casi amorosa apretaba el rollo colocado junto a su axila derecha. Le gustaba el olor de la tinta fresca, del papel de imprenta, del engrudo. Así que para evitar el vaho nauseabundo de los basureros acercaba a su nariz los papeles recién impresos; esos mismos que había estado colocando en los muros grises de la ciudad desde hacía meses y meses, tal vez años y años.

Dejó de silbar por un momento, cuando llegó a una de las primeras calles de la ciudad; una que, más adelante, se unía con la avenida veintiséis que ya veía desde la pequeña colina. Se tropezó de manos a boca con un borrachito que, trabajosamente, avanzaba por la acera; pero tal vez por su mismo estado de ánimo, a Florentino el espectáculo no le pareció deprimente. Es más: la tonada que había estado silbando era la misma que el hombre amanecido tatareaba. Lo siguió con la vista por un trecho. Después movió la cabeza, sonrió y continuó descendiendo.

Poco a poco fue entrando en la avenida veintiséis: amplia, hermosa, segura en sus arcos y en sus profundos ríos por donde corrían no las ondas turbias de años antes, sino los autos veloces cuyas bocinas se multiplicaban al rebotar contra los altos muros. Siempre le había gustado la avenida; partiendo el corazón de la ciudad daba la impresión de una gran arteria, en la que él avanzaba como —pensaba— un glóbulo. Porque, a través de sus años de pegador de carteles, Florentino había sentido, en ocasiones, la afición al estudio; había tratado de elevar un poco su nivel, sin saber exactamente por qué; quizá por una oscura necesidad agazapada en el último estrato de su conciencia.

Llegó a uno de los muros en los que —en ocasiones desconociendo las prohibiciones de la autoridad— pegaba sus avisos. Dejó la escalera en el suelo, depositó también el balde con el engrudo y una vez más, llevó hasta su nariz los papeles que continuaban oliendo a tinta fresca.

Buscó cuidadosamente un sitio para colocarlos. Puso en seleccionarlo el cuidado habitual. Pero a poco de mirar desde uno y otro ángulo el muro carcomido por anteriores capas de letreros que el tiempo, la lluvia o las manos

ociosas hablan ido despedazando, comprendió que allí no había sitio para su extraña mercancía.

Cargó la escalera, tomó su balde, y prosiguió el camino descendiendo por la avenida hacia la carrera séptima, cuyas luces empezaban a perder brillo ante la luz más grande y más alta de la madrugada.

Halló un nuevo muro, unos cuantos metros más adelante. Recargó contra él la escalera y desenrolló sus avisos sobre el pasto. Luego pensó que el rocío podía dañarlos, y los colocó encima del pavimento, mirando previamente hacia arriba para comprobar que no había peligro de que los automóviles pasaran sobre ellos; a esa hora, el tráfico era todavía muy escaso.

Empezó su labor. Colocaba el engrudo en la pared, sobre avisos que ya habían perdido actualidad, calculando el campo que ocuparía el suyo. Luego, pegaba el cartel y extendía sobre, él las manos, cuidando de que no se corriera la tinta de los letreros, en los que pocas veces reparaba.

La labor le llevó más de media hora. Cuando vio que solo le quedaban dos avisos descendió de la escalera, se frotó las manos contra los pantalones, y sacó un cigarrillo. Lo encendió y aspiró el humo con fruición, profundamente. Después lo dejó salir, y vio cómo iba alejándose, hasta desdibujarse, hasta confundirse con la incipiente neblina que había ido bajando hasta la ciudad desde las faldas de Monserrate.

Calculó para los dos avisos el espacio adecuado. Luego los pegó. Echó una ojeada, descuidada, sobre uno. No obstante la brevedad de la mirada que le dedicó, pudo leer:

**CONFERENCIA DEL REVERENDO PADRE
CAMILO TORRES EN LOS PRADOS DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL**

Se invita a la ciudadanía en general a conocer
los planteamientos revolucionarios de uno de
los más valiosos exponentes de la juventud
colombiana

Hora: 6 p. m.

Después volvió los ojos hacia el otro cartel. Allí se detuvo más tiempo. Lo miró, pareció hacer cálculos mentales; volvió a mirarlo:

**GRAN BAILE EN LA CASETA TROPICAL
ESTA NOCHE A PARTIR DE LAS 6 P. M.
CONJUNTO: "LOS ASTEROIDES".
NUMEROSAS ATRACCIONES.**

Precios populares

Meditó otro buen rato contemplando el cartel. Después se echó la escalera al hombro, y balanceando el balde vacío emprendió el regreso hacia Las Colinas.

Abajo, a sus espaldas, la ciudad despertaba.

En la noche

—No me vayas a decir que no estás contenta —dijo Florentino al oído de Teresa, aprovechando para darle un pequeño mordisco en el lóbulo donde se balanceaba una candonga.

—¿Cómo podés pensar que no? ¡Si esto está de ataque!

Danzaban muy juntos. No solo porque los unía un deseo mutuo, sino porque las numerosas parejas que habían invadido la pista formaban una especie de masa compacta, donde lo único vivo e independiente eran los ojos.

Arriba, en un pequeño estrado que dominaba la multitud, "Los Asteroides" interpretaban un aire de música costeña que estaba "dando palo" en Bogotá. En proporciones armoniosas, venciendo el aparente desorden de la melodía, se mezclaban las trompetas, el saxofón, la organeta, la guitarra eléctrica, la batería... Todo venía a constituir una especie de embriagante licor sonoro que sacudía el cuerpo comunicándole una desbordante sensualidad.

Teresa bailaba muy bien. Movía su pequeña cintura, sobre la que las manos de Florentino ejercían una presión creciente; si bajaba un poco los dedos, podía sentir contra su tacto el movimiento rotativo y excitante de las caderas, esas que apenas había visto cubiertas por la tela del traje, pero con las que soñaba siempre. Y el rostro de la muchacha se arrebolaba, y se arremolinaba en torno de su cuello su pelo oscuro, que olía a un perfume barato, pero que a Florentino se le antojaba delicioso, único.

Teresa estaba junto a él, y todo lo demás sobraba. Desaparecía la enorme sala de la Caseta Tropical, recientemente inaugurada y en donde se daban cita todos los viernes por la noche centenares de parejas que querían oír a su conjunto favorito, beber cerveza a un costo moderado y danzar hasta la madrugada. A veces se presentaban conatos de pelea, pero bastaba la intervención de un policía para calmar los ánimos; porque todos tenían como única meta divertirse, y por eso las pequeñas diferencias eran arregladas sin necesidad de golpes ni de palabras mayores.

—Cierto, Teresa: esto está de ataque —dijo Florentino; después la apretó más contra su cuerpo y murmuró al oído: —como estás vos.

—¿De verdad, Floro?

—Sí; cada vez me traes más de un ala.

—Pues así estoy yo: me tienes en la olla.

—A ver cuándo es que me llega mi Nochebuena con vos.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De que tengas una piecita donde meterme.

"Los Asteroides" se callaron. Descansarían durante cinco minutos para volver con otra tanda: tres o cuatro piezas completas, que dejarían agotados a los bailarines.

Florentino tomó del brazo a Teresa. Le gustaba su calor, su olor que percibía perfectamente a pesar de la multitud que estaba rodeándolo. Quería amarla, hacerla suya, llevársela a un rancho propio, en Las Colinas o en cualquier otro sitio. Pero más que un principio moral lo mantenía alejado de su cuerpo el complejo de la pobreza, el pensamiento de que no podría darle lo que deseaba, lo que ella merecía; era el temor de perderla lo que lo llevaba a amarla de una manera limpia, asustada, casi adolescente.

Teresa se dejó guiar. Sus maneras eran suaves. Servía en una elegante residencia del norte de la ciudad; y aun cuando había tenido que oír a veces proposiciones deshonestas, se guardaba para Florentino. No quería traicionarlo. No era —tampoco— porque tuviera arraigado el sentido de la fidelidad, sino que desde el fondo de su ser una voz emitía un sonido de angustioso llamado que solo encontraba eco en Florentino. Tal vez los dos se debían a un destino igual, por lo que habían nacido en un mismo tronco de pobreza y de sufrimiento.

Se sentaron ante su mesa. Otros dos compañeros —Prudencio Gómez, que vendía lotería por los lados de la calle catorce con carrera octava, y su querida, Soledad— sostenían un diálogo que parecía muy ameno a juzgar por las risas cortas y nerviosas que frecuentemente los sacudían. Apenas si les hicieron un gesto amistoso con los ojos y los labios, y después regresaron a sus cuchicheos.

Florentino sirvió cerveza en su vaso. Luego llenó también el de Teresa. Ella bebió con avidez. Después de alguna vacilación dijo unas palabras al oído de Florentino. Este sonrió y se puso de pie dándole la mano. Se abrieron camino por entre los grupos de los que comentaban la acertada interpretación de "Los Asteroides", o por parejas entusiastas que no se decidían a sentarse en espera de la próxima tanda. Por fin, a codazos, llegaron hasta las proximidades de una puerta sobre la que se leía —letras negras sobre fondo blanco, casi gris—: "Damas". Teresa se adelantó y Florentino esperó un rato, silbando la misma tonada que lo había acompañado por la mañana, cuando se dedicaba con todo fervor a su trabajo. Recordó al borrachito, y sonrió.

Teresa demoró poco. Florentino no la vio, pero sintió en su brazo la mano tibia de ella. Se dirigieron a su mesa, pero antes de llegar los detuvieron los instrumentos de "Los Asteroides", que atacaban una vieja composición

musical a la que habían dado un ritmo nuevo, ágil, picante. Entonces se enlazaron, pegaron sus mejillas y empezaron a bailar otra vez.

—¿Estás cansada? —preguntó Florentino.

—Yo no. ¿Y vos?

—Tampoco.

Calló un rato. La sintió toda ceñida a él, confiada, entregada. Le besó la mejilla, mordió su cabello oscuro, y bajó sus manos para sentir contra sus palmas abiertas la vibración redonda y armoniosa de sus caderas. La miró fijamente antes de decirle:

—¿Por qué no te venís conmigo esta noche a la casa de mis taitas?

Teresa levantó los ojos y se quedó mirándolo. Florentino, quizá, habría podido descubrir en el fondo oscuro una intensa lucha, mezcla del deseo de su cuerpo en celo y de la prudencia que le aconsejaban sus temores ancestrales. Pero no la vio; solo divisó una llama doble y negra que lo quemó por completo.

—Vámonos, Teresa. Larguémonos sin avisarle al Prudencio. Así como así, él y la Soledad no han hecho sino tirarnos puya toda la noche.

Teresa volvió a mirar hacia el sitio en donde estaban los amigos de Florentino. Los vio besándose. Se prendió al cuerpo de su hombre con violencia, casi con hambre.

—¿Qué decís? ¿Te vienes conmigo por fin?

Sonaba con furia la batería. Su ritmo crispaba los músculos. Parecía fundir los cuerpos como una intensa ola de calor. Iba de un lado a otro, por la enorme sala de la Caseta Tropical, y salía de ella por las ventanas, regándose por las solitarias calles adyacentes. La vibración de las caderas de Teresa se hizo más fuerte bajo las manos de Florentino. Pero de pronto, como dominada definitivamente por el miedo, se detuvo.

Alzó el rostro, iluminado por su lucha interior, y se quedó mirándolo por un tiempo largo. Tan largo, que el sonido de la batería se fue alejando cada vez más hasta que casi desapareció del todo.

—No, Florentino. Quedémonos aquí.

Florentino Sierra vaciló un momento. Después, con su gesto de aceptación a lo decidido por la muchacha, volvió a la Caseta el sonido de la batería. Rozó con su boca los labios de ella, y luego hundió la cabeza en su pelo.

Desde lo alto, la sala se veía como una colmena inmensa.

CAPITULO II

Otra madrugada

Pasó un auto veloz frente a Florentino. Su rostro se contrajo con una mueca de cólera y alcanzó a abrir la boca para lanzarle una palabrota. Pero lentamente su gesto hosco se fue transformando en una sonrisa. Miraba una valla alta, en la que se recortaba la silueta semidesnuda de una muchacha. Ese cuerpo fue tomando la forma, las dimensiones y el calor del cuerpo de Teresa. Por eso continuó sonriendo, y contemplándolo por un rato largo, mientras por todo su cuerpo se regaba el agradable cosquilleo del recuerdo.

Teresa. Sus ojos que lo habían mirado con un brillo tan intenso la noche anterior, después de que le propuso que abandonara la Caseta Tropical y tomara con él el camino de Las Colinas: Su cintura breve y arisca, como esos cervatillos que él, Florentino, había visto una vez en una película de dibujos animados. Sus pestañas, su pelo que olía a ella, a ella sola, a ella entre la multitud de la Caseta. Y luego sus palabras, y esa manera como lo había besado y, sobre todo, como había vuelto a la mesa donde, esperaban la Soledad y el Prudencio, reclinada sobre su hombro, doblegada pero íntegra, digna pero absolutamente entregada.

Empezó a danzar por la calle. Iba de un lado a otro, como borracho, regando a veces el engrudo, pero cuidando de que no se le cayeran los carteles doblados con cuidado casi amoroso bajo el brazo. Teresa iba idealmente con él, marchaba a su lado, la sentía entre sus manos, su calor, su tibio cuerpo bajo la tela burda del vestido. Teresa y la música ya inolvidable de "Los Asteroides", y la letra de esa canción que habían bailado tan intensamente juntos. Una letra que hablaba del mar, de las palmeras, de los pequeños balandros perdidos entre los acantilados, entre los caracoles y los roquedales... Y el tambor de la batería que resonaba por todo el mundo, que llenaba la ciudad entera y que después volvía como la palpitación de un corazón enorme hasta su oído, hasta hacerse pequeñito y tierno como el tierno y pequeño corazón de Teresa.

Oyó una campanada, que se quedó sonando por un rato en el silencio poblado de recuerdos. El sonido pareció despertarlo. "Miércoles, las cinco y media", dijo, y apresuró el paso, caminando ahora en línea recta hacia la carrera décima.

Encontró un muro adecuado junto a lo que parecía ser el comienzo de una construcción, sobre uno de los costados de la calle veintitrés. Pegó la escalera a la pared y empezó a colocar rápidamente los avisos. Pasaban muchachos, o chicas con libros bajo el brazo, o voceadores de periódicos, y se quedaban mirándolo por un momento para luego perderse, indiferentes, en la neblinosa madrugada.

Cuando iba como en la mitad del trabajo se le acercó Prudencio Gómez.

—Hola, hermanito —lo saludó.

—Hola, hermano —contestó Florentino. '—¿Cómo anda ese guayabito?

—Pues ni tanto, Floro. Si apenas me empacaría media petaca de cerveza.

—¿Y la Soledad?

—Por allá la dejé de madrugada en Tunjuelito, hermano. Claro que antes tuve tiempo de darle su despedida. ¿Ya vos cómo te fue con la Teresa? Que ¡ah condenada!, si cada vez está más buena.

—Pues con ella nada, Prudencio. Ya sabes, hasta que levante lana para el casorio.

—O casa para llevártela.

—Eso mismo, hermano.

Descendió de la escalera. Miró el cartel que acababa de pegar:

**GRAN CONCENTRACIÓN POPULAR EN LA
PLAZA DE LAS NIEVES, PRESIDIDA POR EL
PADRE CAMILO TORRES. OIGA LA VERDAD
SOBRE LA SITUACIÓN DEL PUEBLO
COLOMBIANO.**

Partirá hacia la Ciudad Universitaria
a las 12 en punto.

Florentino miró a Prudencio, que también estaba leyendo el cartel.

—Este curita como que se las trae, hermano. Ya pego más avisos de sus programas que de los programotes que hacen "Los Asteroides".

Prudencio asintió silenciosamente. Sacó un cigarrillo y lo prendió. Le dio dos chupadas seguidas, nervioso.

—¡Carajo! Siempre es que el guayabo me tiene medio corrido, hermano Floro. —Miró en torno. —¿Qué tal si nos echáramos un doble?

—No, Prudencio, ni sobes, hombre, ni jodás, hermanito, ¿aguardiente a las cinco y media de la mañana?

—Pero uno solo, hermano. Yo invito.

Florentino, que había pegado el último cartel, descendió de la escalera, repitió su gesto maquinal de limpiarse las manos con el pantalón, y le quitó la colilla a Prudencio.

—A ver si me regalas la pavita, hermano.

Chupó dos veces seguidas. Recogió el balde. Entonces siguió la mirada de Prudencio, que estaba leyendo el cartel.

**MAÑANA DOMINGO A LAS TRES DE LA
TARDE. PLAZA DE SANTAMARÍA**

**6 novillos toros de media casta para los novilleros
nacionales ÁNGEL GUZMAN, MARTIN CAMPOS
(a) "EL TOLETE" y MANOLITO ARENALES
(a) "EL CAMPANERO". PRECIOS
AL ALCANCE DE TODOS.**

—¡Al alcance de todos!, —exclamó Prudencio, con resentimiento. —A cincuenta mangos por motola, cuando menos.

—Nada, hermanito, que no acabas de leer, o es que el guayabo te tiene tapadas las ventanas. No ves que ahí dice diez, quince y cinco?

—Hola, hermanolo, pues no está ni tan difícilongo.

—Si hago un trabajito extra esta tarde puedo llevarme a la Teresa. Siempre vive refregándose que no la he llevado a conocer la Santamaría.

—Pues si yo me repongo de este guayabo pomarroso que tengo, llevo a la Soledad...

—A Sol.

—A Soledad —dijo Prudencio, tercamente.

—No refregués, hermano. Digo que a entradas de sol, que son apenas a diez rúcanos.

—Pues juega, Floro.

—A ver si nos encontramos mañana antes de las doce, Prudencio. Yo tengo, o mejor dicho, mi taita tiene una bota. Pero yo la pongo hueca y vos pones algo para echarle adentro.

—Una botella de cerveza y media de aguardiente, para templarnos.

—Pagóle, hermanito.

—Entonces ya nos veremos las carátulas otra vez, Floro. Yo voy a ver dónde me echo un doble, porque las manos me tiemblan que ni castañuelero.

Prudencio tomó por la calle veintitrés hacia abajo. Florentino lo miró un rato, sonriendo con simpatía. Después echó una última mirada al cartel de la novillada, y silbando se alejó.

Filo de mediodía

El domingo, Florentino Sierra encontró a Prudencio en la tienda de misiá Cuncia. Iban a ser las doce, y al parecer Prudencio ya llevaba entre pecho y espalda cuando menos media docena de cervezas.

—Oiga, hermanolo —le dijo Florentino: —¿este es el mismo guayabito de ayer?

—No hombre, Floro: este es otro. —Y sonriendo: —¿te echas una polita?

—Pues no creo que me caiga mal encima de tantas ganas.

La tienda de misiá Cuncia era pobre, pero arreglada con cuidado. Se veía limpia; una mesa de madera estaba colocada en una esquina del mostrador; frente a ella, tres butacas. Al fondo, un costal con papas, otro con mazorcas y repollos. Y tras el mostrador, la dueña, una vieja "todavía alentada", como dijera en otra ocasión Prudencio: con su pañolón de flecos y su delantal lavado, con sus alpargatas de fique al estilo pueblerino, y con una risa sin dientes que parecía muy simpática en su cara donde las arrugas empezaban a escribir el poema inexorable del tiempo.

En las estanterías, productos para el consumo diario: gaseosas, jabón, panela, arroz, azúcar, chocolate y, por supuesto, cerveza, y algunas botellas de aguardiente, la mayor parte vacías.

— ¿Y la Teresa? —preguntó Prudencio.

— ¿Y la Soledad? —preguntó a su vez Florentino.

—La mía ya no demora. Debe estar echándole una mentira al fierón del hermanito, que casi no la deja salir.

—La Teresa quedó de estar puntual a las dos y media, junto al reloj del parque. Allá la recogeremos.

Bebieron en silencio.

—Está buena la polita, hermano —dijo Prudencio. —Me cae en la barriga como el agua, encima del fogón.

—¿Y por dónde la anduviste juerguando anoche?

—Me encontré con unos compadres. Con el Manuel Salcedo, el de la zorra. Y con otros. Y me los canalicé. —Sonrió. —O no del todo, porque siempre me tocó gastar como tres tandas.

Misiá Cuncia prendió el radio. Un pasillo llenó toda la tienda con su grato estremecimiento. Pero se acabó pronto. Lo reemplazó la voz gruesa y anónima del locutor.

—Ayer, durante la manifestación encabezada por el padre Camilo Torres, se produjeron algunos desórdenes que obligaron a la policía a utilizar gases lacrimógenos. El gobierno no está dispuesto a tolerar ninguna alteración del orden. Sin embargo...

—¿Te acordás, hermano? —preguntó Prudencio. —¿Te acordás del cartel?

—Claro, Prudencio. No ves que hasta te dije que ese curita estaba volviéndose más importante que "Los Asteroides"?

—Así que hubo bochinche —comentó Prudencio, pensativo.

—¿Y ahora qué mosca lo picó, hermanito? —preguntó Florentino, bastante extrañado.

Antes de que Prudencio contestara, entró Soledad. Llevaba un traje sencillo, sin mayores pretensiones, y una ruana blanca doblada sobre el hombro derecho. Los dos hombres se pararon.

—Ola, —dijo Soledad a Florentino, y le alargó la mano, mientras recibía en la mejilla un beso de Prudencio.

—Quihubola, Soledad —dijo Florentino. Y después, a misiá Cuncia: —¿A cómo tiene la media de aguardiente?

—No te olvides de que la gasto yo, hermano —dijo Prudencio, sosteniendo a su muchacha de la mano y adelantándose hacia el mostrador.

—Pero entonces me dejas que pague las polas.

—No, porque salís calando. ¿No ves que yo ya me había echado unas cuantas?

—Entonces mitimiti todo, hermano. Para que no haya malayes.

—Sí —dijo Soledad. —Si vamos a ir los cuatro, es mejor que hagamos todos los gastos a medias.

—Bueno, a ver, resuelvan pronto, o se van a quedar sin verle pelo ni hueso al primer toro —dijo misiá Cuncia.

—Pero usted sí que afugia, ¿no? —se quejó Prudencio.

—Ni tanto, don Prudencio. Si yo afugiara ya le habría cobrado el vale que tenemos pendiente desde la otra rasca.

—¡Ah, misiá Cuncia! Esas cosas no se cuentan.

—No, si yo no estoy contando nada. Apenitas lo menté, así como quien no quiere la cosa...

—...y la cosa queriendo.

—Eso sí no lo sé, don Floro. Yo ya estoy fuera de circulación.

—Bueno, misiá Cuncia: yo no diría tanto. Usted todavía se tienta y se halla.

Sonriendo, misiá Cuncia bajó media botella de aguardiente y se la entregó a Florentino. Este destapó la bota y le traspasó el contenido de la botella. Luego meneó la cabeza diciendo:

—Quedó más vacía que barriga de santo.

—Pues echémosle otra media hermanolo —dijo Prudencio. —Total, pasarán sus abriles y sus junios sin que volvamos a la Santamaría.

Le echaron la otra media botella. Le metieron también tres cervezas y sonrieron satisfechos. Pagaron y abandonaron la tienda de misiá Cuncia. El sol se desparramaba, ardiente y claro, sobre las calles de Tunjuelito.

El circo

Cuando salió el novillo seleccionado, para Ángel Guzmán, Florentino Sierra supo que le daría una buena revolcada. El animal abandonó el toril como ciego y emprendió una carrera veloz que terminó cuando sus cuernos se clavaron contra las tablas del burladero. Uno de los peones salió a capotearlo, pero tuvo que abandonar el capote y salir en fuga hasta saltar al callejón por encima de las tablas.

—Es un bicho de ley —comentó Prudencio Gómez, que tenía entre las suyas la mano derecha de Soledad.

Teresa estaba muy bonita. Había llevado una blusa blanca y un pantalón estrecho que le modelaba el cuerpo. Florentino se sentía orgulloso de ella, y no dejaba de mirarla. A veces le acariciaba las mejillas y ella le correspondía con una sonrisa.

—Eso merece un trago, hermano —dijo Florentino, refiriéndose a la furia del animal, que había continuado embistiendo contra los trapos rojos que los peones, miedosos, le tiraban por encima de los burladeros.

Pasó la bota a Prudencio, que bebió un sorbo grande, se limpió la boca con el revés de la manga y chasqueó la lengua con un gesto de aprobación. Prudencio le ofreció a Soledad y ella bebió un poco; luego hizo una serie de gestos bastante cómicos.

—Está horrible —dijo—. —Es como dinamita.

Florentino recibió la bota; hizo que Teresa levantara la barbilla y en su boca abierta —esa misma que se había dejado besar dos noches antes, en la Caseta Tropical, mientras sonaba enloquecida la batería de "Los Asteroides"— vertió un poco de licor. Luego empinó la bota y bebió largamente.

Cuando volvió los ojos a la plaza, Ángel Guzmán estaba iniciando la faena con el capote. Pero antes de que hubiera cuajado una chicuelina, ya el toro lo había levantado enganchándolo por una pierna. El animal lo tiró al suelo y se le lanzó encima, pero dos peones que acudieron al quite lo salvaron. El novillero se paró y furioso, tomó el capote tirado en la arena y se encaró con el animal, con un gesto de decisión y de cólera.

No hubo picas, por lo cual los numerosos espectadores ubicados en las tribunas de sol —las otras estaban casi vacías— protestaron con silbidos y gritos contra la presidencia. Pero el primer par de banderillas devolvió al público su vigor y su entusiasmo inicial: quedaron temblando, muy juntas, sobre los lomos del animal, tal dos espigas de colores en una tierra yerma y oscura.

—Ese muchacho se las sabe todas —dijo Florentino.

—Pero el Ángel va a necesitar del de la guarda para que el toro no se lo lleve —dijo Teresa, sonriendo.

—¡Esta Teresa! —comentó Florentino acariciándole la cara y besándola después, suavemente, en el cuello.

El segundo par fue un desastre. El banderillero fue a dar de bruces en la arena, y el toro lo pateó al pasar corriendo sobre su cuerpo.

Con la muleta, Guzmán empezó una faena que prometía ser memorable. Pero, inesperadamente, el toro se había disminuido: se iba de cuernos contra la arena.

—Se le aflojaron las patas —comentó Prudencio.

—¡Las manos, hombre! —corrigió Soledad.

Se pasaron otra vez la bota. Las dos muchachas no quisieron beber.

En la plaza, Guzmán trataba de sacar el mejor partido. Se arrimó mucho por el pitón izquierdo, y el toro levantó bruscamente la cabeza. Entonces lo enganchó, peligrosamente, porque el traje de color plata se le llenó de sangre en la entrepierna. Se le formó una mancha que crecía mientras el muchacho se retorció sobre la arena, y los peones trataban de entretener al toro para poder sacar al herido.

Lo llevaron a la enfermería. El toro quedó amo y señor del ruedo y empezó a embestir de nuevo y a corretear. Hubo un momento de incertidumbre, que fue prolongándose insensiblemente. La banda, en los altos, empezó a tocar un pasodoble.

Cuando menos se esperaba, volvió Guzmán. Traía un vendaje en la pierna, y cojeaba bastante. Pero entró en la plaza, rodeado del aplauso del público, y enfiló para matar. El animal tenía los remos delanteros muy separados, y el público advirtió al novillero del peligro. Sin embargo, se lanzó sobre el toro. La embestida fue simultánea. El estoque fue a dar lejos, y el torero se fue de bruces a tierra. Esta vez la herida parecía muy grave, porque Guzmán no daba señales de vida.

Resultado: lo llevaron de nuevo por el callejón hacia la enfermería. El toro volvió vivo a los corrales (no se observaban muy rigurosamente los reglamentos), y Florentino y Prudencio dieron una nueva vuelta a la bota.

La faena de Martín Campos, "El Tolete" no tuvo interés de ninguna especie; fría, distante, insípida. Recibió pitos con el capote y con la muleta. Mató después de cinco o seis pinchazos, y tres o cuatro intentos de descabello. Un pañuelo blanco ondeó en sol y sombra, y el público silbó hasta el cansancio.

—Este tolete resultó un zoquete —dijo Soledad.

—¡Ah, caramba! Solé, —exclamó Teresa—: ¿y eso desde cuándo haces versos?

—La Soledad tiene sus gracias ocultas —dijo Prudencio, con malicia.

—Pues ni modo que las tuviera destapadas.

—Mejor se calla, hermano Floro.

—Mejor nos echamos otro buche de agua.

—Juega.

—Vale.

La tarde se había dañado mucho. No en cuanto al sol, que continuaba brillando limpio y ardiente, sino en cuanto al ánimo de los espectadores. Florentino y Prudencio soportaron las contrariedades causadas ya por los toros, ya por los toreros, agotando el contenido de la bota, que estaba cada vez más flaca.

Compraron helados y papas fritas para Soledad y Teresa. Y cuando ya creían que todo iba a terminar en blanco, salió un toro azabache, de cuernos poderosos y estampa ágil y fina que le correspondió a Manolito Arenales, "El Campanero".

Trazó una circunferencia de color en medio de la arena con su traje de luces y su capote. Una flor con un pistilo móvil y con pétalos dorados y rojos se abría y se cerraba delante, de una enorme abeja de afilados élitros. Caían los aplausos desde los tendidos. Cuando finalizó la faena de capote, el circo entero estalló con una sola palabra: "torero, torero". Sonó un pasodoble garboso y

fiero, que terminó con el segundo par de banderillas, ambos bien colocados, y que hicieron sangrar profusamente al toro.

Lo mejor vino en la parte final de la faena. Manolito sabía lo que estaba haciendo. "Campanero, Campanero, torero, torero", le gritaban. Prudencio y Florentino empinaron la bota hasta escurrirle los últimos sorbos. En la plaza, Manolito hacía gaoneras, afarolados, molinetes, manoletinas, abanicaba la cara del toro con el trapo rojo. Y cuando entró a matar, dejó una estocada en todo lo alto, que acabó con el animal en menos de dos minutos.

Toda la plaza se llenó de pañuelos blancos. De pies, los asistentes reclamaban las orejas para el valiente novillero. La presidencia, acatando las disposiciones del público y siguiendo, además, las reglas fijadas para casos semejantes, accedió a conceder al Campanero las dos orejas. Vuelta al ruedo, sombreros en la arena, claveles, botas empinadas y devueltas. Florentino besó a Teresa, emocionado, un poco ebrio, mientras un nuevo pasodoble —el último— seguía haciendo círculos gráciles sobre la arena ya invadida por la ceniza bronceada del atardecer.

CAPITULO III

La mañana del lunes

Dejó para último, y en forma deliberada, el cartel en donde aparecía no solo el nombre sino una foto del padre Camilo. Había estado trabajando con notorio desgano. Tal vez, pensó, los tragos de la tarde anterior; o un malestar que no sabía dónde estaba ubicado, la cabeza, el corazón. Recordaba las noticias transmitidas por la voz impersonal del locutor, y que había escuchado en la tienda de misiá Cuncia. Recordaba también la batería del conjunto de "Los Asteroides" en la Caseta Tropical. Pensaba en todo eso, en Teresa, en su cuerpo joven y firme, en que tendría que llevarla al rancho de sus padres, en Las Colinas. Y odiaba, quizá por primera vez, la pieza miserable que compartía con dos de sus hermanos menores. Allí no podría irse a vivir con Teresa; y ella estaba ya haciéndosele indispensable.

Terminó de pegar el cartel. Tomó el balde, pero un extraño impulso lo detuvo cuando iniciaba la marcha. Se volvió hacia el enorme aviso húmedo todavía en los bordes y en la parte central, y empezó a leer. Encontró una frase que lo amarró a su puesto:

"La propiedad de la tierra será del que la trabaje directamente".

Esto reñía con todo lo que había venido escuchando desde su infancia. La frase dio vueltas en su cerebro. ¿Esto era, entonces, lo que predicaba el padre Torres? ¿Y cómo podían las autoridades perseguirlo por decir una verdad tan evidente?

"Todos los habitantes de casas en las ciudades y poblaciones serán propietarios de la casa en donde habiten", "siguió leyendo. Y entonces se estremeció. Recordó la cara agria del dueño de la casucha donde vivía con sus padres. Llegaba puntual en los primeros cinco días del mes. Y guardaba en sus bolsillos unos cuantos billetes para cuya consecución él, sus hermanos, su padre y su madre, habían invertido semanas enteras. Porque Las Colinas, pese a ser inicialmente un barrio de invasores, había desembocado en una barriada cuyas casas eran explotadas por los mismos tradicionales pulpos que chupaban los tuétanos del pueblo.

El cartel invitaba a escuchar al padre Camilo, que daba una conferencia esa tarde. Florentino Sierra apuntó, con un pedazo de lápiz rojo, la dirección indicada en un trozo de cartel viejo que desprendió del muro. Lo miró, comprobó que estaba correcto, y lo guardó en su bolsillo.

Y entonces, cargando la escalera, inició el recorrido de regreso a Las Colinas. Allí dejaría sus implementos de trabajo, y empezaría otras faenas: acarrear bultos, vender lotería, manejar una zorra, remendar zapatos destrozados, y pensar. Pensar. Sí: porque había adquirido, sin saber cómo, lo que en sus momentos de cólera llamaba "ese maldito vicio": pensar.

Y mientras avanzaba por la carrera décima hasta tomar la calle veinticuatro; y por esta hacia arriba, hasta las laderas de Monserrate, iba repasando mentalmente las frases que había leído en el afiche, y que correspondían al pensamiento de Camilo, respecto a la realidad colombiana.

Miró desde la esquina de la veinticuatro con séptima los grandes edificios del Centro Internacional...

..."todo cuarto sin utilización suficiente tendrá multa para el propietario"...

Miró los cartelones en las manos famélicas de los representantes de los marginados que pedían un salario más justo, más humano...

... "todos los trabajadores podrán ser accionistas de las empresas y participar en igualdad de oportunidades, organizados en sindicatos, en la dirección, administración y utilidades de las empresas"...

Miró la televisora convertida en depósito de la propaganda gubernamental...

... "con base en la acción comunal se revitalizará la vida municipal hasta lograr que los municipios, con autoridades libremente elegidas por los vecinos, se conviertan en células vivas"...

Miró las largas colas de hombres y de mujeres que pedían y presentaban su formularios con la declaración de la renta, escondiendo un botín de cien pesos, mientras otros que no estaban en las filas del hambre escondían cómodamente diez millones...

... "el excedente de renta que no sea invertido en los sectores señalados por el plan oficial de inversiones, pasará íntegramente al Estado"...

Miró los niños sin escuela y sin techo que jugaban a la delincuencia en las gradas de la Biblioteca Nacional, emporio de la cultura del país...

... "El Estado dará gratuitamente educación a todos los colombianos, respetando la ideología de los padres de familia hasta finalizar la enseñanza secundaria"...

Miró las bombas de gasolina donde, sacados de las entrañas de la patria, se anunciaban productos extranjeros...

... "la explotación del petróleo se hará por el Estado colombiano"...

Miró los paredones desconchados donde manos oficiosas u oficiales habían borrado los letreros de "Viva Fidel Castro", "Viva el Che", "Viva Cuba"...

... "Colombia tendrá relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo"...

Miró las clínicas abarrotadas de gentes que ante las ventanillas agitaban billetes, producto del embargo de sus casas o del empeño de sus pertenencias...

... "el Estado prestará asistencia social a todos los colombianos"...

Miró los gordos vendedores de los supermercados, las mujeres ávidas con un talonario de letras de cambio y un aviso del diez por ciento...

... "se considerarán como delitos sociales la usura, el acaparamiento, la especulación"...

Miró los comandantes y los generales y los sargentos y los almirantes y los tenientes y los capitanes y los mayores y los coroneles trepados en lujosos automóviles de último modelo norteamericano...

... "el presupuesto para fines represivos será reducido al mínimo"...

Miró centenares de soldados que, para cumplir con la obligación militar, abandonaban los ranchos y las cosechas y los tambos y los sembrados y las madres y las guitarras...

... "se cambiará el servicio militar por el servicio cívico"...

Miró la Universidad llena de tanques y de sotanas y de políticos que agitaban sus insignias y sus misales y sus armas con el beneplácito del gobierno...

... "no se permitirá que la Universidad sea intervenida por la política partidista, por el ejército o por el clero"...

Miró por fin su casucha del barrio Las Colinas, con sus tejas en milagroso equilibrio, y comprendió que había llegado al final de su camino de esa mañana, y al final de sus meditaciones.

Pero todo lo que leyó, y todo lo que vio con unos ojos nuevos, le fue dejando por dentro una serie de heridas que muy pronto, sin duda volverían a sangrar.

Una visión fugaz

Cuando Florentino llegó al lugar fijado para la conferencia de Camilo, se encontró con la desagradable sorpresa de que estaba lleno hasta los topes. Desde afuera podía ver una serie de cuerpos apretujados hacia adelante.

Trató de abrirse paso a codazos. Recordó, sin que supiera exactamente por qué, la Caseta Tropical donde "Los Asteroides" electrizaban al público con sus melodías. Pero allí, en el recinto, la gente estaba quieta, como recogida; como esperando algo extraordinario.

No pudo avanzar ni diez centímetros. Al mismo tiempo, vio que a sus espaldas se había agrandado la multitud. Entonces optó por estarse quieto. Quizá pudiera ver al padre Camilo, dando un par de saltos cuando apareciera en la lejana plataforma, de la cual solo distinguió los altos cuellos de los micrófonos.

Hacía calor, a pesar de que iban a ser las siete de la noche. Pensó que, como en la Caseta, la multitud lo producía. Sintió un principio de asfixia, pero un murmullo creciente lo hizo olvidarse de todo: había llegado Camilo.

Florentino Sierra no podía quedarse sin verlo. Lo había guiado la curiosidad: oír su voz, contemplar sus facciones, más que saber sus ideas. Porque a través del tiempo de trabajo, Florentino lo había visto en retrato muchas veces; y cuando no eran los rasgos negros sobre el papel, eran las letras de su nombre; y ese día, extrañamente, los postulados de su doctrina.

Colocó las manos sobre los hombros de sus compañeros que, ensimismados como él, no protestaron; y empinándose pudo verlo. Estaba casi detrás de los micrófonos, en el fondo de la sala, sobre la pequeña plataforma. Pero Florentino, desde la distancia, lo distinguió con una claridad enorme; y desde ese momento se le fijó por dentro del cerebro, quizá del corazón, la

estampa del hombre que, alzando la manos saludaba con un gesto muy suyo a la multitud, que prorrumpió en gritos y aplausos.

Después la visión desapareció. Pero Florentino seguía viendo, sobre la espalda oscura de quienes lo precedían en el recinto, la imagen viril, casi atlética; los ojos claros y el entrecejo fruncido; y, sobre todo, las manos largas y finas, manos hechas para manejar los breviarios o los cuadernos en las aulas escolares.

Habló uno de los líderes sindicales. Pero Florentino apenas si prestaba oído a sus palabras. Estaba impaciente por oír a Camilo. Algo debía tener el sacerdote en su expresión, en su gesto, en las inflexiones de la voz; algo que magnetizaba y atraía a las multitudes. Y esa noche, Florentino había resuelto averiguarlo.

—¡Que hable Camilo! ¡Que hable Camilo! —empezó a gritar la multitud, no bien se hubo callado el primero de los oradores.

Entonces Camilo empezó a hablar. Tenía una voz tenue, no apta para las grandes proclamas; pero, en cambio, sincera y convincente. No necesitaba hacer esfuerzo alguno para demostrar que estaba diciendo la verdad. Porque el pueblo la sabía, pero hasta entonces había sido incapaz de afrontarla.

—"El gobierno del Frente Nacional realiza tres devaluaciones, aumenta en doscientos por ciento los gastos públicos y bélicos y trata de subsanar la bancarrota fiscal gravando al pueblo colombiano con impuestos a las ventas, impuestos a la gasolina y ponqués tributarios..."

—Todo eso es más cierto que el padrenuestro —dijo un vecino de Sierra, aprovechando una pausa de Camilo.

—El gobierno vive metiéndonos las manos al bolsillo.

—Pero esto tiene qué acabarse, ¡carajo!

—¡No saben que están jugando con pólvora!

Florentino pensó por un momento en la palabra de los que estaban a su lado. Ellos eran obreros como él, pobres sin duda, con un oficio parecido al

suyo, pero siempre escasamente remunerado. Vivirían en Tunjuelito, donde Camilo había fundado un centro de Acción Comunal; o en Las Colinas, o en otros de los barrios marginados, de los que quedaban todavía más lejos y que parecían pesadillas agarradas a las faldas de las colinas.

—"Es necesario que la clase obrera colombiana, en este momento crucial de nuestra historia, dedique todos sus esfuerzos a la unidad y a la organización de la clase popular colombiana para la toma del poder".

La toma del poder, pensó Florentino. El poder era para él una especie de varita mágica, con la que podían lograrse grandes cosas. Pero meditó, los que las disfrutaban eran muy pocos y él estaba del otro lado: del de la mayoría; del de los que trabajan para que otros aprovechen ese esfuerzo; para que se beneficien con ese sudor y con ese llanto.

—"La clase obrera, como el pueblo colombiano, ha sido superior a muchos de sus dirigentes. Cuando la clase obrera se unifique por la base hará la presión necesaria para que los dirigentes que no quieren la unión y no quieren la revolución sean arrojados a la orilla por el pueblo colombiano que como un torrente se ha desencadenado en busca de la toma del poder".

Cuando Camilo acabó de hablar, estalló un estrépito ensordecedor. No eran solamente los aplausos, sino los vítores, las palabras de amenaza contra los opresores, los puños alzados en ademán de protesta y de cólera. Arrastrado por el torbellino humano, Florentino apenas pudo ver por última vez la silueta de Camilo, sobre la plataforma; y de él, en el aire, las dos manos alzadas, como dando ánimo a los que amenazaban con desmayar en el arduo empeño, con retroceder en el doloroso camino de la redención.

La multitud se dispersó lentamente. Llevado por ella, Florentino se encontró en la calle. Hacía frío. Pero algo dentro de su pecho golpeaba con una especie de alegría: ¡había visto a Camilo! Y lo más importante: había escuchado la exposición de sus ideas. En su espíritu, elemental pero propicio al cambio, las semillas estaban depositadas. Ahora, su diario sufrimiento, su cotidiana batalla, se constituirían en el riego que las haría crecer hacia una madurez definitiva.

Los amigos

Por el camino hacia Las Colinas encontró a Prudencio Gómez. Hablaron un rato de los incidentes de la corrida de la víspera, y después se callaron.

El sendero, lleno de sombra, ascendía hacia el pequeño monte. De pronto aparecieron las casuchas, a los lados de lo que debían ser las calles. La luz era muy escasa, y apenas se asomaba en cortadas matemáticas por los huecos de las ventanas haciendo más penosa la oscuridad exterior. De Monserrate, muy lejos, bajaba un viento frío, que se clavaba en la piel.

—Esta noche estuve en una conferencia del padre Camilo —dijo Sierra, de corrido, como si estuviera confesando un pecado.

—¿Usted, hermanolo? ¿Y eso qué diablos andaba haciendo allá?

Caminaron un rato en silencio. Florentino se preguntó qué lo había llevado hasta el salón en donde hablaba el sacerdote. ¿La curiosidad? Tal vez.

—Por puro curioso, hermano. Pero el curita tiene sus vainas buenas. Dice las cosas claritas.

—¿Como qué?

—Como que tenemos que tomarnos el poder.

—¿Y eso para qué carajos va a servirnos?

—No sé —dijo Florentino, y se quedó un rato pensativo. —Pero él tiene que saberlo. Tal vez quiso decir que si nos agarramos el poder no nos van a seguir jodiendo.

Ya cerca de la casa donde vivía Florentino encontraron a Manuel Salcedo. Estaba sentado sobre una piedra y recostado contra la pared de su rancho.

Se saludaron brevemente, Salcedo les ofreció cigarrillos y empezaron a hablar.

—¿Si sabes, hermano, lo de este tronado del Floro? —preguntó Prudencio a Manuel, en son de broma.

—Tronado está pero por la Tere —comentó Manuel, siguiéndole el humor.

—Yo no estoy tronado —dijo Florentino, algo picado. —Lo que pasa —le explicó a Manuel— es que me metí a oír al padre Camilo y por eso Prudencio dice que estoy mal del campanario.

—¿Al padre Camilo? —preguntó Salcedo.

—Sí, hombre. El que ha dado tanto que escribir a los periodistas por allá como desde antes de enero.

—¿El de Tunjuelito? —preguntó otra vez Salcedo.

—El mismo —dijo Prudencio. —Y Floro ahora anda con sus palabras y sus ideas raras. Yo creo que tiene grietas en la motola.

—El padre Camilo habla muy bien y muy claro —dijo Florentino, y dio una última chupada a su cigarrillo. —Yo entiendo que nosotros, los pobres, estamos muy mal. Nadie nos para bolas, no se preocupan sino de explotarnos. En cambio hay unos poquitos que lo tienen todo. Pero la tierra es del que la trabaja.

—¿Y de dónde sacas esa idea?

—Lo dicen los escritos del padre Camilo.

—¿Del que trabaja? —preguntó nuevamente Prudencio.

—Sí señor.

—Ese tiene que estar loco de remate —dijo Manuel Salcedo. Se puso de pie y se sacudió el pantalón. Del interior de su rancho salía una luz tenue,

palpitante, que se encogía y se alargaba alternativamente: era una vela colocada sobre un ángulo de la mesa.

—Un tipo que diga eso no puede estar loco —afirmó Florentino.

—Si no está rechiflis, no tardarán en cerrarle el pico —sentenció Salcedo. —¡La tierra es del que la trabaja! —dijo luego, lentamente, como saboreando cada palabra.

—Y hay otras cosas también muy importantes —comentó Florentino con entusiasmo. —Por ejemplo, las casas; según él, no hay que pagar arriendo.

—Loco del todo —dijo Prudencio Gómez.

—No sabemos —cortó Salcedo. —Tal vez el curita está predicando lo que ya hicieron en otras partes.

—Pero aquí no lo harán nunca.

—Se necesitaba alguien que dijera esas cosas —dijo Florentino. —Ahora, estando dichas, tendremos que pensarlas.

—Y pensándolas maldito lo que sacamos.

—No nos metamos en honduras, hermanitos —dijo Prudencio.

—¿Honduras? ¡Pero si en eso estamos metidos desde que nacimos! —protestó Florentino, con vehemencia.

—Los tres —dijo Salcedo— no vamos a arreglar el país, de modo que cerrémonos la cremallera antes de que los soplones nos oigan.

—Siempre callándonos —protestó Prudencio, pensativo ahora. —Nada hemos ganado con eso.

—Hay que pelear —dijo Florentino.

—¿Para qué?

—Para que todo sea más justo, hermanitos; para que tengamos también un trocito de tierra, una pieza, una maldita pieza donde meternos.

—¿Y no dicen que van a repartir las fincas? —preguntó Salcedo. —¿El mismo padre Camilo no dizque estuvo en esa vaina de la reforma agraria?

—Eso no pasará de ser una mentira —dijo Prudencio.

—Como todas las cosas que nos dicen —añadió Salcedo.

—El gobierno vive engañándonos, como si fuéramos mocosos. Dígalo si no, hermanolo —dijo Prudencio. —Nos muestran el dulce, y después son ellos los que se lo tragan.

—Y nos dejan viendo un chispero —acabó Manuel.

—Eso se va a terminar —dijo Florentino, con entusiasmo. —Esta noche pude comprobarlo; hay que oír a Camilo para saber lo que están haciendo con nosotros.

—¡Si ya lo sabemos! —dijo colérico, Manuel.

—Pero no tenemos cómo defendernos —dijo Prudencio.

—¿Y oyendo al tal padrecito nos van a llover armas del cielo? —preguntó Salcedo, burlón.

—Las armas las tiene el gobierno.

—Pero nosotros tenemos la cólera —dijo Florentino.

—Eso no nos sirve para un carajo —dijo Prudencio. —Hay que agarrarles algo a esos malditos, tumbarlos de alguna forma, robarles los fusiles y armar al pueblo.

—Sí —aceptó Florentino. —A este país hay que darle un revolcón completo, porque está como una arepa.

—¿Cómo? —preguntó Manuel.

—Quemándose por un solo lado.

Del interior de la casa salió una voz de mujer llamando a Manuel. Este hizo un gesto de impotencia abriendo las manos y como disculpándose.

—La domadora —dijo, sonriendo. Y se marchó haciéndoles un vago gesto de despedida.

Prudencio y Florentino continuaron subiendo por la calle oscura.

CAPITULO IV

El proceso

Florentino leía poco. No recordaba cuándo ni cómo aprendió a leer. Tal vez por un esfuerzo propio; quizá por unos meses de escuela en un pueblo distante, antes de que diversas circunstancias relacionadas con las persecuciones políticas arrojaran a su familia a los cinturones de miseria que rodeaban a Bogotá. Pero ahora, de repente, se había despertado en él una sed verdadera de lectura, y en pocas semanas aprendió todo lo que se podía saber sobre el padre Camilo Torres Restrepo, a quien continuaba considerando como uno de los hombres más importantes del país; además como el único que, perteneciendo a una clase social alta, se había preocupado por exponer ante el gobierno los problemas, cada vez más apremiantes, del pueblo.

Cuando no pudo conseguir material de lectura, interrogó a sus amigos, a los conocidos, y se volvió asiduo asistente a toda clase de reuniones en donde se expusieran o analizaran las tesis de Camilo. A veces lo comentaba con Prudencio Gómez; en otras ocasiones con Manuel Salcedo, a quien las palabras de Florentino causaban profunda impresión. Un par de veces lo comentó con Teresa; porque de ella parecía haberse desentendido. Durante las semanas de su

lectura, de su comunicación con un medio antes desconocido, la tuvo casi olvidada. Ahora, otra vez, empezaba a recuperarla.

Había visto en los periódicos las críticas de la alta jerarquía eclesiástica contra Camilo; supo de los regaños públicos que le dirigieron sus superiores jerárquicos, y cómo quisieron cortar las alas de su ideal y obligarlo a seguir una senda predeterminada. Florentino leía, preocupado, todo esto. Cuando los altos mandos de la Iglesia amenazaron con sancionar a Camilo, sufrió intensamente. Lo tomó tan a pecho que estuvo una semana dándole vueltas al asunto, hasta que se decidió a comentarlo con Salcedo.

Era un sábado. Manuel reparaba su vieja zorra, pues se le había dañado uno de los ejes. La calle estaba sola, y apenas se veían dos de los niños pequeños de Manuel que, descalzos, jugaban en la acera frente a la puerta del rancho. Se oían los golpes de martillo, y de lejos venía el murmullo ronco y permanente de la ciudad.

—Esas son vainas en las que no podemos meternos —dijo Salcedo. —Allá ellos; si los curas quieren agarrarse, que lo hagan cuanto antes.

—¿Pero es que no lo entendés, hombre? —preguntó Florentino, terco en su preocupación. —Es mucho peor que cuando echan del ejército a un militar, cuando le quitan las insignias y todas esas cosas.

—¿Y qué?

—Pues que no es justo.

—Eso es lo que vos pensás, hermanito. Pero hay que dejar que cada cual haga el trabajo que le toca.

—Me revuelve el estómago todo eso que están haciéndole a Camilo.

—Así que ya lo llamas por su propio nombre.

—Sí. Es..., es un poco pariente mío; pariente de todos los pobres de Colombia; amigo de todos los desgraciados de este país. Todos los que son como usted, hermanito, o como yo; los que no tenemos ni empleo, ni una casa, ni una cuarta de tierra.

—Hombre, pero si ya casi había usté como él —dijo Manuel, abandonando por un momento su trabajo y observándolo.

—A Camilo quieren callarlo como usted dijo una vez, Manuel. Una vez no hace mucho me acuerdo que esa fue su opinión; y tenía más razón que el chiras.

—Lo callan. ¿Y qué?

—¿Por qué lo quieren callar, si él está hablando por nosotros?

—Por eso. Por los pobres no puede hablar nadie. Acuérdesse de lo que le hicieron al negro Gaitán, que ese era otro berraco. ¿Ahí no lo asesinaron a mediodía y en plena séptima?

—Sí —dijo Florentino, con tristeza. Y se calló.

Manuel continuó su trabajo. Colocó la rueda y puso los tornillos. Entonces Florentino vio que por la calle subía hacia ellos una figura femenina que había llenado sus noches y sus desvelos con un perfume vago, mezcla de inocencia y pecado: Teresa.

Se incorporó, feliz. Recordó, de pronto, que había quedado de pasar a recogerla a la casa en donde trabajaba después del mediodía. Lo había olvidado. Ahora, pensando en Camilo, en sus frases, en su doctrina, se le iba el tiempo. Apenas hacía matemáticamente su trabajo matinal y los pequeños oficios del día, con los que ganaba algún dinero para ayudar a la siempre maltrecha economía familiar.

Pero Teresa no estaba disgustada, como pensó inicialmente. Le dio un beso en la mejilla y le apretó el brazo, y bajo la tela liviana de la blusa blanca sintió cómo se estremecía esa carne firme y dura, con la que había soñado tantas veces. Teresa saludó a Manuel tendiéndole la mano, pero él se disculpó con una sonrisa por no estrechársela y le indicó los dedos llenos de grasa.

Tomados del brazo, Teresa y Florentino descendieron a la ciudad. Manuel se quedó acabando de dar los últimos golpes a la zorra, ya casi concluido su trabajo.

—Te esperé una hora. Incumplido.

—No sé qué me pasó, Teresa. No sé.

—Andas con la cabeza llena de cucarachas.

—Tal vez. Pero tenés que disculparme.

Teresa, sonriente, asintió.

—Solo espero que no se te vuelva una costumbre.

Teresa le entregó un periódico que llevaba en la mano. Florentino, conforme a la costumbre adquirida en esos días, lo desdobló y empezó a mirarlo, echando de vez en cuando un vistazo a la calle para no tropezar con las piedras o meter los pies en uno de los numerosos huecos.

—Me tenés en la olla —le dijo Teresa, tirándolo de una oreja y obligándolo a que la mirara.

—¿Por qué?

—No te preocupas por mí ¿Estás cansado?

—¿Con quién?

—Conmigo.

Florentino rió; después le dio un beso rápido sobre la cabellera suelta y oscura.

—No lo digas ni por chanza, Teresa. Te quiero reteharto. No hago sino pensarte, de día, de noche..., sobre todo de noche.

Teresa sonrió, satisfecha. De pronto Florentino se detuvo: en el periódico había una noticia referente a Camilo.

Era muy breve. Apenas, y sin comentarla, se limitaban a transcribir una carta que el arzobispo de Bogotá dirigía al sacerdote rebelde. Florentino leyó con asombro el último párrafo:

"Quiero añadir que desde el principio de mi sacerdocio he estado absolutamente persuadido de que las directivas pontificias vedan al sacerdote intervenir en actividades políticas y en cuestiones puramente técnicas y prácticas en materia de acción social propiamente dicha. En virtud de esta convicción durante mi ya largo episcopado me he esforzado por mantener al clero sujeto a mi jurisdicción apartado de la intervención en las materias que he mencionado".

Se quedó estupefacto. ¿No era, pues, labor sacerdotal preocuparse por remediar las injusticias sociales? ¿No había sido Cristo, acaso, el primer abanderado del cambio, el primer defensor de los necesitados? ¿No abrió los brazos en la cruz para redimir a los pobres, a los menesterosos, a los hambrientos, a los perseguidos?

La avenida sombría

Llevaba a Teresa de la mano por la pequeña avenida, oscura tanto por lo avanzado de la hora como por la sombra que los árboles tiraban sobre el pavimento. Lejos, se oían los pitos de los automóviles y de los buses que viajaban hacia el norte por la carrera séptima. Cerca, apenas el ruido de sus pasos; y, a veces, el viento que rebullía las hojas y estremecía los altos gajos. Habían paseado durante toda la tarde por los alrededores del Parque Nacional. Fueron de un lado a otro como dos adolescentes, comiendo helados; miraron a los aficionados jugar en los campos de fútbol; dispararon escopetas de dardo sobre paquetes de cigarrillos, y descansaron luego sobre el pasto, oyendo los gritos y las risas de los niños, las voces alarmadas de quienes cuidaban de ellos, y el conteo matemático de las raquetas sobre la pelota en el campo de tenis.

Ahora debían separarse. Pero Florentino, como en ocasiones anteriores, se rebelaba. Quería permanecer junto a Teresa, seguirla a todas partes, amarla sin temores.

—Va a tener que venirse al rancho de mis taitas una de estas noches, Teresa. Yo no aguanto más la vida así, separados.

—Cuando tengas tu casa, me voy contigo.

—Eso va a ser difícil.

—No, si le pones voluntad.

—¡Sería tan bueno que lo que dice Camilo se cumpliera! —murmuró Florentino, como si soñara.

—¡Otra vez con esas ideas locas!

—No son locas, Teresa. Lo que pasa es que así nos parecen por lo que no teníamos costumbre de pensarlas. Pero mira no más, que si hubiera justicia, si se cumpliera, yo tendría siquiera una piecita para los dos. Porque yo trabajo, Teresa. Y duro. Pero no vale para nada trabajar cuando a uno le pagan lo que a los dueños del país se les da la gana.

—Ya casi no hablas de otra cosa, Florentino.

—Es que pensándolo y pensándolo no puedo descansar. Lo hablo con el Prudencio o el Manuel, que apenas me entienden. Solo que ahora están más atentos a las cosas, ponen más interés en lo que les digo. Y así como esos son todos los que van a las charlas de Camilo, y a las manifestaciones, y que hay que apoyar a los campesinos, y que aliarse con los estudiantes. En este país ya no se puede trabajar, Teresa.

—Pero si hacen huelgas, como hasta ahora, todo será peor.

—No lo creas. Nosotros no tenemos nada y por eso no perdemos nada.

—¡Política, política!

—Es que ya no se aguanta esto, Teresa. Voy a tirar la toalla. Y así estamos muchos. Todos, diría yo. Toditos estamos por colgar los tenis.

Caminaron por la avenida hasta que ésta terminó en una especie de gruta en donde estaba por completo oscuro. Se veía, apenas, el cemento blanco de una silleta circular. Los cocuyos se encendían y se apagaban entre las ramas de los pinos que, cortados en figuras simétricas, adornaban aquel rincón del Parque Nacional.

Florentino la llevó de la mano. Se sentaron muy juntos en el banco, y Teresa reclinó su cabeza sobre el hombro de Florentino, que le rodeó la cintura con el brazo derecho.

—Cómo sería de bello que pudiéramos estar siempre así —dijo él.

—Muy bello —aceptó Teresa. —Depende de vos.

—Yo trabajo, trabajo como una bestia. Pero si necesito más dinero, no tendría otra solución que robarlo.

—Eso no —dijo Teresa, y levantó los ojos. —Prefiero estar casada con un pobre requetepobre y no con un ladrón.

—¿Lo ve? Esto no tiene salida.

—Esperaremos, Florentino. Ya aguardamos lo más...

—Yo no puedo esperar, Teresa. Yo no hago más sino pensarla. A todas horas la tengo metida en mis pensamientos, y esto me desespera, me vuelve loco.

La besó en la boca. Ella se resistió, débilmente, y después acabó por ceder. Florentino aspiró su olor pleno, extraño, una mezcla de muchas cosas agradables, su juventud, su plenitud de mujer, su propia pasión. Cuando se separaron, Teresa respiraba con dificultad. Permanecieron un rato en silencio y después volvieron a besarse. La mano de Florentino, casi contra su voluntad, como guiada por un ciego instinto, se posó sobre los senos de Teresa, y entonces ella se puso de pie.

—No, Florentino —le dijo, sin violencia, casi con amargura. —No lo echemos a perder todo.

—Pero es que... —intentó protestar Florentino, incorporándose.

—Nada de peros, hombre. —Lo besó con suavidad en los labios. —
Vámonos.

Lo tomó de la mano. Echaron a andar por la avenida. Nuevamente los rodearon los pequeños ruidos nocturnos. Nuevamente los rodeó una especie de resignación ante un estado de cosas que no se sentían capaces de modificar.

Florentino, allá en el fondo de su memoria, en el mismo fondo de su conciencia, continuaba escuchando con asombro las palabras de la carta que había leído esta tarde: "...las directivas pontificias vedan al sacerdote intervenir en cuestiones políticas y de acción social propiamente dicha...".

Salieron a la carrera séptima. Florentino debía acompañar a Teresa hasta su casa, en el barrio Las Ferias. Esperaron el bus. Iba lleno de gente, hombres de cara apática o preocupada, mujeres con sus trajes de trabajo, muchachos que regresaban de las poquísimas escuelas nocturnas. Subieron, se mezclaron con aquel pequeño mundo rodante. Por las ventanas, como en una película, los almacenes, los avisos, los peatones, pasaban a creciente velocidad.

CAPITULO V

Frente Unido

A pesar de su escasa preparación intelectual, Florentino Sierra comprendió que la solicitud de Camilo en el sentido de que se lo redujera al estado laical era muy grave; dos días después se produjo la determinación del arzobispo: el 26 de junio de 1965. Camilo, pues, sin perder su condición esencial de sacerdote, no podría volver al ejercicio de sus funciones.

Cuando apareció la noticia en los periódicos, la comentó con Prudencio Gómez; después, los dos estuvieron analizándola con Salcedo. Ya los tres formaban una especie de grupo capitaneado por Florentino, y en la medida de sus capacidades sopesaban los problemas a que estaba enfrentado el país, buscaban soluciones, criticaban las determinaciones del gobierno, el oportunismo de los intervencionistas, la devaluación creciente, la represión contra cualquier forma de inconformismo y el abuso de quienes ocupaban los poderes públicos.

—La situación puede ponerse grave al padre Camilo —dijo Salcedo.

—Así, sin el escudo de su sotana, se le volverá el Cristo de espaldas — comentó, por su parte, Gómez.

—No lo creo —dijo Florentino. —Además, la sotana no la empleó nunca como escudo. Desde que vino de Europa se preocupó más por los problemas de los pobres, que por escalar posiciones en el sacerdocio.

Tal vez sin notarlo, Florentino había cambiado hasta en su manera de expresarse. Metido en forma casi continua entre los pocos libros que podía conseguir, entre periódicos y revistas, había tomado una cultura rudimentaria, si se quiere, pero positiva. Aun en sus relaciones con Teresa habían pulido los términos un poco bruscos de su hablar cotidiano. No era él plenamente consciente de su cambio; es más: éste se producía sin que su voluntad interviniera. Además, en todos cuantos lo rodeaban, iba dejando algo de sí mismo, algo de ese nuevo Florentino Sierra que había nacido, poco a poco, en el transcurso de unos cuantos meses: los que comprendían su conocimiento de Camilo; los que iban desde la primera vez que lo oyó arengando a los sindicalistas y a los obreros, hasta esta mañana del 26 de junio, fría al comienzo, ya con un poco de sol más tarde: cuando terminó de colocar los avisos en el muro de la calle veintiséis.

Había un cartel en cuya colocación puso todo el esmero. Es más: lo destacó en tal forma que cualquiera que pasara frente a la pared tenía que verlo. En él se anunciaba un acontecimiento en su parecer extraordinario: "algo que le estaba haciendo falta al pueblo":

**FRENTE UNIDO - SEMANARIO DEL PUEBLO
DIRIGIDO POR CAMILO TORRES PARA EL
PUEBLO COLOMBIANO. - FRENTE UNIDO
ES UNA TRIBUNA DE LIBERTAD**

Circula los Jueves.

Con su escalera al hombro, Florentino emprendió el camino de regreso. Silbaba tenuemente una canción-protesta que había estado muy en boga durante los meses anteriores que milagrosamente transmitían las emisoras. Había un silencio de todos los medios informativos, empeñados en mantener oculto un estado de inconformismo alarmante. Por eso pensó con júbilo en la aparición

del periódico de Camilo. Ahí sí se podría escribir todo lo que los otros órganos de información mantenían oculto.

Después de llegar a su casa y dejar sus instrumentos de trabajo en el sitio de costumbre, Florentino se arregló un poco, se puso una camisa limpia y bajó al centro de la ciudad. Por lo general, le disgustaban las multitudes. Acostumbrado en esa infancia lejana de la que no quería acordarse a permanecer solo durante mucho tiempo, no se habituaba a las voces múltiples, al afán, a la urgencia de la multitud que llenaba las calles y los parques bogotanos. A esa hora de la mañana —iban a ser la seis y media— los muchachos marchaban afanosos con sus cuadernos bajo el brazo, sus maletas de cuero, sus bolsos rústicos; y las oficinistas alargaban el paso cuando los semáforos cerraban sus ojos verdes y abrían la pupila ciclópea del lente rojo para los vehículos. Se empezaba a vocear la prensa, la lotería, las distintas boletas para rifas; se atropellaban los emboladores con su cajita bajo el brazo; se apretujaban en las aceras los gamines tapados con periódicos, y las dueñas de los puestos ambulantes donde se vendían por igual el tinto y el aguardiente recogían sus bártulos y se iban a sus hogares.

Tomó la dirección de Frente Unido. Alargó el paso, porque pensó que alguien le ganaría de mano, que el periódico ya estaría siendo repartido en todos lados. Cuando vio el viejo edificio cuya dirección se indicaba en el cartel, divisó un numeroso grupo de personas de toda edad, clase y sexo, repartiendo y leyendo con avidez el periódico. Niños, gamines, obreros, estudiantes, todos con un entusiasmo arrollador, todos poseídos por una extraña fiebre de entrega, de comunicación, de lucha. Florentino, desde lejos, los admiró: eran los abanderados de una nueva idea; eran los forjadores de una patria distinta, más limpia, más propia, menos hipotecada. Eran, en fin, las células de un mecanismo que empezaba a ponerse en marcha y cuyo final ni siquiera podía preverse.

Corrió hasta la puerta del viejo edificio. A empujones se abrió paso entre la multitud. Ya muchos jóvenes y algunas muchachas salían disparados en diversas direcciones, y se escuchaban sus gritos:

—¡Frente Unido!

—¡Compre el periódico de Camilo!

—¡El periódico de los pobres!

—¡El mensajero de la revolución!

—¡El que dice la verdad!

—¡Frente Unido!

—¡Frente Unido!

Se acercó al mostrador ante el que se agolpaban numerosos estudiantes solicitando ejemplares para vender. Tras él, dos empleados afanosos repartían paquetes y anotaban en largas tiras rayadas. Florentino, empleando cierta violencia, se colocó en la primera fila y pidió:

—¡Yo quiero vender el periódico del padre Camilo! Déme cincuenta números.

—Su nombre.

—Florentino Sierra.

—Firme aquí.

Firmó una especie de planilla. Recibió el paquete y salió a la calle. También empezó a gritar:

—¡Frente Unido! ¡Compre Frente Unido!

Nunca había vendido periódicos, ya de adulto; lo hizo un par de veces, cuando pequeño, y le quedó una experiencia dolorosa porque perdió unos pesos y estuvo metido en un reformatorio hasta que se aclaró la situación. Pero ahora se sentía feliz. Estaba vendiendo lo suyo: su verdad, su idea, su rebeldía; estaba haciendo algo que lo llenaba por entero; gritando el nombre del periódico parecía gritar en todas partes: ¡despertad, despertad! Sí, porque Frente Unido era no solamente un poco de papel y de tinta, sino un mucho de ideas, una tribuna del inconformismo creciente, una voz en el desierto. Eso, pensó Florentino, mientras maquinalmente recibía un peso y entregaba un ejemplar:

una voz alta y clara como la de una campana en la indiferencia de una madrugada cuya calma —ahora lo sabía— era solo aparente.

Se había quedado casi ronco de tanto gritar. Contó los periódicos y vio que solo le quedaban diez. Había vendido cuarenta en menos de una hora. Se sintió cansado. En su caminar ciego, había llegado hasta las cercanías del parque Santander. Se sentó en las escaleras y aclaró la garganta.

—¡Frente Unido! ¡Frente Unido! ¡Frente Unido!

¿Era su voz solamente? No, eran muchas voces. Muchas. Salían de todos lados, se volvían una sola que navegaba, como una barcaza de sonido, sobre la ciudad. La estremecían, sacudían sus cimientos caducos, hacían vibrar sus viejas estructuras. Frente Unido no era únicamente el nombre de un periódico: era el nombre de una esperanza.

La reunión

Por la noche, Florentino fue hasta Las Ferias a recoger a Teresa. Ella tenía día libre, y él le había prometido llevarla a cine. "Una de esas películas bien amorosas", dijo Teresa, que aceptó la invitación inmediatamente.

La encontró en la puerta de un pequeño almacén, donde siempre tenían lugar sus citas. Florentino no se atrevía a entrar en la casa de los padres de Teresa, y prefería citarse con ella en un sitio no muy cercano.

Estaba hermosa, pensó Florentino. Desde, lejos, unos veinte metros antes de llegar a la puerta del almacén, la examinó. Una mirada le bastó, como siempre, para hacer el inventario de sus encantos. Tenía un suéter color fresa, que le realzaba los senos; esos que, unos días antes, había sentido fugazmente contra la palma de sus manos; llevaba una falda corta de un tono discretamente azul, y una cartera del mismo color. Tenía peinado el cabello en un moño alto, y se le veían despejadas las orejas pequeñas y grácilmente adornadas con un aro dorado. Se había pintado los labios de un tono acorde con el color del suéter. Estaba bonita. Muy bonita, pensó Florentino, en el momento en que le besaba la mejilla, hacia el lado de arriba, tratando de morderle la oreja.

—Ya casi aprendes a ser cumplido —dijo Teresa, sonriendo.

—Ya casi —repitió Florentino, y echaron a andar por la calle estrecha hacia el paradero del bus.

—¿Escogiste una película buena? —preguntó ella.

—Es que... —vaciló. —Es que no vamos a cine.

Teresa se detuvo.

—¿No vamos? ¿Y entonces?

—Pues digo por sí quieres ir conmigo, Teresa. Que si no, lo dejamos, y nos metemos a cualquier teatro del centro.

—¿Ir contigo? ¿Por qué no acabas de explicármelo de una vez?

Florentino la miró indeciso. Notó en ella un principio de disgusto, y se alarmó. No quería decepcionarla por nada del mundo. Pero, por otra parte, la idea de la reunión se le había metido muy adentro. Supo la noticia en las oficinas de Frente Unido, cuando fue a entregar cuentas por la mañana, una vez terminada la venta de los periódicos.

—Mira Teresa, hay una reunión esta noche. Y yo prefiero que vayamos allá, en lugar de ver una película de esas con besotes y abrazos y nada serio.

—Si hay algo bueno en esa reunión, pues vamos. ¿Y dónde es?

—La hacen en una escuela de Tunjuelito. Van amigos y seguidores de Camilo. Tal vez vaya él, aunque no está confirmado. De todas maneras se hablará sobre sus ideas, sobre el periódico, se cantarán canciones de protesta y se leerán poesías.

—¿De amor? —preguntó Teresa, que empezaba a sentir cierto interés por la reunión.

—No lo sé, mujer. Tal vez no. El santo no está para que le pongan velas.

—No te entiendo.

—Que no es el momento para hablar de amor; ahora hay que hablar del cambio, de la revolución; de lo que vamos a hacer los de abajo, los del pueblo.

—¡Revolución y cambio y otras zarandajas! —dijo Teresa, colérica. — Con eso ya me tenés hasta la coronilla.

—Por eso te digo, que si quieres mejor nos vamos a un cine.

—No, Floro. Vamos a la reunión. No sé si yo tenga la culpa de lo que te está pasando por andarte acolitando tantas majaderías.

—No son majaderías —alegó Florentino. —Son cosas tan importantes que a veces ni las entiendo.

Había llegado el bus. Lo abordaron, y fueron atravesando poco a poco la ciudad, desde el extremo norte hasta el sur. Cuando llegaron a las primeras calles de Tunjuelito descendieron. Florentino comprobó la dirección que había anotado en un papel, miró la placa que indicaba el número de la calle, y echó a caminar por ella.

Habían hablado poco. En el bus, la gente hacía demasiado ruido. Y a Teresa, cuando viajaba, le gustaba reclinar la cabeza en el hombro de Florentino y cerrar los ojos para soñar. Un día, poco antes, Florentino le había preguntado en qué pensaba.

"En que teníamos una piecita para los dos solos, Floro. Y en que estábamos...".

No había completado la frase, pero él captó su significado. Por eso, esa misma tarde acudió a donde Eleazar, un compadre y antiguo compañero, que tenía un taller de carpintería. Resultó contratado como ayudante de segunda. Tendría que bajar más temprano a la ciudad, pegar los afiches con más rapidez, y volver pronto a Las Colinas para ingresar a su trabajo regular. La "piecita" de que hablara Teresa iba a ser una realidad en un par de semanas.

Llegaron a la escuela. Era, en realidad, un edificio en construcción. Allí funcionaría después la escuela. Ahora, solo había un patio parcialmente

cubierto. Ya se veía un buen número de hombres y mujeres, y Florentino volvió a notar en todos ellos lo que había admirado en el grupo que, a las seis de la mañana, estaba agolpado frente a las oficinas del periódico: una decisión, una alegría, un entusiasmo desbordante; la convicción de que estaban trabajando por un ideal, lavándole la cara a Colombia.

Estaba oscuro en el patio. La luz se concentraba casi en su totalidad en un pequeño estrado donde había sillas, un espacio más alto como para un conjunto musical, y la bandera de Colombia. También unos ejemplares de Frente Unido, pegados contra el triplex de la pared de fondo, y unas fotografías de Camilo, muy grandes. Florentino recordó el rostro que apenas pudo entrever una noche, cuando había concurrido, curioso, a la primera charla de Camilo. Esa noche había sido definitiva para él; porque la idea, sembrada con amor y convicción, estaba empezando a prepararse para una cosecha magnífica.

Cuando el primer orador comenzó a hablar, el patio estaba tan lleno que cualquier movimiento resultaba difícil. Florentino había colocado a Teresa delante de él, y la protegía abrazándola. De vez en cuando ella volvía a mirarlo y le sonreía. Tal vez una voz dentro de su cerebro empezaba a indicarle que Florentino tenía razón, que algo positivo debía salir de todas esas reuniones y de todos esos discursos. Corta de inteligencia, como la mayoría de las mujeres proletarias de Colombia, que carecen de una educación siquiera primaria, amaba la idea de la revolución amando a Florentino.

—El Frente Unido, como ya Camilo mismo lo ha explicado, quiere ser un movimiento en donde todos los inconformes colombianos tengan derecho de opinión; no importan en este momento las tendencias políticas; los demócrata-cristianos, los comunistas, los socialistas, los liberales o conservadores, los de cualquier nominación ideológica, política o filosófica, serán bienvenidos a nuestro movimiento. Porque no estamos para ahondar en luchas partidistas; porque solo queremos defender a Colombia, hacerla más digna, más colombiana.

—¿Vendrá Camilo? —preguntó Teresa, volviéndose.

—Parece que no. Pero de todos modos, él está con nosotros.

—¿El?

—Sí, Teresa: su idea, su doctrina, su mensaje, nos acompañan esta noche.

Después de finalizar el discurso, un conjunto interpretó un pasillo. Una muchacha de piel morena cantó la letra. No era, como de costumbre, un salmo al amor o la descripción de un paisaje: era una protesta; una letra bella y dolorosa, triste y sentida; una letra que acabaron por corear todos, en un frenesí extraño; una letra que se escapó del recinto, de Tunjuelito, de Bogotá, hacia todos los rincones del continente y del mundo donde latiera un corazón proletario:

Sobre la tierra prestada
caminan los pies descalzos.
No tenemos esperanza:
solo nos queda el cansancio.

El pan, sabe a sangre fresca,
salada sangre de hermanos.
Solo nuestra propia sangre
nos queda para amasarlo.

El trigo se ha vuelto negro;
el maíz se ha vuelto escaso;
si unos pocos se lo comen
solo nos queda el bagazo.

El surco es un surco ajeno;
el campo no es nuestro campo;
para huir de las tormentas
ya solo nos queda el rancho.

Pero hay que ser valerosos
y derribar los tiranos,
aunque para la batalla
solo nos queden las manos.

Hombre de fusil

Volvieron los discursos. Se analizaron las realizaciones de Camilo en cuanto a la transformación indispensable del pensamiento popular frente a las clases dirigentes. Y por último, subió a la escena un muchacho alto, delgado, con una barba incipiente.

—Y ahora —anunció el que había venido desarrollando las funciones de locutor general de la reunión— uno de los más importantes poetas colombianos leerá su poema "Hombre de fusil", que él ha dedicado a Camilo Torres y a su obra revolucionaria.

Se hizo el silencio. El poeta —una extraña mezcla de trashumante y de soñador— sacó del bolsillo unas cuartillas, las alisó junto al micrófono y empezó, rodeado por un silencio absoluto, la lectura de su poema:

El hombre de fusil no tiene nombre,
ni tiene dimensiones personales.
El hombre de fusil es solo un hombre
multiplicado por sus ideales.

Es un hombre de surco y de azadones,
de arado y de maíz y de madera,
atado a la raíz de sus canciones
que hablan de una futura sementera.

O un hombre que esgrimiendo su taladro
abre la oscuridad con sus troneras,
y cuya pica reconstruye un cuadro
con diamantes de sal y calaveras.

Un hombre que se mete entre los ríos
que vienen de remotas soledades,
y lanza sus dolientes desafíos,
a la miseria y a las tempestades.

Hombre que va desnudo hacia la tierra

que lo nutrió con su materia inerte;
que para amar la paz odia la guerra
y ama la vida para odiar la muerte.

El poeta hizo una pausa. Durante ella siguió flotando sobre toda la multitud congregada en el patio el mismo silencio. Parecía haberlos hipnotizado no solo con su presencia sino con sus palabras.

—Me gusta lo que está leyendo —dijo Teresa, en un murmullo, volviéndose hacia Florentino.

—A mi también —dijo él, con el mismo tono. —Se entiende fácilmente. Yo me siento así, como ese hombre que él describe. Es un hombre como podemos ser todos nosotros, el Prudencio Gómez, Manuel, yo mismo. Cualquiera.

El poeta continuó la lectura, y los pocos murmullos se callaron:

Entre las sendas que la selva oculta
la idea hace sus nidos de revuelta,
mientras que por sembrados y ciudades
el descontento sus legiones suelta.

Pies de cotizas, manos de machete,
ojos de sombra y de dolor y lucha:
el tiempo está sonando; a vuestro lado
va todo un pueblo que en silencio escucha.

Filas de pensamientos iracundos
—a la opresión y a la injusticia hostiles—
se cierran mientras vibra el horizonte
con la argumentación de los fusiles.

Un tambo campesino; una fogata;
una mano que empuña el arma; un llanto;
y un mundo grande y nuevo que despierta
bajo el sonido de su propio canto.

En ese mundo verdadero y nuestro

cada uno tendrá un surco y un arado,
y no se morirá, por la miseria
contra su soledad crucificado.

Un pan siempre en la boca del hambriento,
una herramienta en cada mano amiga;
con igualdad y con justicia, nunca
volverá nadie a hablar de la fatiga.

Habrà un camino para cada paso
y muchos pasos abrirán caminos;
y el trigo cantará su ronda de oro
en la fraternidad de los molinos.

Habrà una nueva puerta en cada casa,
en cada corazón nuevos latidos;
y una música exacta y melodiosa
conjugará plegarias y sonidos.

Se romperán las cárceles absurdas
donde se carga el alma de cadenas,
y un espíritu simple y poderoso
correrá despejándonos las venas.

En ese mundo nuevo, que ahora solo
se ve tras las canciones guerrilleras,
se llenarán de lágrimas fecundas
los ojos solitarios de las eras.

Y luego de la lucha y de la sangre
ha de nacer la paz multiplicada
como después de las tinieblas nace
poderosa y total la madrugada.

Volvió el poeta a hacer una pausa. Casi lo ahogaba la emoción. Florentino lo había escuchado sin perder una sola palabra. Eso era la poesía; como antes había sido la música. Música y poesía pedían ser dos armas nuevas en la revolución; como un par de puños más; como los dos ojos oscuros de un arma enfocada contra el pecho de los tiranos.

Florentino miró hacia atrás, y vio que todo el patio estaba lleno. En la calle, que alcanzó a divisar parándose en la punta de los pies, había también mucha gente. Los parlantes amplificaron de nuevo la voz del poeta que, como en éxtasis, continuó la lectura de sus estrofas.

El hombre de fusil está luchando
para hacer realidad el mundo mismo.
Su prodigiosa voz viene sonando
y alzándose del fondo del abismo.

Lucha en las calles o en las barricadas,
entre las selvas o por las llanuras;
sus frases de profeta, huracanadas,
estremecen las viejas estructuras.

Pelea cuerpo a cuerpo con el hambre,
esa loba fatídica e histérica.
Los hombres de fusil son un enjambre
diseminado por la piel de América.

Y así corren del monte al hondo llano;
alzan la voz de sus antorchas rojas,
beben agua en el cuenco de la mano
y se alimentan de ilusiones y hojas.

Pero nunca desmayan. Siempre avanzan
y su bandera indómita y salvaje
sube hasta las colinas, cuando alcanzan
una nueva medida del paisaje.

Hombres hechos del barro americano,
de la escoria que nace de las minas,
del sudor proletario y cotidiano,
del agua que resbala en las esquinas;

hombres de ruana y de alpargatas viejas,
de machete y de callos en los brazos,
de maldiciones rudas y de quejas,
de blasfemias y amor y latigazos;

hombres forjados sobre el pan mentido
que siempre les fue esquivo o les fue ajeno,
y que bebieron odio diluido
en ese doble manantial del seno;

hombres que han sido, por generaciones,
esclavizados y también vendidos,
y que forman las tétricas legiones
de los desamparados y ofendidos.

Ellos toman ahora los fusiles,
muerden su pan de cólera siniestra,
se esconden con audacia de reptiles
y levantan cuchillos en la diestra.

Tiempo de rebelión, tiempo de luto,
tiempo de sangre y tiempo de venganza,
porque hay un cambio franco y absoluto
que incontenible y poderoso avanza.

El hombre de fusil no tiene nombre:
tiene no más su voluntad de lucha.
Junto a él cada voz es otro hombre
que una doctrina de justicia escucha.

Y ese hombre va a la muerte. Quizá piensa
ya al borde del profundo precipicio,
que nacerá una llamarada inmensa
alimentada por su sacrificio.

Piensa que si no vive el mundo nuevo
alzado con su sangre y sin su gloria,
otras generaciones de relevo
vivirán otra etapa de la historia.

Al hombre de fusil solo le importa
ese mundo que sabe que no alcanza.
Piensa, sin duda, que su vida es corta
y en cambio es permanente la esperanza.

Y así, odiando la muerte, va a la muerte.
Amando así la paz, hace la guerra,
para cambiar la vergonzosa suerte
de los desheredados de la tierra.

Cuando el poeta terminó, hubo medio minuto de silencio; casi de estupor. Después, a un tiempo, estallaron los gritos: ¡Camilo, Camilo. Camilo! Florentino más tarde solo recordaría esto: las estrofas del poema, donde estaba plasmado el destino del guerrillero, y la voz de la multitud que por mil gargantas emitía una sola palabra:

¡Camilo!

CAPITULO VI

No es un trabajo

Florentino volvió a las oficinas del Frente Unido, pero el periódico aún no estaba terminado. Tendría que regresar al día siguiente. Al salir, encontró una página del número anterior, y en ella, una frase que Camilo había pronunciado el 5 de agosto en Barranquilla. Le llamó tanto la atención que acabó por aprenderla de memoria:

"Si la eficacia del amor al prójimo no se logra sino mediante una revolución, el amor al prójimo debe considerar la revolución como uno de sus objetivos, y si en esta revolución se coincide en la acción, en la práctica, con algunos métodos y objetivos marxistas, leninistas, no es que los marxistas se vuelvan cristianos o los cristianos marxistas, sino que se unen para la solución técnica de los problemas de la mayoría de los colombianos, y que esta solución debe ser permitida no solo para los católicos sino obligatoria para el sacerdote".

Unas semanas antes, Florentino Sierra no habría entendido una palabra. Ahora era capaz de desentrañar el significado de la frase; estuvo dándole vueltas, con la hoja en la mano, durante un buen rato. Si, pensó, el sacerdote es

un predicador, un misionero, un crucificado en potencia; está listo a que le den latigazos y lo claven contra una cruz. No importa que no sea de madera: la cruz puede ser interna; se le puede atacar en lo que más ama, se le puede combatir violentamente. Pero existe. El sacerdote, en el medio latinoamericano, es una víctima que se ofrece en sacrificio para que se entienda cabalmente lo que Cristo denominó amor al prójimo. Solo que hay muchos, dentro de la misma organización eclesiástica, que se encargan de callarlo. Porque no les conviene perder ciertos privilegios, establecidos por la costumbre y sostenidos por el temor.

Después, Florentino leyó en otra parte, bajo una fotografía algo confusa, las palabras pronunciadas en Medellín por el padre Camilo Torres, ya reducido al estado laical, ya echado, pensó, de los templos por sus propios hermanos:

"El medio más adecuado (hablaba de la toma del poder) es la revolución pacífica. Sin embargo, yo creo que no está en manos de los pobres, de los desvalidos, el decidir sobre la vía revolucionaria. Yo creo que deberíamos preguntarle más bien a los dirigentes actuales cómo van a entregar el poder a la mayoría, sí por las vías pacíficas o por las violentas".

De pronto, la fotografía pareció salirse del estrecho marco del periódico y cobrar una vida extraña, activa.

Y Florentino Sierra vio una multitud que gritaba frente a las rejas del sindicato ASA,

y tras de las rejas, a Camilo, mejor, a su voz a sus manos en el aire como dos blancas banderas de revuelta,

y tras de las manos un desfile de gentes ignorantes, de obreros y de campesinos, de estudiantes y desempleados,

y tras ellos una gran llamarada,

y tras la llamarada un territorio limpio, un país orgulloso, sin hipotecas, sin préstamos a largo y corto plazo, sin intereses usurarios, sin dueños extranjeros.

Florentino cerró los ojos pero dentro de ellos continuaban bailando las escenas.

La voz se hacía más fuerte, se transformaba en un hondo grito, en una incontenible protesta,

y los policías no podían callar los labios de Camilo,

no podían atar sus manos,

no podían derribarlo contra la tierra.

Pero la multitud retrocedía, temerosa, y las rejas se cerraban.

Y venía un período muy corto pero doloroso de alejamiento, de prisión.

No comprendían los policías que Camilo estaba hablando por ellos, defendiéndolos, protestando porque tenían que obedecer oscuras consignas sin entenderlas,

y daban golpes a su redentor,

lo encarcelaban y lo maldecían,

lanzaban sobre él los escupitajos de su ignorancia, como pobres bestias azuzadas por una voz dominante y metálica que los había entrenado para la guerra y para el odio.

Fue tan intensa la visión, que Florentino sintió que el suelo se perdía bajo sus pies y que caía a un abismo rojo, donde todo era fuego purificador, donde hervían los árboles enfurecidos de las llamas. Alguien necesitaba de él, alguien a lo lejos lo llamaba. Teresa, con su cuerpo desnudo envuelto en túnicas candentes, o Prudencio Gómez, o la Solé, o misiá Cuncia, o sus padres que a pesar de estar pasando ya los umbrales de la vejez vivían en riña permanente, o sus hermanos perdidos por los caminos ciegos de la ciudad, o los afiches que pegaba todas las mañanas contra los muros, o la voz, sí, la voz, las manos, sí, las manos de Camilo, alzadas las tres, la voz y las dos manos, como tres grandes espigas llenas de granos' que contenían un germen nuevo, una idea diferente que ya empezaba a desatar la cólera y el temor de los poderosos.

Por eso, volviendo a la fotografía, vio que la persecución continuaba, que caballos y soldados eran una sola mancha sobre el papel y sobre el rostro de Colombia,

que las manos campesinas armadas por los poderosos asesinaban las manos campesinas por los poderosos desarmadas,

que hermanos peleaban con hermanos sin odio, apenas obedeciendo una orden absurda y criminal,

que en las esquinas el hambre acechaba con sus ojos de raro resplandor,

y que todo se consumía finalmente, dejando solo ante los ojos los cascos de los caballos y los remolinos de tierra que levantaban,

tierra con sangre, con sudor, con lágrimas,

tierra antes fértil y ahora estéril, antes sembrada de gladiolos y ahora de cadáveres.

Florentino se pasó la mano por la frente. Cerró otra vez los ojos, con tanta fuerza que le dolieron los párpados. Cuando los abrió, vio el viejo edificio donde se editaba el periódico y oyó por encima del ruido de los carros el sonido melódico de las máquinas que multiplicaban las ideas para que otros pudieran sentir lo que él había sentido un momento antes.

Salió a la calle. Volvería a la mañana siguiente. Y todas las semanas. Y todos los días, si fuera necesario. Porque para él, la venta de Frente Unido no era un trabajo: era una forma extraña de unirse a Camilo, a lo que él predicaba, a lo que representaba como camino para todo un pueblo que andaba al garete, huérfano de la firme voz del guía.

¿Cómo callar las voces?

El 9 de septiembre, Florentino estuvo a las seis de la mañana ante las oficinas de Frente Unido. Media hora después salió con cien ejemplares del

periódico bajo el brazo. Con él iban los de siempre, muchachos que abandonaban por un rato sus libros para aprender el precio de la libertad, para entregar ideas, para ofrecer su mercancía de pensamientos; muchachas de colegio que también depositaban en el mostrador de las oficinas sus libros, por un par de horas, y arengaban en las esquinas, y recibían el billete de a peso para entregar, en cambio, un montón de lo que el gobierno llamaba "basura demagógica" y era, en realidad, filosofía popular, pensamiento de los obreros, de los campesinos, de la gran masa colombiana; ancianos dominados por un fervor místico, como si desearan, antes de cruzar el límite de la muerte, aportar algo para que el país no fuera el mismo que conocieron, para que se abrieran un poco las puertas tras de las cuales estaba escondiéndose la verdad a quienes más necesidad tenían de conocerla; y niños, muchos de las clases pobres, chicos descalzos que llenaban las calles con sus gritos y cruzaban de una acera a otra desafiando a los automóviles, con el afán de que el periódico llegara en forma simultánea a los más apartados rincones de la ciudad.

Florentino subió hacia el Parque Santander. Era su ruta preferida. En otras ocasiones se había encontrado con Prudencio, que hablaba con sus amigos loteros. Florentino sentía un impulso de dicha interior cuando podía hablar con ellos, cuando comprobaba que en esos espíritus rústicos y conformistas estaba prendiendo una chispa nueva, una idea diferente.

Entregaba periódicos y recibía dinero, que guardaba en el bolsillo interior de su mono raído, oloroso a papel fresco, a engrudo, a tinta de rotativa. Se sentía pleno, invadido por una fuerza terrible. Sería capaz de enfrentarse a un batallón. Si, pensó, desplegando uno de los periódicos lo colocaría en forma de bandera lo agitaría delante de su pecho, y no le importaría que las balas le clavaran sus abejas de plomo.

Reaccionó. Vio que algunos muchachos corrían hacia abajo, desde la carrera séptima; como huyendo de un peligro. Llevaban ejemplares del periódico y miraban hacia atrás.

Florentino se quedó quieto. Solo intentó reaccionar cuando vio que los policías se aproximaban. Pero ya era tarde. Dos agentes lo sujetaron por los brazos, un tercero le quitó los pocos ejemplares que le quedaban, y un cuarto le dio un puntapié en los testículos. Se dobló de dolor; sintió que el aire se le iba, y pensó que se desmayaría en medio de la calle. Pero hizo un esfuerzo muy marcado para reaccionar, y fue arrastrado hacia la radiopatrulla cuyas luces

rojas daban vueltas dentro de sus pupilas. Lo empujaron y rodó por el suelo que olía a gasolina, hasta dar de cabeza con el cuerpo de otro hombre. Lo miró. Le pareció haberlo visto poco antes, recibiendo una veintena de ejemplares de Frente Unido. Pero se calló. Otros dos o tres hombres fueron metidos a golpes dentro del carro, que finalmente arrancó. La sirena perforaba el silencio que, de repente, había caído sobre la ciudad.

Florentino sintió pánico. No lo aterraba la cárcel, con sus secuelas de violencia, de tortura, de brutalidad: lo llenaba de pena todo lo que dejaba sin terminar: sus ideas, la lucha de Camilo —que ya consideraba suya— la casa de sus padres en la carpintería de Eleazar en donde solo había trabajado un par de semanas, Teresa, sus besos, la pieza que había soñado tener con ella...

Las voces estaban calladas. Solo se oía una: la aguda voz de la sirena que salía desde su garganta intermitente y roja, regándose por las calles de la capital.

CAPITULO VII

A la sombra

Florentino Sierra despertó con una abrumadora sensación de cansancio. Abrió los ojos como si los párpados le pesaran y recordó todo lo sucedido el día anterior. Entonces se puso de pie y estiró las piernas y los brazos. Crujieron sus huesos. Se echó hacia atrás el pelo y contempló el lugar donde se encontraba.

Era el patio de la cárcel; allí, con él, habían pasado la noche unos quince detenidos más; tal vez, pensó, los que no cupieron en los cuartos. Los paredones altos, de un ladrillo opaco le recordaron los muros y su oficio de pegador de afiches. Y recordó otra vez la carpintería el sueldo que estaba ahorrando para pagar el primer mes de arriendo en la pieza a donde se iría a vivir con su mujer. Su mujer. Porque ya era suya y porque iba a acabar de pertenecerle, físicamente, sin necesidad de ninguno de los trámites establecidos por la costumbre.

No encontró rostros conocidos. Vagamente, le parecía que unos cuantos de esos muchachos pálidos y con ojos atemorizados habían estado vendiendo Frente Unido el día anterior. Le vino a la memoria una conversación que había

escuchado por la noche, a dos guardianes desprevenidos que se paseaban de un lado a otro del patio, mientras arriba, bajo las nubes, se amontonaba la sombra.

—Son revoltosos, de esos que tiran piedras contra las vitrinas.

—O universitarios, que no hacen sino joder la paciencia.

—Pero ahora les pondrán el "tatequieto".

—Lo que les falta es que los pelen y los echen a la milicia, para que aprendan a per machos.

—Hay algunos viejos.

—Esos debían ponerlos a trabajar en las fábricas de material de guerra. Pero al gobierno le faltan cojones para enfrentarse a estos tirapiedra.

—Cuando yo llegué a la séptima, habían formado una pelotera de los mil demonios frente a San Francisco.

—Estaban ofreciendo su periódico ese del carajo; ese que dirige el que fue cura, el tal Camilo.

—Pero aquí no los trajeron por vender esa vaina sino por el escándalo que estaban haciendo los desgraciados.

—¿Gritaban?

—Gritaban, sí. Viva Camilo. Viva el pueblo. Abajo la oligarquía. Abajo los gringos. Cosas por el estilo.

—Lo que dicen siempre.

—Eso mismo.

Ahora, Florentino creía ver, en la luz tiritante del alba, la figura de los dos guardianes: su uniforme verde, una especie de mortaja de dril en donde los embutían para anularles los pensamientos y matarles la capacidad de pensar. Y

evocó el Mensaje a los Militares, que Camilo había publicado precisamente en la página inicial del Frente Unido que había salido al público el día anterior.

"Sabemos —parecía decir la voz de Camilo, ampliada por el eco que devolvían los altos muros— que la tercera parte de nuestro presupuesto nacional está consagrado a las fuerzas armadas. Como es obvio, el presupuesto de guerra no se consagra a pagar a los militares colombianos sino que se dedica a comprar la chatarra que nos venden los Estados Unidos, al mantenimiento de elementos materiales y a alimentar la represión interna en la que los colombianos matan a sus propios hermanos".

Esos militares que habían paseado la noche anterior por entre los detenidos, ¿no podrían entender la verdad que encerraban las palabras de Camilo? ¿No eran muchachos del pueblo, muchachos campesinos, arrancados violentamente de los surcos por la bárbara disciplina militar? ¿No estaban capacitados para saber, a ciencia cierta, que las palabras del revolucionario eran un reflejo exacto de la verdad? No: los habían castrado mentalmente.

Y volvía la voz de Camilo:

"Quizás es necesario informar más a los militares sobre el lugar en donde está la patria, la constitución y las leyes, para que no crean que la patria está formada por las veinticuatro familias que actualmente protegen, por las cuales dan su sangre y, de quienes reciben tan mala remuneración".

Era cierto, pensó Florentino Sierra. Ciertamente, Esos muchachos traídos del campo eran entrenados para disparar contra sus hermanos a fin de salvaguardar los bienes de unas pocas familias, las mismas que tenían dominado al país desde antes de la independencia; las que habían hecho de Colombia un hato grande, exprimido por ellas, cuando no vendido al más inmediato vecino, al más desalmado postor.

—Dígame, ¿usted sabe hasta cuándo nos van a tener aquí? —le preguntó un jovencito, como de unos quince años, acercándosele con cierta timidez.

—No —contestó Florentino.

Y sintió deseos de retirarse para continuar rumiando sus pensamientos solo, repasando las tesis de Camilo, aplicándolas al país cuya dolorosa realidad conocía cada vez mejor. Pero luego pensó que ese muchacho tenía hambre de comunicación; que, como él, estaba solo; y que entre dos una idea tiene más poder; y se puede comunicar a otros dos, y así en una cadena inmensa, hasta abarcar toda la patria.

—No lo sé —repitió Florentino, y se sentó en el suelo. El muchacho lo imitó.

—A mí me quitaron cinco ejemplares del periódico. Eran los únicos que me quedaban. Y yo realmente no estaba metido en el bochinche ni en la gritazón. Por el contrario, estaba sentado, en una banca frente a San Francisco, leyendo el mensaje con que Camilo puso a pensar a los militares.

—Yo estaba acordándome ahora de algunas frases —dijo Florentino—. Son tan ciertas...

—Tan ciertas como todo lo que dice Camilo —continuó el muchacho, con fogosidad y entusiasmo. —El no necesita inventar cosas ni expresarlas de una manera difícil. Los hechos existen, y Camilo se los plantea al pueblo de una manera escueta.

—Por eso todos los entendemos.

—Por eso todos nos sentimos identificados con él.

Se acercaron otros detenidos. Un hombre maduro, de unos cincuenta años, vestido pobremente, con barba gris y cabellos escasos, y un muchacho de unos veinte años con pinta universitario.

—No pueden mantenernos detenidos —dijo el universitario. —Esto es un abuso.

—Tenemos que protestar —comentó el de la barba gris.

—Para qué —dijo Florentino, inclinando la cabeza —Solo agravaríamos nuestra situación.

—Pensemos —dijo el jovencito— que estamos sufriendo prisión por una causa noble.

—Pero Camilo no necesita presos —alegó el universitario. —Necesita hombres libres que se encarguen de difundir sus ideas.

—Nosotros estamos haciéndolo —dijo Florentino.

—Todos nosotros —ayudó el viejo. —Frente Unido ha llegado a los barrios más lejanos, a nuestros barrios. Se lee en grupos. Si hay unos cuantos que no sepan leer, acuden a otros para que les hagan saber las tesis del padre, sus mandatos, sus consignas.

—El país está maduro para una revolución —dijo el jovencito.

—Desafortunadamente, no —corrigió el universitario. —Camilo ha dado un gran paso que ha sacado a Colombia del marasmo, del pánico en que la dejó sumida el asesinato de Gaitán. Pero nos falta mucho para estar maduros. La mayoría del pueblo sigue sumida en la ignorancia política. Y al gobierno no le interesa educarlo.

—Piensa que un pueblo culto no se entrega —anotó el viejo.

Cuatro policías entraron al patio.

—Yo conozco a uno de esos —dijo el viejo, en voz baja. —Es hijo de un compadre, que vivió en Villarrica.

—Pobres tipos —comentó el universitario.

—Les ponen uniforme, les dan bolillo y revólver y el sistema se los traga.

—Cuando salgan de aquí quedarán desorientados por completo —dijo el viejo con gesto melancólico. —Habrán olvidado manejar un azadón, guiar un arado.

—Por eso el campo se queda cada vez más solo —dijo el jovencito.

Obedeciendo a las órdenes de los policías, los detenidos se pusieron de pie, e hicieron una fila. Florentino contó dieciséis.

Lo empujaron hacia las oficinas, y se sintió como una pobre bestezuela, como una oveja conducida hacia el matadero. No sabía a qué iban, ni por qué los tenían detenidos. Para él, vender Frente Unido no era un crimen; no había golpeado a nadie ni había faltado al respeto que, según le dijeron siempre, se le debe a la autoridad. Lo manejaban, de aquí para allá. Así, pensó de repente, deteniéndose, estaban manejando al país. Llevándolo de una desesperanza a otra. ¿Hasta cuándo permanecerían todos, él mismo, el Prudencio y la Soledad, la Teresa, sus padres, el Manuel Salcedo, misiá Cuncia, indiferentes? ¿Hasta cuándo iban a dejar que otros los empujaran?

—Muévase, imbécil —oyó la voz de uno de los policías y apresuró el paso.

Pero no podía recuperar la realidad perdida detrás de voces que gritaban, puños alzados hacia el cielo, hacia los rostros indiferentes de los privilegiados. Cuando le preguntaron su nombre y su domicilio regresó a lo cotidiano, y cuando se sintió de nuevo en la calle fue otra vez Florentino Sierra, el pegador de afiches, el aprendiz de carpintero, el habitante de Las Colinas, el enamorado de Teresa, el amigo del Prudencio y del Manuel, pero —también— el hombre nuevo, el seguidor de Camilo, el aprendiz de revolucionario.

Teresa

Teresa dobló el papel con cuidado y lo guardó en la cartera. Después sonrió.

—Lo voy a leer, hombre. Ya te lo dije que sí.

—No es solo que lo leas, Teresa: es que lo entiendas.

—Pues me explicas lo que no me cale.

—Claro.

El reloj de la vieja iglesia de Las Cruces marcaba las seis menos cuarto. Teresa lo miró. Después se volvió hacia Florentino, un poco alarmada.

—Tenemos que largarnos ya, Floro. Mis taitas han estado poniéndome la pista muy seguido.

—En unos diez minutos agarramos el bus para Las Ferias —la tranquilizó Florentino.

Caminaron un trecho sin cruzar palabra. De pronto el hombre se detuvo, le apretó la mano y la miró fijamente.

—Teresa, vámonos a vivir juntos.

Ella intentó una sonrisa que después se le congeló en los labios. Bajó los ojos. Dudó un momento.

—Pero eso es precisamente lo que yo quiero desde hace meses —dijo después, apresuradamente.

—Ahora —le contó Florentino, y reanudaron la marcha— ya tengo qué ponerte en la pieza. Como trabajo en la carpintería del maestro Eleazar, estoy haciendo un catre para los dos.

Teresa se detuvo. A la luz tenue de la tarde él pudo verle el rostro ruborizado. Y se turbó también. Pero se sobrepuso en seguida.

—...y una mesita y un par de asientos —siguió, como para salir del apuro.

—¿Y entonces, cuándo...? —preguntó ella, y dejó intencionalmente trunca la pregunta.

—En unos ocho días, Teresa.

—No más me decís y yo no vuelvo donde mis taitas. No más me lo decís, Floro, y me quedo del todo contigo.

—¿Del todo? —preguntó Florentino, y volvió a detenerse.

Habían entrado en un callejón penumbroso. Lejos, se oían los autos. Allí todo estaba en silencio.

—Del todo —repitió Teresa, y lo miró de frente.

—¿Para siempre?

—Para toda la vida.

—Pero ya sabes que yo no tengo para el cura.

—No necesitamos de eso, Floro.

—No, Teresa. Solo necesitamos de los dos.

Se besaron. Un beso tenue, casi puro, elemental. Después, tomados de la mano como un par de chiquillos, subieron por el callejón oscuro hasta desembocar en la carrera séptima.

Mientras viajaban, Florentino le pidió que leyera el papel mimeografiado. Teresa lo sacó de la cartera y empezó a leer. Mucho tiempo después, muchos meses, años, generaciones después, aún resonarían en su cerebro y en el de sus descendientes las palabras que Camilo había dirigido poco antes a las mujeres de Colombia.

En el bus lleno de gente extraña, de afanes diferentes, de ambiciones distintas, la voz se metía, tanto como antes, semanas antes, había llenado los patios de la cárcel a donde llevaron a Florentino, que a pesar de las prohibiciones había continuado voceando en las esquinas céntricas ese Frente Unido, una especie de algo tangible de Camilo, que para el pegador de afiches continuaba siendo un símbolo, un ídolo. Y la voz crecía y, como en ocasiones anteriores, se regaba por toda la ciudad, por todo el mundo, tatuado de parecida injusticia, minado por una angustia similar, de la que solo se salvaban algunos islotes en donde sistemas igualitarios habían devuelto al hombre su dignidad elemental.

"La mujer colombiana, como toda mujer, tiene más sentimiento, más sensibilidad, más intuición. Todas estas cualidades, en una primera etapa, deben

ser exaltadas y puestas al servicio, no de las oligarquías ni de los hombres como tales, sino de un ideal revolucionario convertido en el ideal de la mujer".

—¿Qué son oligarquías? —le preguntó Teresa.

—Las que mandan. Las que manejan la plata. Las que explotan al país. Las que nos tienen jodidos, Teresa. Unos poquitos que se tragan lo que producimos entre todos.

"Por el contrario, la mujer ha visto con más intuición quizá cómo los hombres han sido engañados con las papeletas electorales y las luchas partidistas. La mujer colombiana todavía no está infectada con una egoísta tentación de poder. Los oligarcas la quieren infectar pero no saben que si los colombianos tienen malicia indígena, las mujeres la tienen mucho más. Ellas saben muy bien que el voto es la nueva forma de explotación que la oligarquía ha ideado y por eso sale a las plazas vibrando por ideales más altos y patrióticos. La mujer colombiana se alista para la revolución. Ella ha sido y será el apoyo del hombre revolucionario. Ella tiene que ser el corazón de la revolución. Si cada hombre revolucionario cuenta en su hogar con una mujer que sabe respaldarlo, comprenderlo y ayudarlo, tendremos muchos más hombres que se decidan a la lucha. Después de realizada la revolución, la mujer sabrá que la igualdad de derechos y deberes no permanecerá solamente como letra muerta en el papel, sino que será una realidad que ella misma, como fuerza popular y revolucionaria, podrá garantizar".

—¿El voto? —preguntó Teresa.

—Sí ¿No tenés cédula?

—No, Floro. En la casa me han dicho que la saque, pero no sé ni para qué sirve.

—Pues... —Florentino vaciló, —pues para que te cobren impuestos y te soben la vida. Yo no creo en el voto. Las papeletas las cambian los que manejan las elecciones a su acomodo Entonces, ¿de qué demonios le sirve a un hombre como yo, votar por lo que cree bueno?

—¿Eso que hablás es lo de las elecciones?

—Eso mismo. Pero más bien debían llamarse payasadas. Siempre sale lo que el gobierno quiere; nunca lo que le conviene al pueblo.

Habían llegado a Las Ferias. Descendieron del bus. Florentino la acompañó hasta cerca de la casa.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Una semanita más y nos vamos a vivir los dos, Teresa.

—Una semanita, Floro. Ni un día más.

Se miraron sonriendo. El mismo pensamiento había prendido en ellos. Teresa tuvo miedo, o tal vez vergüenza, de que él se enterara de sus deseos. Por eso se marchó, casi corriendo, hasta perderse en un recodo de la calle.

Misiá Cuncia

De regreso a su casa, Florentino pasó por la tienda de misiá Cuncia. Vio a Manuel y a Prudencio, que bebían cerveza mientras discutían animadamente. Vaciló un poco, pero por fin se decidió a entrar.

La dueña, tras el mostrador, observaba la escena y escuchaba. A veces hacía gestos de aprobación o de duda; a ratos tenía que desentenderse de ellos para despachar una cualquiera de sus parcas mercancías: una vela, una caja de fósforos, una panela o media libra de arroz.

—Ola, hermanito —dijo Prudencio. —Llega que ni con campana; como que lo quiere su suegra.

—Hablábamos de usted, Floro —dijo Manuel.

—¿Y se puede saber si bien o mal? —preguntó sonriente Florentino, al tiempo que se sentaba en una de las butacas.

—Otra pola, misiá Cuncia —dijo Prudencio.

—Completamos siete con esta —dijo la tendera.

—¿Siete?

—Sí, don Prudencio, no se haga el de las gafas. Ahí tengo los envases recogidos encima del mostrador.

—Pues sí, son siete.

—No crea que yo ando echándole clavija —alegó misiá Cuncia, al tiempo que alargaba la botella a Florentino. —Soy más honrada que santo de procesión.

—Ahí si tiene razón misiá Cuncia —dijo Florentino. —Y también es más callada que una tumba —agregó, burlón.

—Sí —dijo Manuel. —Pero una tumba abierta y con un par de parlantes.

Rieron. La tendera sonrió también. Eran sus clientes, sus vecinos, sus amigos; asistía a sus pequeñas riñas, a sus discusiones, veía crecer el proceso de ilusión en un mañana menos duro, en el que hubiera trabajo suficiente para todos y una adecuada remuneración para cada esfuerzo. A veces, también, hablaban de sus mujeres, de sus novias, de sus queridas. Y aunque los vocablos eran crudos, ella advertía allá en el fondo una vibración de ternura, que los hacía vulnerables, humanos.

—Ala, pero la Teresa sí te trae de un cacho, Floro —dijo Manuel.

—Sí: me tiene tronado.

—¿Y qué hay del casorio? —quiso saber Prudencio.

—Nada, hermanolo. Resolvimos juntarnos así, a la espalda del cura, como se dice. No tenemos plata para esas vainas.

—¿Y... ya? —preguntó Salcedo malicioso.

—No —contestó Florentino, y bajó la cabeza. —Quiero que ella sea mi mujer cuando le ponga un cuarto.

—La cama es más importante que el cura —dijo misiá Cuncia.

—Pues ahora, con lo que le paga el maestro, Eleazar...

—No sé —comentó Florentino, pensativo —lo he notado medio cabreado. Tal vez porque me agarró hablando con tres de los ayudantes, explicándoles lo que piensa Camilo, abriéndoles los ojos.

—Pues ahí sí se jodió, hermanito —dijo Prudencio.

—¿Cómo carajos se le ocurre meter leña en la boca del horno?

—¿Por qué? —preguntó Florentino.

—El viejo Eleazar no quiere que sus trabajadores piensen.

—Claro, hermanito. ¿No ve que si piensan empiezan a pedirle que les pague el dominical y las horas extras?

—Pero Eleazar debe pagárselas —insistió Florentino.

—Debe, debe —se metió misiá Cuncia. —Todo el mundo en este país debe hacer algo: darle trabajo a los desocupados, recoger a los gamines y llevarlos a una escuela, limpiar las calles de fulanas de esas que alzan una pata y se recargan contra las paredes esperando que pase un cliente.

—¡Así se habla, misiá Cuncia! —exclamó Florentino, entusiasmado.

—Debe, deben... —repitió ella. —Pero no lo hacen. Usted mismo, don Floro, lo ha dicho otras veces: no lo hacen porque no les conviene; porque la gente como nosotros es muy bruta y no se queja. Por eso.

—Caramba con misiá Cuncia —dijo Prudencio. —Le apuesto a que compra Frente Unido.

—Lo compro y lo leo —dijo la mujer, con acento de orgullo.

—Y lo entiende, que es lo mejor —dijo Salcedo.

—Claro, don Manuel. ¿O es que cree que lo leo como las cotorras?

—Esto se pone interesante —dijo Florentino.

—Más interesante se pondrá después —dijo misiá Cuncia. —Cuando hagan ese paro que vienen anunciando todo el año.

—¿Y usted sabe qué es un paro? —preguntó Gómez.

—Claro. Nadie trabaja, todos se quedan en sus puestos hasta que el gobierno se dé cuenta de que existen.

—Siempre es que ese periódico está haciendo pensar a mucha gente —dijo Florentino.

—Écheme otra tanda, misiá Cuncia —dijo Manuel. —Y me la apunta al valecito que me tiene de ayer, el de las papas y la panela.

—Pero no se le olvide que el sábado le cobro.

—¡Qué demónchiros se me va a olvidar, si usted no hace sino arrecordármelo!

—Pues porque uno tiene que pagar también, don Manuel —dijo misiá Cuncia, mientras destapaba y servía las tres cervezas. —Usted me paga, yo le pago al que me vende la cerveza, al que me trae los costales del mercado, al que me pesa la carne y al que fabrica las panelas.

—¿Y todo ese dinero a dónde va? —le preguntó Florentino.

—Pues se vuelve automóviles y casotas lujosas. Como esa en donde trabaja la Tere, don Floro. Esa por allá que mientan del Chicó, o de algo así.

Florentino se quedó un rato pensativo.

—Tendré que ir a visitar a la Teresa uno de estos días —dijo, para sí mismo. —Aunque solo sea para ver cómo viven esos carajos.

CAPITULO VIII

El peligro

La cara del "maistro" Eleazar estaba congestionada por la cólera. Florentino comprendió que se había acabado la "chanfa" en la carpintería. Recordó a Teresa; no la veía desde una semana atrás, cuando viajaron en el mismo bus hacia Las Ferias; cuando le explicó lo que Camilo había querido decir al referirse a la mujer colombiana y a su papel definitivo en el proceso de la revolución.

—No necesito hijuemadres que anden metiéndoles chismes a los muchachos —decía Eleazar. —Y usted se volvió eso, compadre Floro: un hablapaja, un malagente.

—Si no me explica lo que quiere decir, no lo voy a entender.

—No se me haga el pendejo, compadre. Usted no hace sino hablar del tal Camilo ese, de la revolución, de que abajo los dueños de las fábricas; usted es un desgraciado y un desagradecido, porque está uchando a los del taller en contra mía.

—No, compadre Eleazar. Simplemente he estado explicándoles muchas cosas que ellos no entienden; que yo mismo no entendía al principio.

—Pues usted se larga hoy mismo.

—No volveré a trabajar en su taller, si es eso lo que quiere.

—Eso mismito. No quiero que ande alebrestándome al personal. Que si Camilo, que si la casa es del que la habita, que si la tierra es del que la trabaja. Todo eso me suena a música del diablo.

—¿Sabe, compadre Eleazar? Usted me da lástima.

—Y usted me da rabia. Así que, lárguese.

—Me da lástima —continuó Florentino desde la puerta de la carpintería—. Y voy a decirle por qué: Camilo está trabajando para que Colombia sea un país más amable; que haya igualdad entre los trabajadores y los dueños de la tierra, de los edificios, de las haciendas. Pero los tipos como usted son los que frenan todo. Viven agarrados a lo poco que tienen, como piojos. Tienen miedo de que otros avancen un paso, y ahí se quedan aunque se los trague la lepra.

—Lárguese, Floro. Lárguese antes de que le tire con un punzón.

Eleazar empuñó el arma con gesto amenazante. Florentino lo miró con tristeza, con un gesto extraño, nacido de lo más hondo de su ser, en donde ya habla crecido la semilla de las ideas. Lo vio pequeño y sucio, agarrado a su hueso, a su pedazo de pan tirado por las manos de los dueños del gran banquete; lo oyó gruñir como a un gozque, defendiendo sus sobras. Escupió en el suelo con desprecio y abandonó el taller. Entonces se dirigió hacia la ciudad, atravesando las callejas torcidas y sórdidas de Las Colinas. Había empezado el crepúsculo.

Un par de cuadras abajo se encontró con Prudencio Gómez. Subía acompañado de Soledad. Se detuvieron al verlo.

—Ola —dijo Soledad. —Ya casi no andás por el barrio. ¿Y qué hay de Tere?

—Por ahí —dijo Florentino, evasivo.

¿Cuándo volvemos a la Tropical? —le preguntó Prudencio. —Mira hermanolo que mañana es sábado, y nos podemos dar una pinchadita los cuatro, como la otra vez. Le jalen de nuevo "Los Asteroides", que tienen un cantante de película.

—¿Mañana? —preguntó Florentino. Y recordó que, perdido su puesto en la carpintería, la ilusión de un cuarto donde pudiera vivir con Teresa se le había esfumado.

Si querés te apalabreo a la Tere, Floro —dijo Soledad.

Pues no sé... —Y dirigiéndose a Prudencio: —mañana lo hablamos bien temprano, y ya veremos qué hacer.

Siguió bajando hacia la ciudad. Prudencio y Soledad lo vieron alejarse y movieron la cabeza con gesto de preocupación. Después se enlazaron de nuevo y continuaron ascendiendo hacia las últimas callejas del barrio.

Florentino Sierra estaba triste. Triste, en una forma rara: era una especie de nostalgia, algo como lo que debe experimentar alguien que pierde a una persona amada, a un trozo de tierra que cultivó desde pequeño, a un juguete que iluminó la infancia. No le importaba mucho el trabajo donde Eleazar; lo había lastimado su manera de obrar, eso de echarlo a la calle como a un maleante, simplemente porque había intentado convencer a sus compañeros de que fueran con él a una de las conferencias —cada vez más raras— que dictaba Camilo.

Camilo, pensó Florentino. Después de que los altos mandos eclesiásticos lo hablan prácticamente privado de su sotana, iba de una a otra fábrica, alentando a los obreros, aclarándoles el horizonte con sus palabras, sencillas, comprensibles. Iba también a donde hubiera una huelga, para apoyar a los necesitados y defenderlos ante los patronos, que poco a poco fueron temiéndole y cerrándole todas las puertas. Camilo era un viento nuevo, un aire fresco sobre la herida infectada de la injusticia social que continuaba comiéndose todo el cuerpo, bello, pero ajeno, de Colombia.

El otro extremo

Llegó a la ciudad. Ya, en lo alto, la noche había estallado, y las calles se veían iluminadas por los faros de los vehículos y por las pequeñas bombillas que tiritaban en el delgado cuello de los postes.

Pensó ir al barrio donde trabajaba Teresa. Pero ¿para qué? ¿Cómo podía hablarle? ¿Cómo decirle que Eleazar lo había considerado un peligro para su pequeño negocio y que, por eso mismo, lo había echado? ¿Cómo explicarle que no habría dinero para su pieza, que no podría terminar su catre y su mesa de noche, que no podían irse a vivir juntos? ¿Cómo contarle que tendrían que continuar guardándose su amor y su deseo por un tiempo indeterminado, muy largo a lo peor, y que jamás podrían realizar su ambición, que no podrían agarrar con las manos esa pequeñísima cuota de felicidad a que habían aspirado?

El era un hombre peligroso, pensó, sonriendo con amargura. ¿En dónde estaba el peligro? Tal vez en que contagiara a los demás con su entusiasmo, con su deseo de cambio, con su hambre de revolución. Pero ¿no estaban todos dándose cuenta? ¿No se había operado en otros la misma transformación que sentía bullir dentro de su espíritu? Prudencio Gómez y Manuel Salcedo, sus dos compañeros más inmediatos, sus dos más asiduos amigos, estaban enterados, como él, de lo que se debía hacer para mejorar la situación colombiana. Pero si llegaba el momento de las renunciaciones y de los sacrificios, ¿estarían capacitados para asumirlas y para aceptarlas?

Sin darse cuenta, había ido a parar a las proximidades de la casa donde Teresa trabajaba. A través de las ventanas miró hacia adentro, y vio grandes estancias iluminadas con lámparas que colgaban del techo, sillones, mesas, flores, porcelanas. Recordó que poco antes había experimentado un impulso de curiosidad por saber cómo sería el ambiente donde su mujer tenía que desenvolverse. Sin pensar que ya había comenzado a instalarse la noche sobre la ciudad, pulsó el botón blanco del timbre. Una campanada armoniosa sonó, lejos, en el interior de la casa. El corazón palpitó, desagradablemente alterado, allá, lejos, en el interior del pecho de Florentino.

Le abrió un muchacho con uniforme de chofer: pantalón oscuro con una franja amarilla, saco con galones, gorra.

—A la orden.

—Busco... —Florentino vaciló, pero se sobrepuso. —Busco a Teresa. ¿Podría hablar con ella un momentico?

—¿Su nombre?

—Florentino Sierra.

La reja se cerró y se quedó solo. Pasaban veloces los automóviles, y observó que todos correspondían a modelos muy recientes y a las marcas más costosas. Se arrepintió de su osadía; podían echarlo como a un intruso. Quiso alejarse, pero en ese momento la reja se abrió nuevamente y apareció el mismo muchacho.

—Puede pasar. Pero no se demore más de diez minutos.

Le abrió el portalón decorado con arabescos metálicos. Ante Florentino se presentó un vestíbulo espacioso, enchapado en madera, con amplios espejos en las paredes. Del techo caía la luz de una lámpara que agrupaba multitud de bombillas en una serie de haces luminosos, gráciles, sostenidos sobre pedúnculos de cristal. A la derecha se abría un salón muy amplio, con una alfombra alta, casi blanca, y con sillones como había visto a través de la ventana, y porcelanas, y grandes copas de cristal, y extraños cuadros en las paredes. A la izquierda se veía otro salón, más pequeño, con una chimenea de la que se escapaba, al tiempo con un calor delicioso y tenue, una luz rojo-cobrizo que daba contornos especiales a los objetos.

—Pase —le indicó el muchacho, señalándole el salón de la izquierda.

Florentino entró caminando en la punta de los pies, casi asustado. Y entonces, sin poderlo evitar, recordó su pieza miserable, su cama, que era solo un junco tirado al descuido en uno de los rincones, el frío que se colaba por las rendijas de las paredes y por las troneras del techo, y la oscuridad, ofensiva y gélida, que lo arrojaba todo como las alas de un vampiro enorme.

Teresa estaba esperándolo junto a la chimenea. La luz roja le daba en la espalda y enmarcaba todo su cuerpo, envuelto en un delantal blanco. Florentino

la vio como una aparición pero al mismo tiempo como algo tangible, humano, que quitaba al salón su aspecto frío, impersonal y elegantísimo.

—Floro —dijo ella, realmente sorprendida, acercándosele y extendiéndole las manos. —¿Y eso qué haces por aquí? ¿Pasó algo grave?

Florentino le tomó las manos. La miró, de nuevo, largamente. Pensó que nunca la había visto tan bonita. El blanco del traje hacía resaltar su rostro moreno y sus grandes ojos oscuros.

—Vine a verte.

—¡Pero..., pero hoy no es día de visitas, hombre! No tengo tarde libre. Cuál me vi para que la señora me diera diez minutos de permiso.

—No importa —murmuró Florentino que, venciendo una inexplicable timidez, se atrevió darle un beso rápido sobre el cabello. Y luego, como si le costara trabajo hablar: —Estás retechusca, Teresa.

—Salgamos, Floro. Aquí no podemos ni platicar.

Lo sacó del salón. El muchacho de uniforme lo miró, con un aire ligero pero perceptible de burla. Florentino se sintió examinado, valorado, escudado. Y por primera vez tuvo conciencia plena de su vergüenza, y supo cómo golpea de duramente el alma el sentimiento de la pobreza. Miró su traje, todavía lleno de aserrín y de pequeñas virutas amarillas; sus zapatos tenis, ya rotos en las puntas; sus manos sucias y callosas, y comprendió que el abismo que existía entre él y los dueños de la casa era muy grande; que nada lograría salvarlo; que no podía cruzarse; que el puente de la fraternidad entre los dirigentes y los dirigidos no pasaba de ser un sueño irrealizable. Entendió, con una dolorosa certidumbre, que nunca se podría llegar a un cambio pacífico y ordenado, y que sería necesaria una revolución como la que defendía Camilo, para que con ella se anularan todas las diferencias; para que, de las cenizas que dejara la revuelta, surgiera un mundo diferente, hecho a la medida del hombre.

Caminaron por la pequeña avenida de baldosas rojas que comunicaba la casa con la calle. Florentino, presa de sus pensamientos, se había puesto triste.

—¿Y qué hay del trabajo en la carpintería?

—Otro día hablaremos de eso, Teresa. Mañana.

—Estás como aplanchado, Floro. ¿No me contás qué pasa?

—Nada mujer. De veras.

Llegaron a la verja. Llegó al tiempo con ellos un automóvil grande, blanco, de un modelo muy nuevo. Dos muchachas ataviadas con elegantes trajes descendieron de él.

—Son las niñas —dijo Teresa, preocupada.

—Ya me voy. Nos veremos otro día.

—Pasado mañana tengo salida.

—Nos encontraremos donde siempre.

—Sí, Floro. Y levanta ese ánimo, que andás más caído que justo en el infierno.

Florentino sonrió. Le estrechó la mano, sin atreverse a darle un beso. Cuando atravesó la verja, las dos muchachas se quedaron mirándolo. Les notó perfectamente un gesto raro, en donde en igual proporción se mezclaban la desconfianza y el asco.

La visión nocturna

Florentino esperó a que sus hermanos se durmieran. Cuando oyó las dos respiraciones acompasadas, uniformes, encendió la vela y sacó del bolsillo de su pantalón de dril el papel que había recibido esa mañana en las oficinas de Frente Unido; un papel amarillento, lleno de letras muy pegadas unas a otras; un papel que era igual a los treinta o cuarenta que había repartido por la mañana entre los empleados de la carpintería, y entre otros hombres y muchachos de Las Colinas y de Tunjuelito, donde la Acción Comunal iniciada por Camilo había ido poco a poco olvidándose.

Empezó a leer. Y recordó, de repente, cómo era su vida pocos meses antes; cuando solo se preocupaba por bajar temprano a la ciudad, pegar los afiches, subir a Las Colinas para hacer pequeños trabajos, beber cerveza con el Prudencio y el Manuel en la tienda de misiá Cuncia, y enamorar a la Teresa, sin seriedad, pensando en cuál sería el mejor momento para acostarse con ella. Ahora, todo había cambiado, y no podía explicarse claramente por qué. Ya entendía mejor la situación en que se encontraba; y, por entenderla, se rebelaba contra las circunstancias que lo obligaban a ser uno del montón de abajo; de los que son siempre pisoteados por los que manejan las riendas del país; las riendas, sí, de este caballo sumiso que es Colombia; un caballo con una fuerza bárbara almacenada por dentro; una fuerza (pensaba siempre, como en círculo) que podía impulsarlo hacia una meta de superación y de progreso, si los que lo mantenían frenado vieran rotas las ataduras que habían venido construyendo durante siglos.

Leía el mensaje de Camilo a los desempleados, y lo sentía más suyo ahora que acababa de perder su puesto, la posibilidad de una vida menos dura a cambio de un trabajo agobiador. Leía, y cada frase se le metía en el alma, y se clasificaba en uno de los archivos de su memoria. Porque ahora que pensaba, Florentino Sierra había comprendido que, por dentro, él era como un armario inmenso, lleno de cajones en cada uno de los cuales guardaba sentimientos, fracasos, alegrías.

“...tenemos que en un país rico como Colombia, nuestra oligarquía ha sido incapaz de crear industrias suficientes para dar trabajo a los miles de colombianos que todos los años llegan a la edad en que quieren entrar a producir, en que quieren convertirse en hombres y mujeres útiles para la sociedad”.

Recordó las largas colas que se formaban ante las empresas que ofrecían una o dos vacantes. Hombres, mujeres, muchachos en edad escolar, iban desde las primeras horas del amanecer para hacer fila. Esperaban su turno, de horas en ocasiones, con la esperanza de conseguir la plaza vacante. Y de los doscientos, ciento noventa y ocho tenían que reincorporarse al ocio, a la vagancia, a la planeación de los delitos. ¿Cómo podía contenerse a esa masa de gente desempleada, si el gobierno, o las industrias privadas, no creaban nuevas fuentes de trabajo? Todo el capital que poseían en Colombia era utilizado en otros países; exportado a sitios más seguros, a lugares de la tierra en donde no

estuviera planeando la amenaza de la revuelta. Así, las industrias pasaban por crisis anémicas periódicas, y el gobierno, por su parte, apenas podía atender a las sucesivas devaluaciones con que afectaba, claro está, a las clases más bajas dentro de los estratos del ingreso económico.

Mientras oía la voz de Camilo, iba viendo, contra el telón de la pared de barro, iluminado epilépticamente por la vela, ese mundo que él conocía tan bien, el de los barrios marginados de la ciudad; el de las grandes fábricas con sus filas de gentes ansiosas de trabajar; el del hampa, a donde desembocan todos los desocupados para robar un pan o un banco a fin de no dejarse morir de hambre; el de los gamines y las prostitutas, los unos preparándose para ser criminales, las otras preparándose para ser carne de los hospitales y de los lazaretos.

"Es una oligarquía que, porque sabe cuántos dolores le ha causado al pueblo, le tiene miedo, le teme a la revolución, y por eso prefiere sacar su dinero antes de abrir nuevas industrias".

—y vio los gordos banqueros, de grandes escritorios y hermosas secretarias, girando cheques contra los bancos extranjeros mientras mujeres envueltas en costosas pieles los miraban sonriendo desde las salas de recepción.

"Pero aunque quisiera, nuestra oligarquía tampoco podría industrializar a Colombia. Eso no se lo van a permitir sus socios norteamericanos".

—y vio, como en un sueño muy rápido, todo lo que había aprendido en una lejana escuela campesina de la que había sido brutalmente; arrancado por la violencia oficial,

vio los yacimientos de platino y de diamantes en las costas del Chocó; y los niños que se sumergían en los ríos con una piedra atada al cuello para buscar los metales preciosos; y los capataces norteamericanos bien vestidos y bien armados que desde las orillas los vigilaban mientras oían música de rock y bebían whisky;

vio los túneles esmeraldíferos en donde unos hombres peleaban contra otros, se arrancaban los ojos, se metían los machetes en las entrañas y los sacaban llenos de una extraña sangre verde, que después, tallada y

levantada en monturas de oro, iba a ser vendida en los grandes centros comerciales de Nueva York,

vio las salinas, y los ríos auríferos, y las minas de carbón y de hierro, y los grandes potreros de la llanura, y las selvas madereras, y los surcos donde crecían el maíz, la papa, el trigo, el tabaco, y los platanales que se perdían en el horizonte, y la caña de azúcar que se batía con el viento, y las sombrías matas altas que daban protección a la blancura de los cafetales...,

...todo eso perdido, todo eso ajeno, todo eso entrando en las manos de los extraños, mientras los colombianos tenían que contentarse con un puñado de monedas que de vez en cuando caía sobre ellos como una limosna que el mundo de los capitalistas aplaudía como si se tratara de un extraordinario número de circo.

"Los desempleados son los que más duramente soportan las consecuencias de nuestro subdesarrollo. La miseria de sus hogares, la angustia de no poder llevar al hogar el mercado necesario, de no poder pagar el arrendamiento, de no poder educar a sus hijos, les está demostrando a todos los desempleados la necesidad de emprender una lucha definitiva contra el sistema".

—y vio, en una sucesión rápida a medida que escuchaba la voz:

su propia casa, su miseria, el padre que llegaba maldiciendo por las noches, sin un centavo, el caldo sin pan en el desayuno, la mazamorra sin carne en el almuerzo, el agua de panela sin pan en la comida,

y casas y casuchas y ranchos de los barrios miserables, como el suyo,

y mujeres que esperaban a la puerta de sus chozas la llegada de un hombre cualquiera, así no fuera el propio, para cambiarle un mucho de hastío por un poco de dinero,

y niños que hurgaban con las manos famélicas entre las canecas buscando desperdicios,

y muchachos que fumaban colillas recargados contra el aburrimiento en las esquinas, sin un cuaderno, sin un pupitre, sin un trozo de tiza,

y manos alzadas en señal de protesta,

manos de obreros y de campesinos,

manos de estudiantes y de agricultores,

manos de aserradores y de canteros,

manos, en fin, como las de Camilo, que solamente una vez había visto, manos como las suyas, como debieron ser las de Cristo cuando se tendieron hacia la amargura punzante de los clavos, manos que protestaban contra la injusticia, manos de revolucionarios y de mártires.

CAPITULO IX

Por la mañana

Teresa lo había invitado al Parque Nacional. "Me pagaron la quincena", le había dicho el sábado en la noche. "Por eso vamos si querés a dar unas vueltas. Ahora pago yo, y cuando tengás, pagas tú".

Se habían sentado en uno de los bancos, frente al enorme reloj de la columna, que señalaba las once. Poco antes, habían posado ante uno de los fotógrafos ambulantes: Florentino con un sombrero mejicano y una pistola de madera, y Teresa con un mantón de flores rojas y fleco negro. Miraban la fotografía y se reían.

—Pareces un bandido de esos de las películas —dijo Teresa.

—Y tú una española; de esas que usan mantillas cuando van a los toros.

Florentino pasó su brazo sobre los hombros de Teresa y la atrajo contra su cuerpo. Ella estaba bonita. Tenía una falda amplia y corta que dejaba descubiertas sus rodillas y, por detrás, sus corvas, bien definidas, claras, que iniciaban hacia arriba un vuelo redondo y escondido, y hacia abajo un camino torneado, sinuoso y bello, que se perdía en curvas gráciles de músculos suavemente contenidos por la cortina de la epidermis. Tenía una blusa blanca y

sobre ella un saco abierto, del mismo color lila pálido de la falda; tanto el cuello de encajes de la blusa como el cuello redondo del saco, hacían un marco perfecto a su cara graciosa y morena, que tenía esa mañana un color especial, como escondido, como interno, una especie de llama que se salía de repente por sus ojos oscuros, o se enredaba entre sus cabellos abrigándolos. Llevaba también —hacía frío cuando se encontraron— una ruana blanca, de lana, de las que empezaban a ponerse de moda. Con todo y su pobreza, la muchacha tenía un gusto natural, instintivo, para vestirse.

—Hoy estás muy chusca —le dijo Florentino al oído.

—Me gusta que me lo digás, Floro.

Se pusieron de pie y empezaron a caminar hacia el campo de tenis. Las avenidas estaban llenas de hojas y semillas secas de eucalipto, y su olor impregnaba el aire con un vaho pegajoso y agradable.

—He estado pensando —dijo Teresa, deteniéndose— en la hoja que me diste para leer una noche; la que miramos en el bus.

—Sí —dijo Florentino, y se detuvo también.

—Hay unas cosas muy ciertas.

—Todo lo que dice Camilo es cierto.

—Sí, ahora lo creo. Pero pienso que él está predicando en el desierto.

Florentino la miró con asombro. Era la primera vez que la oía hablar así.

—¿Por qué lo dices?

—El es como fue Nuestro Señor, yo pienso. Dice casi las mismas cosas. —Sonrió, y echó a caminar de nuevo, lentamente. —Yo leo mucho los evangelios; desde chiquita, y casi me los sé de memoria. Y ahora, he visto que el padrecito Camilo dice muchas cosas como sacadas de ahí.

—¿Cuáles?

—Sería muy largo de explicar, Floro. —Se sentaron sobre el tronco de un árbol, y se quedaron mirando hacia la cancha de fútbol, en donde dos equipos se enfrentaban en un partido amistoso, según anunciaba un cartel.

—Yo quiero que me lo expliques.

—Mira, Floro. Ya sabés que yo casi no tuve escuela; pero mi taita fue siempre un buen hombre; hasta hacía prédicas en la vereda, y la gente iba a oírlo. Y él tenía un libro de los evangelios, que llegó a mis manos y ahí se quedó.

—¿Y lo leíste?

—Claro que sí. A veces lo repaso. Ahora, por las noches, lo volví a repasar casi todo.

De la cancha vino un grito poderoso: ¡Gooooo!, y muchas voces estallaron a un tiempo. Florentino y Teresa se incorporaron y echaron a andar por la pequeña avenida. A lo lejos se veía el campo de tenis, amarillo oscuro sobre el verdor del pasto. Figuras blancas corrían de un lado a otro, y la pelota trazaba una circunferencia rota en el aire tibio de la mañana.

—Camilo dice que todos somos iguales —dijo Florentino, volviendo a su tema preferido.

—Lo mismo dijo Nuestro Señor —comentó Teresa; y añadió, triste — Por eso lo mataron.

—A Camilo no lo matarán nunca.

—No creás, Floro. Pueden pegarle un tiro. Mi taita dice que lo matarán como a ese otro que también peleaba en favor de los pobres; un negrito, un tal Gaitán.

—No lo matarán —dijo Florentino, con cólera.

—No lo sabemos, Floro. Y no te pongás así, como energúmeno.

—Es que no puedo soportar la idea de que vayan a callarlo, Teresa. No sabes cómo he ido entendiéndolo en estos meses.

—Yo también. Aunque a ratos no me queda tiempo de pensar en esas cosas; en la casa hay ahora mucho trajín, porque las niñas están de vacaciones.

Se sentaron en la gradería de grama que dominaba el campo de tenis. Dos muchachas, con sus trajes especiales, muy cortos, jugaban en una de las canchas. Eran jóvenes, y el sol y el juego les habían encendido las mejillas.

—Camilo también dice que los pobres debemos rebelarnos contra los opresores y hacer una revolución.

—Eso dijo Jesucristo; o al menos, lo dijo con unas palabras muy parecidas, Floro. Y también dijo que el hermano no puede explotar al hermano; que no se puede esclavizar a los hombres. Todo eso lo sabes mejor que yo, creo.

—Y dijo también que el que tiene un pan debe compartirlo, tomar medio para él y darle el otro medio a quien no lo tenga.

—Por eso repito que matarán a Camilo, Floro.

—¿Por qué?

—Es que una voz oscura me lo dice por dentro. Es que la gente no se aguanta la verdad. Es que como en los tiempos de Nuestro Señor, los que tienen las armas son los mismos que están mandando.

—Y a esos no les conviene que el pueblo sepa la verdad.

—Cuando Jesucristo vivió, lo callaron para que el pueblo no se levantara.

—Ahora sí creo que tienes razón, Teresa —dijo Florentino, y se quedó silencioso y pensativo por un rato muy largo. —Cuando menos lo esperemos, van a ponerle a Camilo una mordaza de plomo.

Por la tarde

Dejaron atrás los aparatos de la Ciudad de Hierro y empezaron a ascender hacia los bosques de eucaliptos, que desde abajo se veían como compactas procesiones de monjes verdes. Por el camino encontraron parejas de enamorados que, como ellos, buscaban la soledad para decirse unas palabras, para darse unos besos y para compartir unas caricias fugaces. El ruido de la música y de las voces se fue quedando atrás, y se sintieron rodeados por un silencio espeso y rumoroso, dentro del cual el roce de las hojas afiladas cobraba una especie de vida independiente y extraña.

El olor de los eucaliptos se hizo intenso. Y entonces los sintieron junto a ellos. Más allá del límite oscuro de la pequeña vía pavimentada se alzaban sus troncos rugosos, de color de caoba, que arriba se multiplicaban en brazos de codos nudosos, de músculos desaforados, que tenían un vello de hojas en movimiento. Eran como gigantes a los que se les hubiera encomendado una misión específica. El suelo, hacia los lados de los gruesos troncos, estaba tapizado de ramas secas que producían, lo comprobaron al aventurarse por las sendas minúsculas que perforaban la arboleda, un ruido melodioso al partirse bajo los pies.

No habían dicho una sola palabra. Apenas se dieron unos pocos besos, en los recodos de la senda, mirando a todos lados para comprobar que estaban solos. Los besos, así, en ese mundo nuevo y desconocido, casi virgen de ojos curiosos o de palabras o de pisadas, tenían un sabor a dulce pecado, a prohibida palpitación. Lentamente, sin que ellos mismos lo notaran, los besos se fueron haciendo más prolongados y más intensos, hasta que los dos se detuvieron junto a uno de los eucaliptos que se repetían en una sucesión interminable hacia la parte alta de la colina.

—Sentémonos aquí —dijo Florentino.

—No —dijo Teresa, y miró con miedo el sitio donde se encontraban.

Era un lugar solitario; las parejas de enamorados habían desaparecido; se marcharon, o se escondieron —como ellos— por otras sendas, de las muchas que perforaban el enorme bosque. La tarde se hacía más oscura bajo los árboles;

el silencio se hacía más espeso junto a ellos, y la soledad pesaba más bajo sus amplios gajos abiertos.

—Sentémonos —repitió Florentino, y se sentó, tirándola suavemente de la mano. Teresa cedió. Puso su ruana en el suelo y se sentó sobre ella, dejando un trozo blanco para que lo ocupara Florentino.

—No podemos demorarnos —dijo, en voz baja. Una nota de ansiedad, de temor y deseo, de pánico, de angustia, le temblaba en cada sílaba.

—No —dijo Florentino. —Pero tampoco tenemos urgencia para regresar al parque.

—Es muy tarde —volvió a decir Teresa, como tratando de ocupar con palabras intrascendentes un tiempo que ella sabía medido, preciso. Porque la hora estaba señalada en el reloj de su deseo.

—Yo te amo, Teresa —dijo Florentino, y trató de besarla. Pero ella, sin violencia, le esquivó la cara. Sus ojos vagaron un momento por el paisaje verde y solitario. Miró hacia arriba: el cielo glauco, desmayadamente gris, se percibía cuando el viento agitaba las últimas ramas.

—Yo también te amo, Floro —dijo, decidiéndose, y mirándolo a los ojos. —Lo sabés de sobra. Pero yo quiero tener una piecita para los dos, un sitio. No me importa nada más.

—Tendremos que esperar un tiempo —dijo Florentino, y su cara se crispó en un gesto hosco y sombrío. —Ya te conté lo del compadre Eleazar.

—Ahí ves lo que ganaste con hablarle a esos mensores de la carpintería. ¿Para qué te metés en más problemas?

—No lo sé —dijo Florentino, y bajó la cabeza. —Pero hay cosas que me revuelven el estómago. Yo creo en lo que dice Camilo, sé que sus palabras son ciertas; por eso trato de que otros las entiendan. No veo qué carajos tenga que meterse mi compadre Eleazar en esas vainas.

—Pensó que los muchachos que trabajan con él iban a pedirle más sueldo.

—Tal vez.

Se quedó un rato en silencio. Tomó la mano de Teresa, la llevó a sus labios y la besó. Después le hizo cosquillas en la palma abierta con la punta de la lengua. Ella se estremeció.

—No, Floro, —dijo, débilmente. —Ahora no.

La acercó a su cuerpo y empezó a besarla. Notó que ella no se resistía y experimentó una deliciosa excitación. Le tomó la cara con las manos y le mordió los labios, suavemente, sin violencia. Después sintió contra su lengua los dientes de la muchacha. Cuando se separaron, ambos estaban violentamente agitados.

Teresa se puso de pie.

—Vámonos, Floro. Por lo que más quieras.

—No —dijo Florentino. —Quédate.

La tiró de la mano, pero ella no cedió. Entonces se puso de pie y la abrazó con fuerza. Teresa, dentro de sus brazos, era como un pequeño animal indefenso. Florentino recordó las palomas, cuando en sus tiempos lejanos de muchacho salía a cazar al campo; si estaban heridas, su cuerpo vibraba dolorosa, tiernamente al recogerlas de encima de los surcos; también su corazón palpitaba a un ritmo loco de temor y de angustia.

La reclinó sobre las hojas secas, encima de su ruana blanca. Y entonces ella no opuso resistencia. Cerró los ojos. A veces los abría, y sus pupilas encontraban el rostro del hombre, sus miradas brillantes, sus labios por los cuales el aire pasaba con un silbido agudo; y, más lejos, los árboles en movimiento. ¿O era ella, quizá, la que se movía? ¿O era el hombre colocado sobre su cuerpo?

Con una delicadeza inusitada, Florentino levantó la falda amplia y corta, bajo la cual saltaron a sus ojos los muslos de Teresa, morenos, tibios y redondos como dos cervatillos asustados que iniciaban una carrera hacia la misma fuente. La acarició mientras ella, aún con los párpados apretados, iba aceptando su destino de mujer, inevitable y dulce.

Teresa se incorporó un poco sobre la ruana cuando Florentino encontró los botones de su blusa. Abriéndola, halló las dos frutas de los pechos, redondas, duras, tibias, ocultas por la leve cascarilla rosada del brasier. Los tomó uno por uno con su mano derecha y los presionó con ternura. Otra vez volvió a su recuerdo la imagen de las palomas agonizantes. Los besó, en el comienzo, allí donde la epidermis principiaba a crecer para albergar su redondez maravillosa; y luego dejó un beso tembloroso en el pequeño camino de blancura que se perdía entre las dos colinas morenas.

Teresa gemía, rendida, indefensa. El deseo había prendido en ella ya con una fuerza incontrolable. Vibraba su cuerpo, se arqueaba, se encogía; se mordía los labios para ahogar un grito que pugnaba por escapársele, y sus manos agarraban con fuerza los extremos de la ruana, como si quisiera triturarla.

Cuando se acercó más a ella, ya su piel contra la piel ardiente de la muchacha, Florentino notó que el rostro de Teresa había sufrido una transformación extraordinaria. No era bella, pero en aquel momento tenía una hermosura absoluta, definitiva; pequeñas gotas de sudor le llenaban la frente y las aletas de la nariz; los labios entreabiertos dejaban ver sus dientes el principio de su lengua; y en sus mejillas, suavizadas por el milagro de la pasión, se mezclaba un color de carmín, de clavel, de jacinto, de canela, que les daba una tonalidad extraña, casi milagrosa.

Cuando finalmente la barrera física cedió al empuje del deseo, ella se quejó un poco, se agitó dolorida; pero después su rostro recobró ese ademán de plenitud, de felicidad, de entrega. Y cuando sus manos abandonaron las puntas de la ruana, abriéndose en la entrega definitiva, Florentino Sierra sintió cómo bajo su cuerpo tembloroso temblaba el cuerpo de ella, y antes de cerrar los ojos en el último espasmo, pudo deleitarse con el paisaje magnífico del rostro de Teresa, en cuyos ojos semicerrados se asomaban dos lágrimas.

CAPITULO X

Los campesinos

En la segunda semana de octubre se realizó, en uno de los pueblos de la sabana cercanos a Bogotá, una concentración campesina. Su objeto: leer el mensaje de Camilo, aparecido en el número 7 del periódico Frente Unido, que sorteando numerosas dificultades había continuado circulando.

Florentino invitó a Prudencio Gómez. También a Manuel, pero éste no pudo ir: había recibido un contrato para trasladar materiales en la zorra de un lado a otro de Las Colinas. Allí los camiones eran muy escasos, y difícilmente se aventuraban por las calles desiguales, llenas de enormes piedras y de profundos baches.

Cuando Prudencio y Florentino llegaron al sitio indicado en los carteles para la concentración, ya se encontraban reunidos numerosos grupos de campesinos, que cambiaban impresiones, que se contaban sus problemas y que comentaban las soluciones planteadas por Camilo en sus diferentes charlas, y en las notas que ocasionalmente le publicaban los periódicos de la capital.

Campesinos, pensó Florentino, y recordó que él habría podido ser como ellos, si no se hubieran presentado los emisarios oficiales de la violencia en las puertas de su casa, en la vereda de un pueblo distante muchos años antes. Los examinó con cuidado, como con una especie de devoción amorosa; porque los sentía suyos y él, a su vez, se sentía ligado a ellos. Eso era Colombia; allí estaba

presente su patria, a la que él asimilaba a las calles de Bogotá, a las casuchas de Las Colinas, a los surcos de todos los campos, a los muertos de todos los poblados en donde la violencia sembró, bajo las banderas de los gobernantes de turno, sus semillas de pavor y de sangre.

Venían con ruanas y alpargatas viejas; con azadones o machetes; con hoces o palustres; con tiples o con callos en las manos. Venían desde enormes distancias, desde más allá de la sabana, de los diferentes lugares del departamento y aún de otros departamentos vecinos. Eran todos hombres toscos, con pocas palabras y con pocas ideas; pero, al mismo tiempo, sujetos decididos, que no temían dejar enredada la piel en los alambres de púas con que los amos trataban de proteger sus edificaciones feudales.

Prudencio y Florentino se mezclaron con ellos. Oyeron, en ocasiones, sus palabras; vieron, a veces, sus gestos de encendida cólera. Eran —meditó Florentino, que había estado repasando en las noches de los últimos meses las páginas de la historia—, los nuevos Comuneros; el espíritu de Galán venía con ellos. Esgrimían su inconformismo contra una situación intolerable. Ojalá, pensó, no encontrarán —como los Comuneros del ochocientos— el engaño de unas palabras falsas, la promesa de unas manos mentirosas; ojalá que no se dejaran dominar nunca, y que de ellos, del roce unido de todas esas voluntades de lucha, saliera la chispa que había de prender los viejos castillos en cuyas celdas se fraguaban, día a día, los programas de la injusticia.

La afluencia de campesinos continuó durante toda la mañana. Cerca del mediodía, había más de dos mil. Encaramándose a una tapia carcomida, Florentino los examinó. Eran hombres sencillos; trabajadores que habían abandonado por un día el surco, la era, el chircal, el trapiche. Iban tras de una voz de aliento; buscaban en las palabras del mensaje de Camilo, un poco de esperanza para vestir de colores el espantapájaros de su miseria.

Uno de los oradores del grupo que se había formado alrededor de Frente Unido, fue el encargado de leer el mensaje de Camilo. A veces, los vivas y los gritos interrumpían sus frases, y él tenía que volver a empezar los párrafos de esa confesión, de esa acusación, de esa protesta que tenía, como todas las anteriores, el mérito de la sinceridad, la convicción de su propia franqueza; porque —Florentino lo sabía ciertamente ahora— Camilo no les había mentado nunca; Camilo había sido siempre fiel a su ideal de amor por los necesitados, por los ofendidos y los humildes.

"Las ganancias que aprovecha el gobierno —leía el orador desde una improvisada tarima de ladrillos— se emplean en lo que éste llama 'funcionamiento', es decir, en pagar empleados que se han duplicado para conservar la paridad y para comprar armas viejas para matar a los campesinos que han dado el dinero para comprarlas".

—¡Viva Camilo! —gritó uno que estaba cerca de Florentino; y más de dos mil gargantas respondieron a un tiempo.

—Estos hombres están decididos a todo —dijo Prudencio, y miró con miedo el círculo de rostros ansiosos, de ruanas deshilachadas, de frentes fruncidas, de sombreros o de cabelleras alborotadas.

—Los están llevando al extremo —dijo Florentino. —El gobierno se hace el sordo, y no sabe que ese es el peor sistema.

—Cuando se dé cuenta de su estupidez, va a ser muy tarde.

"El contraste entre la importancia económica y social de los campesinos y el trato que reciben del presente sistema es manifiestamente escandaloso. La violencia ha sido principalmente campesina. El gobierno fue iniciador de la violencia: desde mil novecientos cuarenta y siete la produjo con la policía primero, y con el ejército después, desde mil novecientos cuarenta y ocho".

—Eso es puro cierto —dijo Florentino, en el oído de Prudencio.

—¿Cierto?

—Claro. ¿No le he contado que a mí me tocó vivirlo? Yo entonces era apenas un mocoso, pero lo que vi no se me olvidará jamás.

"Esa violencia gubernamental —continuó el orador— financiada por las oligarquías, enseñó después muchas cosas a los campesinos: les enseñó a reconocer en la oligarquía a su verdadero enemigo. Primero les enseñó a huir; después les enseñó a defenderse y luego les enseñó a atacar, para obtener lo que las oligarquías obtenían con la violencia: fincas, cosechas, ganado, poder. Estas cosas no se las daba el sistema. Todo lo contrario. Los salarios más bajos, el

menor número de escuelas, las peores viviendas, las menores posibilidades de progresar, las tienen los campesinos".

—No sé si ellos estarán peor que nosotros —dijo Florentino.

—No lo entiendo, hermanito. A ver si me lo explica.

—Nosotros vivimos al margen de la ciudad; arrojados de ella, soportados apenas en las afueras, como si sufriéramos de peste; ellos, en cambio, tienen el campo.

—Pero tendrán sus vainas, sus problemas... —Los tienen también, Prudencio. Además, el sistema los ha ido descuidando. Ya ve todo eso de la reforma agraria; ya ve que ahí estuvo metido Camilo, hasta que se dio cuenta de que era un engaño que le estaban poniendo al pueblo. Le tapaban la boca con un pedazo de pan para calmarle el hambre de un día, pero se olvidaban del hambre de toda la vida.

—Pero les están dando tierras.

—Parcelitas. Sin medios para cultivarlas; sin herramientas ni semillas.

—Eso es mentira, hermanolo. Los periódicos dicen que les dan plata y de todo.

—¡Los periódicos! Fuera de Frente Unido, ¿hay uno solo que diga la verdad en este país? Cada cual tira para su lado.

—En Colombia hay muchos campesinos.

—Sí, una mayoría inmensa. Solo cuando ellos se unan a los obreros, se podrá establecer una especie de partido mayoritario que se llevará de rastra a los que están disfrutando del poder desde hace doscientos años.

—Yo esas vainas no las entiendo bien, Floro.

—Ya las irás entendiendo poco a poco. Así como las entendí yo. Así como las está comprendiendo la Teresa.

—¿Ella también?

—Sí, Prudencio. Ella. Nosotros. Todos los colombianos estamos por fin dándonos cuenta de lo que podemos exigir, de lo que debemos pedir. Ojalá que no se cumpla el presentimiento de la Teresa.

—¿Cuál?

—Ojalá que no vayan a callar la voz de Camilo. Porque aunque sus ideas ya están muy prendidas en el pueblo, siempre hará falta su presencia. Existe aún una gran mayoría de colombianos que no lo entienden, o que no han tenido oportunidad de conocerlo.

—Pero usted no lo conoce, hermanito.

—Conozco su doctrina, y eso es bastante.

El orador había terminado poco antes. Los gritos, los vítores, los aplausos, subieron en intensidad. Después el volumen de la gran masa humana descendió. Otros oradores ocuparon el estrado. Florentino sintió deseos de subir, de exponer su manera de pensar, de relatar su situación. Pero calló. Cuando la masa de campesinos fue dispersándose, abandonó el compacto grupo en donde había estado metido con Prudencio. Poco después los dos viajaban en un bus hacia la capital. Iban a ser las siete de la noche.

La tienda

Florentino y Prudencio habían acordado detenerse un momento en el establecimiento de misiá Cuncia. Estaban cansados y sedientos. Además, preocupados.

—Colombia es como un polvorín —dijo Florentino, y se sentó después de saborear su cerveza con deleite.

—Falta que alguien prenda la mecha.

—Ah, con los vecinos, ya no hablan sino de meras vueltas y revueltas —dijo misiá Cuncia, que pesaba libras de arroz en una balanza para empacarlas luego en talegos de papel.

—Pues no se puede hablar de otra vaina, misiá Cuncia.

Ya ni se ocupan de la Tere o de la Sole. ¿Las tienen acaso arrumadas?

—Nadita de eso —dijo Prudencio. —Solo que como son hembras, no pueden entender de asuntos de hombres. A usted le pasa lo mismo.

—Miren con don Prudencio —dijo la tendera, burlona. —Ahora no falta sino que me enseñe a pesar arroz.

—Ese es su oficio; el de nosotros es pensar.

—Trabajar, más que pensar —dijo Florentino. —Ayudarle a Camilo, enseñando su doctrina a los que no la saben.

—Por ahí dicen que el curita ese tiene tratos con los comunistas, avemaría purísima —dijo misiá Cuncia, y se santiguó.

—Después de leer Frente Unido, ¿todavía cree usted en esos fantasmas?

—Pero es que los comunistas son enemigos de Dios.

—Naranjas, misiá Cuncia —dijo Prudencio. —Además, en estos momentos, se necesitan todas las fuerzas contrarias al sistema.

—¡Bravo, hermanito! —dijo Florentino, y le palmoteo la espalda. —Así no hablan ni las enciclopedias.

—Pues qué van a hablar las señoras esas, si son de la jay —anotó con gesto de desprecio la mujer.

—¿De la jay?

—Sí, don Floro, de la alta, de alto copete, de grueso calibre, de fino turmequé, de cuenta bancaria y carro último modelo. De la pura nata de la leche, como decía mi taita, a quien el Señor tenga de su mano.

—A Camilo le han criticado mucho su unión con el comunismo —anotó Prudencio pensativo.

—El lo dejó muy claro en unas palabras que dijo en Barranquilla no hace mucho —informó Florentino—. Se trata de buscar un cambio. Lo que importa es el resultado final, y no interesan las fuerzas que se empleen para producirlo.

—Pues sí, Floro, tenés razón.

—¿Así que ustedes, vecinitos, van a seguir en las mismas?

—Ese es el único camino, misiá Cuncia.

—El único —repitió Gómez.

—Ojalá que no acaben con el padrecito —dijo la tendera. —La gente está muy retemiedosa. Dicen que le van a clausurar el parlante de un momento a otro.

—Camilo no morirá nunca —afirmó Florentino, con decisión.

—Todos tenemos que entregar la cédula don Floro.

—Digo que no morirá, misiá Cuncia. Pueden matarlo y enterrarlo, pero sus palabras seguirán sonando siempre, en el corazón y en la cabeza de todos los colombianos.

—Oiga, hermanito Floro —dijo Prudencio, casi alarmado:— como usted siga con esas prédicas, va a ser el muerto y el enterrado.

—No me importaría, Prudencio. Ahora entiendo por qué se dejaron matar los Comuneros y por qué pelearon los patriotas de Boyacá.

—Pues yo no entiendo ni pío.

—Y yo menos —dijo la mujer. —A veces me parece que don Floro tiene todo agrietado el campanario; mejor dicho, que se le cuele el viento por las rendijas de la torre.

—Bueno —dijo Prudencio, incorporándose— ya está bien por esta noche; no era sino una merita, para pasar el tierrerrón.

—Debían tener la garganta como adobe sin remojar —dijo la tendera, levantando las botellas y escurriéndolas.

—Bueno, misiá Cuncia, que le rinda —dijo Florentino.

—Hasta mañana —se despidió Prudencio. —Por la tarde le traigo su fraccioncita de lotería; un pedacito del mayor, para que le ponga más aguardiente al negocio.

—Mire, don Prudencio, usted no me vende ni el número del sorteo. Tiene una suerte más torcida que una cabuya entre el bolsillo.

Sonrientes, Prudencio y Florentino salieron de la tienda. Se despidieron palmoteándose la espalda, y tomaron por caminos diferentes.

El deseo

Teresa se había transformado en poco tiempo. Después de su paseo dominical por el parque experimentó un cambio, no solo físico, sino interno, que tenía desconcertado a Florentino.

En apariencia continuaba siendo la misma: trabajaba, repartía su precario sueldo entre la ayuda que debía prestar en casa de sus padres y en atender sus pequeños gastos personales, salía con Florentino un par de veces a la semana, hablaba con él de los planes que parecían más lejanos y difíciles, comentaba las pláticas de Camilo, sus mensajes, sus ideas, asimilaba la situación general del país comparándola con la suya propia, y tomaba conciencia de la necesidad de un cambio, sintiéndose persona importante dentro del proceso necesario para que ese cambio se operara.

Pero su manera de ser no era la misma. Ahora Teresa parecía más mujer. Era más tierna; como si fuera realmente suya, pensaba Florentino. Sí, sus palabras, sus gestos, la manera de ofrecerle los labios en los rincones de las calles penumbrosas, era distinta; más espontánea, más natural. Quizás entendía que la tarde del parque había decidido para siempre su destino. Además de amar a su hombre, tenía muy dentro un principio de sumisión que se había acentuado con la entrega. Florentino comprendía que más que nunca necesitaba un pequeño refugio para llevársela, para hacer "casa aparte"; y meditaba en esa pieza mínima, en un catre donde poderse acostar para amarla, en una ventana pequeña abierta en el muro, sobre una calle, sobre un campo, sobre un río cualquiera.

Sin embargo, no había podido conseguir otro empleo. Cerradas las puertas de la carpintería de Eleazar, solo había seguido pegando los carteles. Lo hacía todas las mañanas y regresaba a Las Colinas, para ayudar a su padre o a sus hermanos en cualquier menester hogareño; o para hacer un trasteo, acarrear un mercado, colocar unas tejas en un rancho, reparar una tubería de las pocas que llegaban a Las Colinas transportando el agua desde los remotos tanques que abastecían a la ciudad. Había intentado vender lotería, aconsejado por Prudencio Gómez, pero no lo aceptaron porque no tenía papeles de identidad ni el dinero necesario para obtenerlos. En ocasiones iba con Manuel Salcedo a las plazas de mercado y cargaba enormes bultos a la espalda. Pero esto solo le daba para comprar un par de cervezas en la tienda de misiá Cuncia, o para comprarle una caja de polvos a la Teresa.

Una tarde se encontró con ella, en la tienda de Las Ferias en donde solían citarse. Se tomaron de las manos y echaron a andar hacia un sitio alejado, por sobre los rieles del ferrocarril.

—He estado pensando una cosa, Floro —dijo ella.

—Pues cuéntamela.

—No sé. A lo peor te burlás de mí.

—Ni se te ocurra, Teresa. A ver, dímelas.

—Pues que... que si conseguís algo de plata, yo podría poner el resto para que sacáramos una pieza. Yo quiero irme contigo, Floro. Pero pronto, mañana, ya.

La vio ansiosa, tan suya que sintió miedo, Miedo y ternura al mismo tiempo. Y cerrando los ojos pensó de nuevo en esa habitación pequeñita y miserable, pero que estaría toda llena amor. De amor, decía él; de ganas, decía el Manuel Salcedo; de ganas, había dicho el Prudencio; de deseos, había dicho la Soledad. Amor, deseos, ganas. Todo eso lo sintió ahora.

—Yo me encargo de eso, Teresa. En dos días lo tendré todo listo.

—Ya esperé meses, ahora no me voy a morir por un par de días. Pero que no sean más, Floro. No sabés cómo me siento de sola en la casa de mis taitas.

—¿Y ellos?

—Para eso tienen otros hijos, y otras hijas. Yo quiero irme, Floro. Si fuera por mí no volvería esta noche.

—Hay que hacer las cosas bien, Teresa. Esta noche vuelves a la casa. Vas arreglando tus cosas, tu ropa...

—Son dos o tres chiros, Floro. Yo los arreglo en un minuto.

—...y pasado mañana —continuó Florentino, como si no la hubiera oído— nos organizamos. Yo también estoy que no me aguanto esta vida. No hago sino pensarte y acordarme de esa tarde...

—No la mentés, Floro, que se me suben los colores a la cara.

—Y a mí se me suben las ganas, Teresa —dijo Florentino, con voz súbitamente ronca.

Habían llegado a las proximidades de un depósito de maderas. Estaba oscuro. Un bombillo amarillento y débil daba una claridad desmayada a las viejas paredes con letreros alusivos a las guerrillas, al movimiento de liberación

nacional, al ejército popular, a todas esas oscuras fuerzas vivas dentro del organismo de la nación, que hasta ahora comenzaban a despertar.

Florentino la llevó hacia un rincón donde la penumbra era más acentuada. Teresa no solamente se dejó llevar sino que fue al tiempo con él, llegó junto con él al sitio buscado y se reclinó contra la pila de maderas aserradas que se elevaba hacia la claridad cobriza que emergía del tallo de cemento. Allí se besaron, con ternura al principio, con violencia después. Y, ciegos, acabaron enlazándose, entregándose, ofreciéndose. Ciegos, limpios, primitivos. Solo les importó, por un rato muy corto en los relojes, muy largo en la sensibilidad y en la proyección hacia el recuerdo, el deseo, la necesidad del contacto físico, la epidermis sobre la epidermis, Y las manos de Florentino encontraron de nuevo, más suyos, más íntimamente sentidos, todos los secretos que ella guardaba en su cuerpo, sus ocultos rincones donde se hacía diminuta la oscuridad para llenarse de perfume, el valle tibio y liso de su vientre, la gruta de su sexo, las flores gemelas de sus pechos erguidos y jóvenes, ofrecidos, vibrantes. Y después, de regreso de ese viaje hacia el placer elemental, se besaron con agradecimiento, como sellando una promesa muda. Y vacilantes, pero llenos de un gozo mutuo, regresaron hacia lo cotidiano por sobre las cintas de los rieles, que brillaban paralelas en la oscuridad.

CAPITULO XI

¿Dónde está?

—Nadie quiere dar razón de él —dijo Florentino y se sentó en la acera, con gesto de desaliento.

—¿Lo matarían? —preguntó Manuel Salcedo, mientras limpiaba con una lima las estrías de un tornillo oxidado.

—¿Cómo lo iban a matar? —exclamó alarmado Prudencio. —Ya lo sabría todo el mundo.

—O lo callaron, o lo mandaron al extranjero —siguió Salcedo.

—Camilo no se vende —dijo Florentino, con cólera. —Con él no van a poder hacer lo que han venido haciendo con todos: los compran con un ministerio, con la gerencia de un banco, o con una embajada.

—¿Y usted por qué está tan seguro de que Camilo es distinto, hermanito? —preguntó Prudencio.

—Es distinto —repitió Florentino Sierra con ademán terco—. Se le notaba en la manera de hablar. El decía la verdad. Estaba con el pueblo, con todos nosotros. No iba, de buenas a primeras, a largarse con su música a otra parte. Ya ha expuesto demasiado el pellejo, para que a las diez y últimas vaya a correrse.

—No olvides que Camilo es de una familia oligarca.

—Eso es precisamente lo que le da un valor más grande —dijo Florentino. Se puso de pie. —Pudo tenerlo todo; el dinero, una buena posición dentro de la curia; pudo llegar a ser arzobispo o algo más. Y lo dejó todo.

—¿Lo dejó por nosotros? —preguntó Manuel.

—Exactamente.

—No merecemos ese sacrificio —dijo Prudencio, con amargura.

—Eso depende de nosotros mismos —corrigió Florentino. —Una manera de merecerlo es no dejar morir sus ideas.

—Pero si Camilo se fue, sus ideas desaparecerán.

—Yo no lo creo —dijo Florentino. —Las enseñanzas de Camilo no morirán nunca.

—Tal vez unos cuantos se acuerden de él, hermanito. Pero la mayoría lo olvidará.

—No lo olvidarán, Prudencio. Eso puedo asegurárselo.

—Cada uno de nosotros tiene sus problemas, Floro, —dijo Salcedo. —Con esas preocupaciones a las costillas no nos va a quedar tiempo para acordarnos de nada.

—No podemos olvidarlo —dijo Florentino. —Es la única persona, en toda la historia de Colombia, que se ha preocupado por los pobres.

—Camilo y el negro Gaitán —recordó Prudencio.

—Y ya ve que al negro lo mataron —dijo Salcedo. —Por eso creo que a Camilo pudo pasarle lo mismo.

—Es tremendo —dijo Florentino, y se mesó los cabellos con gesto desesperado. —Parece que toda voz que se levante en favor nuestro es sofocada inmediatamente.

—Al gobierno le interesa que el pueblo siga esclavizado.

—Si —aceptó Florentino; y recordando sus lecturas, intensificadas en los últimos meses, añadió: —Eso mismo ocurría en Rusia antes de la revolución; los obreros y los campesinos eran una masa sin derecho alguno, que trabajaba para llenar la bolsa de los señores.

—Pues nosotros estamos haciendo lo mismo.

—Casi lo mismo —dijo Florentino. —Pero ahora el pueblo está dándose cuenta de que tiene una fuerza enorme, y que puede emplearla para su propio beneficio.

—Camilo hará mucha falta, hermanito —dijo, nostálgico, Prudencio Gómez.

—Mucha —repitió Salcedo.

—Sí, muchísima —remató Florentino, pensativo. —Yo no creo que lo hayan matado; el gobierno sabe que se expone a que pase lo mismo que el nueve de abril, cuando mataron a Gaitán.

—Ahí está lo peor, hermano —dijo Prudencio. —Porque con esa experiencia, si matan a Camilo lo harán fuera del país, en donde nadie lo sepa, en donde nadie vaya a protestar.

—¿Serán así de miserables? —preguntó, colérico, Manuel Salcedo.

—Todo puede esperarse, Manuel. Todo. Más ahora, cuando están asustados. Las palabras de Camilo han ido acorralándolos, y ya no les queda salida. Como no están dispuestos a darle al pueblo lo que pide, tendrán que concluir que el único camino es callar el grito revolucionario de Camilo Torres.

Manuel se paró. Se dirigió a la zorra, estacionada frente a su casucha; con ayuda de un martillo y de otros elementos, fue colocando el tornillo en su puesto: en el eje, cerca de la rueda. Prudencio encendió un cigarrillo y se quedó mirando el humo. Florentino se acercó al borde de la calle, desde la cual se veía abajo la ciudad, que se esfumaba entre una cortina de niebla, intensa hacia los lados del horizonte, allá, en donde se adivinaba el fin de la sabana.

—Camilo —dijo Florentino, en voz baja.

Prudencio se acercó.

—¿Y en Frente Unido no le han dicho nada hermanito?

—Nada —dijo Florentino. —Tal vez no tienen confianza en mí. O tal vez no lo saben.

—Tiene que estar en el extranjero —repitió Prudencio.

—¿Prisionero?

—O desterrado.

—Solo así; porque por su propia voluntad, Camilo no iba a abandonar la batalla; y menos ahora, cuando estaba principiando a ganarla.

Se quedaron en silencio. Solo se oían, estridentes, los golpes del martillo.

El nido

Florentino contempló la habitación. Así, con el catre, una mesita y un asiento, le pareció más pequeña pero, al mismo tiempo, más suya. Todo lo había comprado esa mañana: trescientos cincuenta pesos. Prudencio le prestó doscientos, al tres por ciento mensual; había logrado ahorrar cincuenta, sustrayéndolos a la cuota semanal que debía entregar en la casa de sus padres; los otros cien se los había dado Teresa el día anterior.

Un catre pequeño, sencillo. "Así estaremos más juntos y necesitaremos menos cobijas", le había dicho a Teresa, sonriendo, un poco avergonzado. La mesa y el taburete de madera rústica. Ya los pintaría, pensó. Y fuera de esto, algunos carteles de los que le sobraban a veces, de los que no podía colocar por una u otra razón: uno anunciaba la corrida de toros a la que había asistido, meses atrás, con Teresa, Prudencio y la Sole. Había un torero bien dibujado, y un toro que parecía estar dándole la vuelta. El rojo de la capa, el dorado del traje y el negro del animal, hacían un buen contraste. Sobre la pared de cal blanca, el cartel resaltaba armonioso. También había colocado otro donde se anunciaba una función de ballet. Y, finalmente, uno muy grande en donde aparecía la foto de Camilo, todavía con su sotana. Una foto estupenda, en donde él tenía las manos alzadas, como señalando un camino, como indicando que después del sufrimiento de doscientos años vendría por fin la tierra prometida. O, pensó de pronto Florentino, esas manos parecían estar ofreciéndose para la cruz. Eran unas manos como tuvieron que ser las de Cristo cuando se levantaron en la cumbre del Gólgota.

Quitó unas motas de polvo de encima de la mesa, soplándolas con fuerza. Volvió a contemplar la escena y sonrió, satisfecho. En ese momento oyó dos golpes en la puerta. Se apresuró a abrirla y encontró a Teresa.

Llevaba el mismo traje que tenía el domingo en que por primera vez habían hecho el amor, unas semanas antes, bajo los eucaliptos rumorosos del Parque Nacional. En la mano derecha portaba un maletín pequeño de plástico. Y llevaba doblada sobre el hombro su ruana blanca.

Estaba bonita, pensó Florentino. Además, un gesto de temor, de duda, de rebeldía, le heroseaba la cara. Se miraron por un rato largo, sin hablar, sin moverse. Por fin Florentino hizo un gesto invitándola a seguir, y cuando ella entró él cerró la puerta y se quedó mirándola.

Teresa examinó la habitación. A medida que hacía un inventario mental de sus pequeños bienes, una sonrisa de satisfacción y de felicidad le dilatava los labios y le agrandaba la oscura luz de los ojos. Se sentó en el taburete puso su bolso sobre la mesa, colocó la ruana en el borde de la cama y después miró a Florentino.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Mucho —dijo Teresa. Y le tendió las manos.

Florentino se le acercó. Se arrodilló junto a ella. Reclinó su cabeza en el regazo de la muchacha. Sintió en el pelo sus manos, sus dedos, enredándolo. Suspiró. Todo lo demás estaba lejos. Le importaba ese momento, su amor, su entrega. Le interesaba su vida por el valor que le daba la pasión de Teresa. Le hallaba gusto a ese rincón del mundo donde podían refugiarse lejos de las miradas indiscretas; donde podían amarse libremente, sin que nadie estuviera imponiéndoles el amor mediante leyes u ordenanzas religiosas; sin que nadie, tampoco, estuviera prohibiéndoselo en nombre de una sociedad cada vez más desmoronada.

Se incorporó. La tomó del brazo y la llevó a la cama. Teresa lo miró, se detuvo un momento indecisa y avanzó, después. Se sentaron. Entonces, con temor, como si pensarán que alguien podía estar observándolos se besaron. Afuera, el viento lleno de sombra rebullía el polvo de las callejas y estremecía los pocos y esqueléticos arbustos. El ruido de las hojas les recordó el sonido melodioso de los eucaliptos, su aislamiento en medio de un campo poblado de suspiros lejanos, de remotas desnudeces, de distantes entregas.

Y se amaron con intensidad absoluta. Con una entrega total. Con una sinceridad elemental, primitiva. Ya el tacto de Florentino tenía impresas para siempre las formas de ella; ya los ojos de Teresa llevarían a todas partes el gesto de su hombre, la crispación de sus labios, el estremecimiento, final de sus músculos. Ya los dos, unidos o separados, se pertenecían. "¿Para siempre, Teresa?", preguntó Florentino. Y ella, como en una ocasión anterior, solo tuvo dos palabras que encerraban un mundo suyo, un mundo entero de fidelidad, de lucha, de dolor y de placer, de sufrimientos cotidianos y de pequeñas alegrías: "Para siempre".

Cuando regresaron del amor, la noche se había apoderado completamente de la ciudad. Pero no encendieron la luz. El fuego de sus cuerpos unidos daba a la estancia una luz cobriza, viva, candente. Y entonces, rendidos, dulcemente cansados, se fueron quedando dormidos. Entre una y otra piel no había espacio físico: solo el espacio inmaterial de la fatiga.

CAPITULO XII

Un largo viaje

Florentino estaba sentado en uno de los bancos del parque de la Independencia. Miraba las calles que confluían en la veintiséis, con sus puentes elevados, con sus vías múltiples que se cruzaban. Observaba el incesante ir y venir de los automóviles y de los buses. Y arriba, más allá del viejo kiosko en donde años antes se ofrecía una retreta dominical, veía un grupo de gaminés que jugaban a los vaqueros y a los bandidos, persiguiéndose, escondiéndose tras de los troncos o echándose a rodar por la grama hasta el límite de las pequeñas grutas.

Por complacer a Teresa, y también por conseguir unos pesos más con qué ayudar al presupuesto familiar (su familia: Teresa y él, nada más en el mundo), se había decidido a vender los periódicos vespertinos. Ya casi los había terminado. Ahora descansaba. Buscaba también, en las páginas blancas, negras y rojas, alguna noticia de Camilo. Pero su paradero continuaba siendo un misterio.

De pronto lo vio. Venía con unos libros bajo el brazo, con la cabeza gacha. Le habían crecido el pelo y la barba, pero lo reconoció: era el universitario que habían encerrado con él, unos meses antes, por los desórdenes que provocaron algunos de los voceadores de Frente Unido por los lados de San Francisco.

—Hola, buenas tardes —le dijo, cuando pasó a su lado.

El muchacho se quedó mirándolo, con desconfianza. Después, poco a poco, pareció reconocerlo.

—Usted no es...

—Sí, el de la cárcel —cortó Florentino.

—Aja, ya veo que ahora vende otros periódicos.

—Sí señor. ¡La vida! Hay que levantar para comer. Y la situación está poniéndose cada vez más dura.

—¿Y qué hay de Frente Unido?

—Todavía sigo vendiéndolo; cuando sale. Aunque ahora, no sé, no es lo mismo. Como nadie sabe en dónde está Camilo.

—Camilo —dijo el estudiante, y se quedó pensativo.

—¿Usted sabe qué se hizo? —preguntó Florentino, con ansiedad.

—No lo sé a ciencia cierta. Pero corren muchos rumores. El más confirmado es el de que Camilo se fue para un largo viaje.

—¿Al exterior?

—Tal vez a Cuba, o a Rusia. O de pronto desterrado por el gobierno.

—Un largo viaje —repitió Florentino.

—Del que posiblemente no regresará.

—¿Por qué lo dice?

—Si Camilo se fue, lo hizo por una razón muy poderosa. En este momento, sus palabras estaban empezando a calar hondamente entre los estudiantes, los campesinos y los obreros. Entonces, ¿por qué iba a marcharse?

—Eso digo yo: ¿por qué?

—Por una cuestión de vida o muerte, quizá. Pero ya fuera del país, Camilo no volverá.

—Nos quedan sus palabras.

—Es lo mismo que nada, dicen muchos. Yo pienso que, de todas maneras, lo que Camilo dijo no se olvidará nunca.

—Yo pienso lo mismo. Precisamente hace poco discutía con el Prudencio sobre esto.

—¿Prudencio?

—Un amigo. Uno que también se fue interesando poco a poco por Camilo. Ahora también lee libros; lo mismo hace el Manuel Salcedo. Y también están empezando a hacerlo los muchachos de la carpintería del maestro Eleazar.

—Eso me parece importantísimo —dijo el universitario, con entusiasmo. —Si entre ustedes el pensamiento de Camilo ha logrado producir esa reacción casi milagrosa, imagínese lo que ha conseguido con los estudiantes.

—¿No lo han olvidado?

—De ninguna manera. Camilo está más vivo cada vez, más presente. Su filosofía vital, sus ideales políticos y económicos, se discuten y se analizan en todas las universidades.

El muchacho había acabado por sentarse junto a Florentino. Ahora, durante un rato, los dos miraron arriba el juego de los gamines, y abajo el paso incesante de los carros por la calle veintiséis.

—¿Usted cree que él no volverá? —preguntó Florentino.

—No, lo sé —dijo el estudiante.

—Yo quiero que vuelva.

—Todos lo queremos. Pero no se puede luchar contra quienes tienen en sus manos las armas, el dinero, la iglesia, la prensa. Nosotros, compañero, usted y yo, y ochocientos mil estudiantes, y doce millones de campesinos, y ocho millones de obreros, somos una mayoría abrumadora. Pero apenas serviríamos de carne de cañón si llega a estallar una revuelta.

—Camilo decía que si no era posible tomar el poder por medios pacíficos, la revolución era una necesidad.

—Eso es evidente —dijo el universitario—, y me alegra conversar con usted porque veo que ha entendido bien las tesis de Camilo y que, además, está encargándose de mantenerlas latentes no solo para usted sino para sus amigos, su propia gente.

—Después de oír a Camilo, después de entenderlo, ya no es posible olvidarlo.

—Si todos los colombianos pensaran como usted, la lucha estaría ganada. Pero hay unos que se dejan llevar por el temor, otros por la esperanza en un mañana menos duro. El temor no sirve, y la esperanza nos miente siempre.

El estudiante miró el reloj y se puso de pie.

—Yo creo, que pronto tendremos noticias de Camilo. Una persona tan importante como él no puede desaparecer sin dejar huellas.

—Si sabe algo, me gustaría que me lo contara. Yo vengo por aquí todas las tardes.

—Yo también. Lo buscaré. Y ahora, hasta otro día.

—Hasta otro día —dijo Florentino, y le alargó la mano.

El universitario se la estrechó efusivamente: estaba emocionado.

Se alejó por el sendero de arena hacia la parte alta del parque. Florentino, con los periódicos bajo el brazo, se dirigió a la carrera séptima.

En las guerrillas

La noticia estalló como una bomba: Camilo estaba en las guerrillas. Se había incorporado al Ejército de Liberación Nacional.

Florentino Sierra encontró los titulares y las fotos en uno de los periódicos que vendía. Estaba ofreciéndolos por los lados de la Biblioteca Nacional, y tuvo que sentarse en las gradas para no irse de espaldas.

Lo vio en una fotografía bastante buena, nítida. Su cara, apenas vislumbrada el día de la conferencia, aprendida de memoria luego a través de los carteles que había pegado durante días y días en los muros de la ciudad, aparecía ahora enmarcada por una barba incipiente; llevaba el equipo de guerrillero a la espalda, y con su traje de dril daba una imagen de reciedumbre, de valor, de poderosa rebeldía.

La foto fue agrandándose ante los ojos de Florentino. Desaparecieron las instalaciones de la Biblioteca, los árboles, el pequeño parque, la calle, los automóviles, las casas. Y todo lo ocupó un trozo de selva: árboles enormes entretejidos en paredones de verdor; troncos decapitados, ramas, bejucos, flores, hojas secas, tremedales, barro, arroyos limpios y manantiales despeñados. La selva con su plenitud y con su pujanza, el regreso a la noche infinita del tiempo, antes de la primera palabra, mil años antes de la primera caricia, cien mil años antes del primer disparo.

Los guerrilleros, apenas su traje, su fusil, su carga a la espalda, su distintivo "E. L. N.", en los brazos, corrían de un lado a otro. Balas oficiales los perseguían. Los muchachos campesinos vestidos de soldados por la disciplina del servicio obligatorio, perseguían a los muchachos campesinos vestidos de guerrilleros por la necesidad de rescatar a la patria, de devolverla a los colombianos, sacudiéndole los yugos extranjeros. Iban del refugio de los árboles

a las grutas escondidas en las estribaciones de las montañas; desde las alturas en donde el río caminaba de la mano con el granizo y el invierno hasta los valles, hasta las hondonadas, hasta los cálidos cañones donde rugía la voz de los torrentes, donde crecían las guaduas y los robles en profusión enmarañada, donde las frutas se ofrecían entre las ramas, donde la caña de azúcar crecía recta en la tibieza de las tardes, donde el tabaco extendía sus hojas de piel morena bajo la sombra de los caneyes, donde los trapiches molían caña y silencio y los mezclaban después en las enormes pailas. Eran los guerrilleros, los hombres nuevos de una nueva América, los portadores del ideal; los hombres que sabían que iban a morir en su lucha; que no peleaban para ellos, porque tenían la certidumbre de que el sistema acabaría matándolos, pero confiaban en que sus hijos tendrían una patria digna, una sociedad igualitaria, sin odios, sin los antiguos crímenes, sin las pavorosas desigualdades, sin la lepra vergonzosa de la injusticia social.

Florentino Sierra los vio. Marchaban luego en largas filas, perforando la selva, apoderándose de ella. Helicópteros y aviones los seguían, y los enfocaban con sus cañones y sus ametralladoras. Pero, de súbito, un rancho campesino los albergaba, una mano de mujer les ofrecía agua y pan, un rostro de hombre se les unía, un juguete de niño se quedaba suspendido en el aire mientras pasaban.

Y entonces, de ese gran cuadro que se había presentado ante los ojos de Florentino, empezó a surgir la voz. Vino, poderosa, única, con un acento varonil que bien podía ser el de Camilo, o el de quienes lo seguían, o el de quienes continuaban amándolo, ahora más que nunca, porque había entregado su vida a la disciplina guerrillera, porque había demostrado a todo el país que era un hombre íntegro y que no se limitaba a predicar el sacrificio sino que él mismo lo empezaba.

Surgió la voz, y a medida que iba leyendo la consigna enviada por Camilo desde las montañas, se amontonaban lienzos diferentes sobre el lienzo de la selva, se combinaban los paisajes, como si con esa voz poderosa toda la patria fuera convocada, como si estuviera gritando: ¡Presente!, con el acento de sus campesinos y de sus pordioseros y de sus marginados y de sus prostitutas y de sus gamines y de sus lustrabotas y de sus asalariados y de sus explotados y de sus hijos, en fin, de todos sus hijos que no podían negarla, que solo querían lavarle la cara para hacerla más suya, para sentirla más entrañablemente ligada a su existencia, que anhelaban verla pura, inmaculada, igual para todos, ofrecida y

abierta como un cuerpo de mujer, como una mano de amigo, como un beso de novia.

"Colombianos":

—y llegaban de todos los rincones de la selva; desde el Chocó y sus costas despobladas de balnearios, desde sus ríos llenos de una riqueza explotada por los extranjeros, desde su misma selva dolorida, mordida por las máquinas importadas; desde el Llano con su enorme poderío olvidado; desde el Vaupés y el Vichada y el Putumayo y el Amazonas y todos esos territorios en donde una raza sin redención se extingue; desde el corazón de Colombia, desde los campos de Boyacá donde una vez se gestó la primera independencia, desde Cundinamarca en donde los pasos de Camilo estaban impresos señalando los caminos que han de recorrerse para la segunda y verdadera independencia; desde el Tolima con el filo de sus machetes y el Valle con el filo de sus cañas; desde Pasto la legendaria y Popayán la blanca; desde los Santanderes con su olor de tabaco y ron, con sus tambos en donde duermen las doncellas y las guitarras; desde la Guajira con pulseras de sal y de corales; desde las islas, desde sus palmeras y sus cuevas por donde sopla el viento, desde el Huila y sus nevados y sus altas montañas y sus lagos callados, desde las orillas del Magdalena con sus acordeones y sus espermas en las manos morenas de las mulatas, desde Antioquia con un carriel repleto de esperanzas, desde las sabanas de Valledupar, desde todos los rincones de la nación, desde sus pies posados en las aguas espumosas del Amazonas hasta su frente que se reclina para soñar en las olas turbulentas del Atlántico.

"Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía".

—y las manos de todos esos seres convocados se alzaban, unas con antorchas, con machetes las otras, con carteles que pedían paz y pan, amor y sal, fraternidad y trabajo—

"En aquellos momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguarlo, con nuevas fórmulas que siempre

paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la clase privilegiada".

—y los automóviles de los poderosos avanzaban sobre extrañas carreteras, pavimentadas con los cuerpos destrozados de los pobres, con la virginidad de sus mujeres, con los cuadernos de sus hijos—

"Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo mató".

—y pasaron ante los ojos de Florentino Sierra las escenas dantescas del nueve de abril, los tranvías incendiados, los almacenes rotos, los edificios en llamas, las calles llenas de cadáveres, los policías que pisaban los cuerpos caídos durante la contienda fratricida, y el cuerpo sangrante de Gaitán, esperanza cortada en flor, voz asesinada para que no dijera la verdad, brazos crucificados contra el pavimento para que no pudieran redimir—

"Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia".

—y vio cadáveres y cadáveres y cadáveres en largas filas, en tumbas colectivas, y cabezas en las manos de los mal llamados agentes del orden, y paredes contra las cuales se fusilaba sin misericordia a los unos para alimentar la venganza de los otros, y sangre y sangre—

"Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía inventó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran".

—y notó que las calles de todas las ciudades de la patria se llenaban de desfiles militares, y atronó el ámbito el son de los tambores y el alarido de las trompetas—

"Cuando el pueblo pedía democracia se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponía la dictadura de la oligarquía".

—y ante una mesa enorme y negra, muchos hombres con trajes de etiqueta se repartían simbólicamente camiones y haciendas y ganados y

edificios y puestos públicos y prevaricatos y cohechos y componendas

"Ahora el pueblo ya no creerá nunca más. El pueblo no cree en las elecciones".

—y largas filas de hombres avanzaban por las calles de numerosos pueblos, vigilados por jinetes armados de látigos que a veces los castigaban para obligarlos a permanecer en sus puestos, como a una recua de caballos dominados, como a una mansa y estúpida manada de borregos—

"El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida tengan educación, techo, comida, vestido y, sobre todo, dignidad. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano".

"Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes, con su ejemplo y con su presencia, den la voz de combate".

"Yo quiero decirle al pueblo colombiano que este es el momento. Que no lo he traicionado. Que he recorrido las plazas de los pueblos y ciudades caminando por la unidad y la organización de las clases populares para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por esos objetivos hasta la muerte".

"Ya todo está preparado. La oligarquía quiere organizar otra comedia de elecciones; con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimientos de renovación a base de ideas y de personas que no solo son viejas sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos?".

—y en una meseta iluminada violentamente, cinco o seis hombres con capuchones y máscaras jugaban a los dados la bandera y el escudo de Colombia, los rasgaban, se mofaban de ellos, los utilizaban para cosas inmundas, los pisoteaban—

"Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, la base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionalistas. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismo. Que busca librar al pueblo de la explotación de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido".

—y Florentino Sierra vio a los obreros, que laboraban en las fábricas, inclinarse y levantarse como autómatas para alzar pesados fardos, y a los campesinos trazando surcos con la azada mientras los dueños de la tierra sentados a la sombra de los árboles o en cómodas hamacas contaban las ganancias, y a los mineros metidos en sucios y peligrosos socavones en tanto que rubios extranjeros contaban dólares a manos llenas—

"Todos los colombianos patriotas debemos ponernos en pie de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados, en todos los rincones del país. Mientras tanto debemos estar alerta. Debemos recoger armas y municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropas, provisiones y drogas para prepararnos a una lucha prolongada".

"Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo, en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar, pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución nos encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final".

"La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado, porque la jornada es larga".

—y los soldados abandonaron sus armas y su disciplina impuesta y sus mentirosas consignas, y se abrazaron con los campesinos y los obreros y los estudiantes, y entre todos formaron una sola masa, enorme, creciente siempre, que alzaba los brazos, que dominaba, con ellos, el paisaje áspero y peligroso de la selva—

"Colombianos: No dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución. Militantes del Frente Unido: Hagamos una realidad nuestras consignas".

"Por la unidad de la clase popular...

—¡Hasta la muerte! —respondieron millones de gargantas en un rugido poderoso y tremendo que estremeció los cimientos de la república.

"Por la organización de la clase popular...

—¡Hasta la muerte!

"Por la toma del poder para la clase popular...

—¡Hasta la muerte!

"Hasta la muerte porque estamos decididos a ir hasta el final".

"Hasta la victoria; porque un pueblo desde que se entrega hasta la muerte, siempre logra la victoria".

"Hasta la victoria final, con las consignas del Ejército de Liberación Nacional: Ni un paso atrás... ¡liberación o muerte!".

—y todos los colombianos que habían invadido la selva para oír la proclama de la revuelta, la consigna del despertar, empezaron a gritar, en un coro poderoso y abrumador: ¡Camilo! ¡Camilo! ¡Camilo!

¿Nos vamos?

—¡Entonces está en las guerrillas! —dijo Teresa, con ademán incrédulo.

Estaban almorzando. Ella sentada en el borde de la cama y Florentino en el taburete. Sobre la mesa, en la que ella había colocado un mantel floreado, barato y limpio, se veían los platos con la sopa del medio día.

—Sí, Teresa. Allá está Camilo. ¿Cómo son las cosas de este mundo, no te parece? Primero estudiar tanto para llegar a ser cura; y después, luchar tanto para tener que volverse guerrillero.

—Siquiera no lo mataron —dijo ella.

—Siquiera —asintió Florentino. —Pero ahora, la situación se pone más difícil para la gente del pueblo.

—¿Por qué?

—Nos quedan dos caminos. El uno, seguir humillados, como hasta ahora; explotados, robados, olvidados...

—¿Y el otro?

—Meternos al monte. A pelear al lado de Camilo. Formar con él un verdadero ejército de liberación, y tomarnos los controles del país.

—Sí —dijo Teresa, pensativa. —Pero para enmontarse, hace falta mucho valor.

—El lo tuvo.

—Lo tendrán también otros. Pero no todos.

Se quedaron en silencio mientras terminaban la sopa. Después ella fue recogiendo los platos, al tiempo que continuaba su conversación con Florentino.

—Estuve hablando con el Prudencio y el Manuel, Teresa. Y a que no adivinas lo que me dijeron.

—No doy, Floro. Como no me lo digás....

—Pues el Prudencio se larga para las guerrillas. El Manuel no. Ya tiene mujer y tiene tres mocosos. El Prudencio todavía no tiene ni uno.

—La Soledad sabe cuidarse. Además, como ella vive todavía en la casa de sus taitas...

—Pues sí: el Prudencio se va.

—Es raro, ¿no lo pensás? Porque él está mejor que el Manuel, tiene siempre más plata.

—Pero tiene más fe en la lucha, Teresa. Lo hemos hablado mucho.

—¿Y tú qué pensás hacer?

—¿Yo? —preguntó Florentino, y se sintió como acorralado porque miró a todos lados y guardó silencio.

—¿No me decís nada?

—Pues... no sé, Teresa.

Se puso de pie y comenzó a pasearse, nerviosamente, de un lado a otro de la habitación. Por fin se detuvo frente a ella y se quedó mirándola. La tomó de los hombros.

—¿Y si nos fuéramos los dos?

—¿Los dos? ¿Para el monte? —preguntó Teresa, casi escandalizada.

—Sí, Teresa. Por allá también hay mujeres. Hay muchachas, que van con los guerrilleros, los acompañan, los ayudan; y pelean, cuando es necesario. Aquí nada tenemos que perder. Vámonos.

Teresa se hizo a un lado, sin violencia. Caminó con la cabeza baja y fue a sentarse en el catre. Empezó a envolver en sus dedos la punta del delantal.

—Vámonos —suplicó Florentino, y como en una ocasión anterior se arrodilló junto a ella y puso la cabeza en su regazo.

—No podemos, Floro.

—¿Por qué? Dejemos todo esto, Teresa. Y larguémonos. Yo sé cómo hacerlo. Vamos a Frente Unido y hablamos. Aunque el periódico se acabó, las oficinas siguen funcionando. Allí nos darán las pistas necesarias, el dinero para los pasajes hasta un sitio determinado. Y después, al monte. A la guerrilla, Teresa. A pelear por una patria más limpia, como dice Camilo.

—No podemos —repitió ella, y empezó a llorar, suave, tiernamente, sin estremecimientos, sin gritos. Apenas un llanto redondo y tibio que le caía por las mejillas y que de pronto humedeció la cara de Florentino.

—¿Lo dices por tus taitas? ¿Por estas cosas nuestras? ¿Por mi trabajo?

—No, Floro. No podemos —dijo, por tercera vez.

Florentino se puso de pie y la miró. Tenía cólera, pero hizo lo posible por no demostrarla.

—Mejor di que no quieres.

—No es eso, Floro, no la tomés conmigo. Es que...

Como Teresa permaneció varios minutos callada. Florentino se le acercó. Le tomó la cara por la barbilla y la obligó a mirarlo. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, que en las mejillas le habían formado dos pequeños caminos temblorosos y brillantes.

—¿Qué tienes, Teresa? ¿Por qué no podemos largarnos?

—Porque... porque voy a tener un hijo.

Teresa inclinó el rostro y entonces sí estallaron sus sollozos. Florentino se sentó a su lado, le rodeó la espalda con un brazo y con la otra mano empezó a acariciarle los cabellos. Sobraban las palabras, y él lo sabía.

CAPITULO XIII

Trabajar, trabajar

Por el camino hacia Chapinero, Florentino se encontró con Prudencio Gómez. Creyó, al principio, que estaba ebrio; pero a medida que avanzaban comprendió que iba sobrio, y se enteró de los motivos que lo habían mantenido fuera de su casa hasta esas horas de la madrugada.

Iban a ser las cinco. Una claridad lechosa se venía desde lo alto, dibujando con nítidos perfiles los edificios, las casas, los árboles de las avenidas, los buses que viajaban a los distantes barrios obreros, los carros con mercado que se dirigían a las plazas para abastecerlas de todo aquello que la ciudad no podía producir. Los voceadores de prensa principiaban su trabajo en las esquinas o frente a la puerta de las iglesias. Florentino y Prudencio se detuvieron ante una venta de aguardiente y tinto, cuya dueña ya estaba recogiendo la mesa, el reverbero y los otros implementos de su trabajo.

—Dos tintos —pidió Florentino.

—Y dos aguardientes dobles —agregó Prudencio.

—Oiga, Prudencio, ¿no le parece que está muy temprano para empezar a beber?

—No Floro. Y no crea que hoy ando enguayabado, como otras veces; o rascado. —Miró a su alrededor y añadió bajando la voz: —Anoche estuve en una reunión de camilistas.

—¿Camilistas?

—Sí: los que siguen su doctrina, sus ideas, Floro. Del grupo escogieron una docena. Y entre esos quedé yo.

—¿Para qué?

—Siempre nos vamos a meter al monte.

—¿Siempre? —preguntó Florentino, y después miró también temeroso a uno y otro lado. —¿A la guerrilla? —preguntó con voz tenue.

—Allá mismo, Floro. Nos largamos en una semana.

—Hace unos díitas no se lo creí, Prudencio. ¿Cómo se metió en eso?

—No sé, hermanito. Es algo que lo agarra a uno y después no lo suelta. Los que estaban conmigo dijeron que era pura mística. Yo no lo entiendo. Lo único que sé es que voy a largarme a pelear.

—¿Y la Soledad?

—No le diga nada, hermano.

Se bebieron el aguardiente y después, a pequeños sorbos, el café. Los reanimaron.

—¿Sabe por qué yo no me voy al monte, Prudencio?

—No.

—Pues por la Teresa. Como ya vivimos juntos, como ya hicimos rancho aparte...

—Aja...

—Y además hay otra cosa. No se lo he dicho a nadie, pero ella está... está esperando.

—¡Ah, bandido! —dijo Prudencio, dándole una fuerte palmada en la espalda. —Así que ya la embromó, hermanito? pues ahí sí ni modo; usted tiene que quedarse. Ya se le puso el café a cuarenta.

Pagó Prudencio. Siguieron caminando por la carrera trece hacia el norte. Cerca de la calle cuarenta y seis encontró Florentino un muro lleno de avisos, viejos los unos, los otros frescos. Colocó su escalera y su tarro de engrudo en el suelo.

—Hasta aquí llegamos, Prudencio.

—Bueno, yo me largo. Solo le pido un favor, Floro: no le diga nada a nadie. Lo que le comenté hace días era apenas un proyecto; lo de hoy es cosa resuelta.

—Váyase tranquilo. No hablaré.

—Gracias, hermanolo.

—¿Y cuándo es el viaje?

—Dentro de ocho días —dijo Prudencio. —Ya todo lo tenemos resuelto. Saldremos de Bogotá para los lados del Alto Magdalena. Y allí nos pondremos en contacto con los del Ejército de Liberación. Esta vida está muy perra, Floro. Y si nos joden, si el gobierno manda soldados a que nos den un par de tiros, no será mucho lo que se pierda.

—Hace poco, cuando se supo que Camilo estaba en las guerrillas, estuve hablando con la Teresa y le propuse que nos largáramos. Y fue cuando me contó la noticia del embarazo.

—Desde aquí puede hacerse también mucho, hermanito. Usted aquí en la ciudad, nosotros allá en el monte. Es lo que pasa siempre. No podemos estar todos metidos en la misma parte.

Se estrecharon las manos en silencio. Cuando Florentino perdió de vista, entre la bruma del amanecer, la figura alta y desgarrada de Prudencio Gómez, sintió un lazo alrededor de la garganta. Ese iba a pelear. Ese y muchos otros, pensó. Tal vez no serían suficientes para conducir al país hacia el cambio; pero comienzo tenían las cosas. Unos meses más tarde, unos años después, la situación social seguiría volviéndose intolerable, y entonces esos pequeños grupos armados podrían agrandarse con inconformes de todas las tendencias, de todas las religiones y de todos los partidos. Porque el sistema estaba jugando con el pueblo; y ese juego, lo sabía Florentino, lo había podido ver en el curso de pocos meses, se iba volviendo peligroso. Solo que los de arriba confiaban en el permanente conformismo de los de abajo. Pero cuando éstos se decidieran a defenderse, el vuelco tendría que ser absoluto.

Empezó a colocar, mecánicamente, los afiches. Su pensamiento estaba en otra parte.

Camilo ha muerto...

Terminó de pegar los carteles. Se limpió las manos en los pantalones hasta que le quedaron secas. Se inclinó para recoger el balde del engrudo, y cuando iba a echarse la escalera al hombro, lo vio en todo el centro del muro. Tal vez lo pegó así por pura coincidencia; quizá subconscientemente, lo destacó sin que el mensaje que contenía el papel llegara a golpear su entendimiento. Pero lo cierto es que allí estaba, rodeado por otros avisos de muertes, de honras fúnebres, de conferencias, de productos lácteos, de protestas estudiantiles, de plataformas filosóficas o políticas, de consignas obreras, de incitaciones a la huelga, de amenazas del gobierno. Allí estaba el cartel, grande, blanco el fondo, con letras negras, solemnes, como catedrales enlutadas.

EL PADRE CAMILO TORRES HA MUERTO

Lo miró una vez, dos, cinco veces. Lo miró de lejos, de cerca, de más cerca. Y cuando comprendió que era verdad, cuando entendió que el cartel era como una boca blanca de dientes negros que gritaba, sintió como si todo a su alrededor se derrumbara; como si hubiera llegado el último día del mundo.

"Camilo ha muerto". "El padre Camilo ha muerto", gritaban infinidad de voces perdidas en el aire frío de la madrugada. "Camilo ha muerto", repetían de un lado a otro. Todas las voces se iban y volvían, y Florentino Sierra era el centro, era como un campanario del que partían los gritos y a donde los ecos regresaban para volver de nuevo hacia la ciudad, hacia el horizonte que agrandaba poco a poco el sol.

Entonces, lo comprendió todo. Lo entendió con una repentina claridad brutal y dolorosa. Dejó caer la escalera, el tarro del engrudo, la brocha, y empezó también a gritar:

—¡Camilo!, ¡Camilo!, ¡Camilo! —decía. —¡Camilo ha muerto! ¡Han matado a Camilo! ¡Asesinaron a Camilo!

Y su voz iba precediéndolo y siguiéndolo como una inmensa bandera invisible que agitaba todo en torno suyo.

Gritó Florentino Sierra y con él gritaron muchos, todos.

Gritaron sobre los surcos los campesinos que veían de sol a sol cómo iba agonizando para ellos la esperanza,

y las mujeres que vivían amarradas a la resignación, con el alma llagada por todos los prejuicios que les legaron las generaciones caducas, con todos los temores que les infundieron los inquisidores y los mensajeros de las tinieblas,

y los niños que no tenían escuela, que vivían en la ciudad disputando a los perros los desperdicios en las canecas de basura y en el campo disputando a los bueyes el derecho a tirar de los arados,

y los estudiantes que veían cómo en los colegios y las universidades se iba metiendo la tinta oscura de la discordia, se iban metiendo la política y la religión como dos hermanas gemelas atacadas por la misma llaga, se iban

metiendo los policías con su brutalidad y su estupidez ciega de la que ni siquiera eran responsables,

y gritaron también los que en las cárceles pagaban la cuota diaria de la ignorancia y del odio,

y los huelguistas que apretándose el cinturón aspiraban a obtener un poco más de dinero en su salario,

y los empleados que administraban justicia cerrando los ojos para evitar la tentación de los prevaricatos, para no comparar su asignación angustiosa con el ofrecimiento de un alto precio por su conciencia,

y los maestros de escuela que comían pedazos de tiza para engañar el hambre mientras el horizonte de su futuro crecía oscuro e impenetrable como la piel de los tableros,

y los habitantes de los tugurios, que tenían en una mano un ademán de súplica y en la otra una bomba de tiempo.

Gritaron todos,

alzaron roncas voces de protesta, de angustia, de pánico, de ira,

llenaron las calles con su vocerío ensordecedor, hicieron vacilar las viejas estructuras, despertaron de su mullido sueño a los amos del país, ahuyentaron a los tímidos y a los cobardes y a los fariseos.

Todos gritaban con la voz de Florentino Sierra, por sus labios salían las palabras de todos, el gesto crispado de sus manos era el gesto común de un pueblo al que, por segunda vez en su historia, habían dejado huérfano del apoyo, del consejo, de la palabra.

Gritaba Florentino, y Colombia gritaba, y el mundo, pasmado de estupor, estaba presente en cada uno de los gritos,

coléricamente presente,
asombradamente presente,
incrédulo, porque se había cometido un crimen monstruoso,

porque se había perpetrado un asesinato miserable.

...¡Viva Camilo!

Florentino Sierra había continuado corriendo. Una voluntad superior, extraordinaria, lo sostenía, lo impulsaba. Y sin saber cómo desembocó en una calle de uno de los barrios residenciales. Los árboles, incorporados sobre las aceras, daban una grata sombra a la calle, tejían una especie de bóveda verde y rumorosa. Más allá, detrás de los cuidados jardines, se levantaban las quintas de los potentados: jaulas para los pájaros, invernaderos para las orquídeas, columpios para los niños; y habitaciones grandes y espaciosas donde pudiera instalarse cómodamente el ocio, y bibliotecas repletas de mentiras, y salas de juego y campos de deporte, y capillas para que la religión continuara inclinándose ante los oropeles de la riqueza.

Gritaba Florentino y el mundo parecía cambiar con cada una de sus palabras roncadas,

se transformaba todo, todo se alteraba, los órdenes establecidos se rompían, los valores estipulados caían aparatosamente,

damas con abrigos de piel y sombreros de raso vendían periódicos y loterías, arrastraban carritos de verduras y frutas,

mecánicos de sucios uniformes manejaban los automóviles fastuosos,

hombres con frac lustraban los zapatos rotos de los pordioseros en todas las esquinas,

ministros y obispos y generales y almirantes ofrecían copos de algodón dulce y manejaban carros paleteros,

edecanes de tersos uniformes conducían zorras tiradas por caballos esqueléticos,

muchachas con trajes deportivos, blancos y pulcros, metían las manos dentro de las enormes canecas buscando desperdicios.

Por entre todos ellos,
apartándolos,

pasaban Florentino Sierra y su dolor, su grito, su maldición, su queja.

Pero ellos no se daban cuenta de lo que
ocurría,
ensimismados en su mundo nuevo,
el de la miseria,
el del dolor que habían ignorado,
el del sufrimiento en que no creyeron nunca.

Lo miraban pasar, indiferentes, porque como antes, estaban ciegos para los acontecimientos del espíritu, sordos para toda voz de justicia, mancos para toda acción noble, paralíticos para todo gesto de comprensión y de fraternidad.

Era un mundo roto, absurdo, pavorosamente
extraño,
y Florentino continuaba gritando,
gritando,
maldiciendo,
escupiendo su saliva de angustia,
su babaza de cólera,
su sedimento de venganza.
Y ya Florentino Sierra sabía que Camilo continuaría vivo,
que su muerte le garantizaba la inmortalidad,
que no se perderían sus ideas,
que seguirían comentándose, estudiándose,
que se agigantarían, que despertarían definitivamente al pueblo de su
trágico letargo, que constituirían las bases para un mundo futuro, para
una sociedad igualitaria, para dar a cada cual de acuerdo a sus
necesidades y exigirle conforme a sus capacidades.
Porque Camilo, asesinado,
era un reto a Colombia, a América, al mundo
entero.

La sombra de Camilo muerto, constituía la más grande herencia que pueblo alguno recibió jamás.

¡Adelante!

Florentino continuó corriendo por la calle, bordeada de suntuosas residencias; llevaba las manos en alto, en alto el grito, la rebeldía en alto.

De repente, la calle se transformó en una especie de largo corredor, de túnel interminable. Y allí entraron Florentino Sierra, su dolor y su grito.

Lentamente fueron acabándose los árboles; se transformaron en columnas, y luego en retratos.

Las casas se perdieron definitivamente.

El cielo se volvió color de caoba y el pavimento se cambió por un piso de tablas pulidas y brillantes, de alfombras altas y espesas.

Por el corredor, por el túnel, por el ánima del gigantesco cañón corría Florentino como una bala ciega.

La luz que caía de las altas lámparas colocadas en el oscuro cielo raso destacaba sus brazos levantados en ademán de cólera,

y su rostro crispado,

y su traje sucio de pegador de afiches, sus pantalones remendados, su camisa de mangas sin botones.

Los retratos fueron llegando uno tras otro, a su encuentro. Eran figuras que había visto en los libros o en los periódicos:

el presidente de la república con una banda tricolor ciñéndole el pecho, una banda humedecida con el llanto de los niños sin pupitre y sin techo, con la sangre de los campesinos acibillados,

el arzobispo y su gorro de púrpura bajo el cual se escondían unos ojos duros y ácidos, ojos sin misericordia, sin comprensión y sin ternura, ojos como no los debió tener nunca Jesucristo,

las damas elegantes, con amplios escotes y con abundantes cosméticos que no alcanzaban a taparles las infidelidades y los pequeños delitos de alcoba,

los ministros con su cartera nueva bajo el brazo, estrenando ideas como un colegial estrena tiza, con su improvisación constante, con su manera de jugar el país como si fuera un naípe,

los banqueros, flamantes, gordos y lucientes, bien nutridos con todo el sufrimiento de los explotados, listos a prestar dinero ajeno a quienes no lo necesitaban y restringiendo, en cambio, el crédito para los verdaderos menesterosos,

los generales que compraban con la claudicación de sus ideas, uno dos o tres soles,

los predicadores que recibían emolumentos del Estado para que lo defendieran tras de las barricadas de los pulpitos,

los dirigentes políticos que llamaban "hermanos" a los integrantes del pueblo mientras a su espalda estaban gritándoles "cabrones", que engañaban a sus electores con la promesa de una escuela, que medraban a la sombra de las banderas.

Todos desfilaban,

se venían encima de Florentino Sierra que, al pasar junto a ellos, entre un grito y otro grito, los escupía, los pateaba, los insultaba,

todos venían hacia él,

y después se mezclaron los retratos de los homosexuales que ocupaban puestos importantes, de las lesbianas que eran empleadas como damas de compañía, los contrabandistas que llevaban cajas de licores extranjeros a los jefes de aduana, los negociantes del dolor ajeno, los tratantes de blancas y de negras, los que reciben su cuota de erotismo en los confesionarios, los que

enseñan el conformismo y la resignación, los que cierran con llave las cadenas y los grillos y las mazmorras.

Y en medio de la confusión de los retratos y de las lámparas y de las alfombras y de las columnas,

se oía una voz gangosa, de parlante oficial, que daba el parte de la muerte de Camilo, asesinado villanamente en el sitio de Patio Cemento, en la vereda de Los Andes, en el corregimiento de El Carmen, en el municipio de San Vicente,

a las diez y media de la mañana de un martes, del quince de febrero de mil novecientos sesenta y seis,

hora y día que constituyen la máxima vergüenza para un país que se dice civilizado, como el nuestro, como Colombia, que no tiene la culpa de lo que hacen con ella, que no ha podido sacudirse los veinte jinetes del apocalipsis que vienen poseyéndola por turnos desde hace más de dos siglos.

Y a Camilo, los informantes oficiales le
decían bandolero,
asaltante,
asesino,
traidor,
usurpador,
y ya muerto querían crucificarlo,
cortarle la cabeza como a José Antonio Galán,
echarlo de bruces sobre el pavimento como a
Jorge Eliécer Gaitán,
para que el pueblo se diera cuenta de quiénes
eran los amos,
de que su deber era trabajar,
producir,
obedecer,
sufrir,
callarse.

Y de repente, en la mitad de ese túnel extraño por donde continuaba corriendo vuelto grito el dolor de todo un pueblo,

el traje de Florentino cambió.

Ya no fue su pantalón raído y su camisa sucia, pegajosa de engrudo y de miseria,

sino el traje de un guerrillero, de uno de los hombres de América.

Y ya en sus manos creció, con su cólera, con su rebeldía, un fusil.

Y así su avance se hizo más decidido y más firme porque ya tenía un destino, una meta, una obligación, un deber que cumplir.

Ya él era Florentino Sierra,
y era Prudencio Gómez,
y era Manuel Salcedo,

y todos, sus amigos, sus compañeros de barrio y de domingo, todos, todos los hombres de Colombia, que habían tomado conciencia de lo que estaban haciendo con ellos, que se rebelaban, que empuñaban las armas, que avanzaban, que gritaban y maldecían pero que también estaban capacitados para atacar y para defenderse,

para cambiar el sistema imperante aún a trueque de la disciplina de la vida.

Tal vez, como había dicho Camilo, la otra generación vería una patria diferente en la que no diera vergüenza vivir.

Florentino Sierra no quería nada para sí, ni para Teresa que estaría esperándolo, enamorada y fresca,

sino para su hijo, para ese ser desconocido, para ese pensamiento que estaba volviéndose carne dentro del cuerpo de su mujer.

Sí, su hijo tendría una patria distinta,
más suya,
más pura,
más buena,
más justa,

una patria digna y evidente, de la que se podría sentir orgulloso delante del mundo.

Y de repente
el túnel desembocó en la selva.

En el momento en que Florentino entró en ella, su traje de guerrillero sufrió un cambio absoluto:

se transformó en una sotana,
y el fusil en sus manos se cambió en una cruz de madera rústica,

una cruz que esgrimían sus brazos alzados hacia el techo verde, hacia las copas de los árboles que se estrechaban en la altura, hacia el cielo azul y limpio que se asomaba a trozos cuando los árboles se movían.

La selva estaba rodeándolo,
lo asimilaba,
se vestía de un solemne silencio para recibirlo.

Y Florentino tomaba por las veredas distantes, por los atajos,

veía pasar los ranchos con su columna de humo alzada desde la fraternidad de los fogones,

veía los torrentes y los tremedales y los barrancos y los desfiladeros y los cañones llenos de verdor y de música,

recorría los caminos olvidados entre la hojarasca,

revolvía con su presencia el ancestral recogimiento de la arboleda,

alzaba torbellinos de ramas y de bejucos y de mimbres y de pétalos muertos y de hojas agonizantes.

Avanzaba,
avanzaba,

su sotana oscura resaltando contra el fondo claro de la selva,

su cruz entre las manos, alzada hacia la altura que se adivinaba más allá de las ramazones que imponían una atadura a la tierra.

En la cara de Florentino había ido derramándose una serenidad ejemplar, una tranquilidad sin mancha, una esperanza sin renunciamento.

Pero de pronto,
desde lejos,
desde un sitio indeterminado pero distante,
desde el horizonte,
desde la eternidad,
desde el corazón de la selva que era el mismo corazón de la patria,
verde y rumoroso, oscuro y tétrico,
partió el sonido de unos disparos.
Unos: tres, cuatro, cinco, cien. Disparossssss.

Y entonces, Florentino Sierra, con su sotana y su cruz en las manos, se fue de bruces sobre la tierra, levantando —al caer— una nube de tallos tronchados, de hojas, de residuos de madera, de insectos.

Florentino yacía de bruces sobre la selva.

Muy alto, muy lejos, empezó a sonar una extraña música. Tal vez la misma que tembló un instante sobre el Calvario a las tres de la tarde de un viernes.

Y en las manos de Florentino, fuertemente crispadas, la cruz fue sufriendo una rara transformación.

Se juntaron sus dos tallos en uno solo, nudoso, fuerte, áspero en apariencia pero de una suavidad desconcertante.

Y en el extremo nació una flor de metal que al acariciar la tierra hacía brotar flores de maíz, de trigo, de confianza.

La cruz se transformó en un azadón.

Y junto al cuerpo de Florentino
—desdibujado ya—

fueron creciendo flores,
y hojas,
y yerbajos.

Y entonces apareció la tumba. Una tumba abierta en la tierra de la montaña, en la tierra áspera de la selva.

Un surco más, solo que con una semilla diferente para una cosecha distinta.

Una pequeña cicatriz en el enorme rostro de la tierra.

Un montículo casi ignorado,
casi perdido,
cuya ubicación no se conocerá jamás. Solo que creció encima mismo del corazón de Colombia.

Y las flores y los yerbajos y las hojas taparon las manos de Florentino, y el azadón y sus nervios y su epidermis.

Y de súbito

sobre la tierra morena y removida aparecieron dos sombras:

la una al parecer producida por un guerrillero, su gorra, su traje, su fusil, el morral a la espalda,

causada la otra al parecer por un sacerdote, su sotana, su cruz, su breviario.

Y luego,

como arrebatada la visión hacia lo alto, hacia el lugar en donde continuaba sonando la música extraña y triste,

pudo advertirse que las sombras eran producidas solamente por dos niños que, tomados de la mano, contemplaban la tumba,

el surco,

el montecillo removido y oscuro,
y leían en una piedra
—rústicamente escrito—
un epitafio doloroso y simple, pero lleno de un oculto y enorme
significado,

un epitafio que condensaba todo el pensamiento de un pueblo que por
segunda vez había quedado huérfano,

que por segunda vez había sido dolorosa y salvajemente herido,

pero que ya había aprendido a pensar, a responsabilizarse por sus actos,
a saber que la esperanza necesitaba un soporte de lucha, la lucha un soporte de
perseverancia, la perseverancia un soporte de rebeldía y de soterrado y cotidiano
trabajo.

En la piedra,
alguna mano campesina,
alguna mano guerrillera,
alguna mano colombiana,
había escrito sencillamente:

CAMILO TORRES RESTREPO.

Y debajo, esta frase:

**Se puede matar al hombre. Pero nunca se podrá dar muerte a sus
ideas.**